CARAS Y CARETAS

LA JORNADA PRESIDENCIAL



En cuanto salta del lecho
se viste muy satisfecho.



Juega al golf con elegancia,
igual que lo hacía en Francia.



A la casa de gobierno
corre, ¡qué correr eterno!



Al entrar en su escritorio
se encuentra este promontorio.



Apenas se sienta y ya
a las carreras se va.



Llega e, inmediatamente,
se va al football velozmente.



Corre al punto a las regatas,
pues le resultan muy gratas.



Y asiste a una exposición
artística, de rondón.



Aunque el calor le sofoca
recorre luego la Boca.



Se va a visitar la escuadra,
mientras un perro le ladra.



Le admiran unos instantes
bomberos y vigilantes.



Recibe a sus adversarios
y a sus correligionarios.



Concede audiencia en el auto
a un caudillo nada cauto.



A los ministros escucha
con mucha prisa, ¡con mucha!



Saluda a sus relaciones
y asiste a diez recepciones.



Y va ver al masajista
murmurando: ¡Dios me asista!



LOS TRES TERMOMETROS

—¿Alguna novedad? — preguntó el profesor Wells a su amigo Anderton al entrar en el fumador del club. — He estado unos días afuera y ni siquiera he dado un vistazo a los diarios desde que salí.

—Ustedes, individuos científicos, se desentienden de la vida por unos días con la mayor facilidad, para embobarse con sus malditos bacilos — contestó Anderton riendo. — No, no hay novedad de importancia. ¿Seguramente que usted sabe algo del caso de Broadfiel?

—¿Broadfiel? — exclamó el profesor. — ¿Vicente Broadfiel?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Se murió; murió la semana pasada.

—¡Santo Dios! — exclamó el profesor Wells, profundamente sorprendido. — Recuerdo que tenía un poco de influenza o algo así, pero nada de importancia. ¿Por qué no me habrán avisado?

—Creo que la señora Broadfiel envió a su casa.

—Claro, claro. Por nada en el mundo hubiera querido que esto sucediera — dijo el profesor con lastimero acento. — Le dije a mi ayudante que no me enviara ninguna carta porque no quería ser interrumpido. Ciertamente no esperaba estar afuera más de una semana. Pero dígame, ¿cómo sucedió?

—Todo lo que puedo decirle es que murió de meningitis.

—¿Quién lo atendió? — preguntó el profesor, después de una pausa.

—Creo que su primo, el doctor Jaime Broadfiel. Según dicen es un experto en esa clase de enfermedad. ¿No lo conoce?

—Sí, conozco a toda la familia íntimamente. ¡Pobre Vicente, era uno de mis viejos amigos!

—¿Hay un heredero, no?

—Sí, Leslie. Un espléndido muchacho de diez y seis años.

Guardaron silencio por un momento, después el profesor se levantó.

—No puedo negarte, Anderton — dijo, — que esta noticia ha sido un gran golpe para mí. Debo ir a ver a la señora Broadfiel, pero antes creo que iré a ver a Jaime para que me cuente todo lo ocurrido.

Anderson saludó con gravedad y el profesor salió del fumador.

Después de ordenar al chauffeur que lo llevara

a la casa del doctor Jaime Broadfiel, el profesor Wells se recostó sobre los lujosos cojines de su coche, entregándose a una profunda meditación. La noticia de la muerte de su amigo le había afectado en grande. Era su compañero de estudios y entre ambos existía desde niños un grado de intimidad poco común. Recordábase con minuciosos detalles de la última entrevista que había tenido con él.

Al regreso de una visita que había tenido que hacer en las afueras de Londres, entró en la casa de Vicente Broadfiel. Lo encontró en cama, reponiéndose de un leve ataque de influenza. El paciente lo recibió con júbilo, y Jaime Broadfiel, que había llegado un momento después, aseguró a la señora Broadfiel que su esposo pronto estaría entreteniéndose con el *golf*, su juego favorito.

Recordó también, como Jaime se había parado al lado de la cama del enfermo con las manos en los bolsillos, dejando ver las puntas de los tres termómetros clínicos que tenía en uno de los bolsillos superiores del chaleco; tenía por costumbre llevar tres termómetros, pues Jaime era un hombre sumamente cuidadoso y metódico.

Y en aquella ocasión había sucedido algo anómalo; tenía dos termómetros en un bolsillo y uno en el otro. El profesor recordó este detalle al venirle a la memoria el momento en que Jaime tomó la temperatura del enfermo.

—El doctor Broadfiel ha salido—le dijo el portero, — pero si el señor profesor quiere pasar, creo que no ha de tardar en volver.

—Muy bien, Parker — dijo el profesor Wells; y se disponía a entrar en la sala de espera, cuando el discreto Parker lo invitó a pasar al consultorio donde, gracias a la estufa, la temperatura era más agradable. Le pareció que no hubiera sido un sirviente perfecto si hubiera permitido que un amigo del doctor y un sabio que era bien conocido en los dos hemisferios, esperara en la habitación que era profanada por la presencia de la gente del arrabal a la hora de las consultas.

El profesor había conocido a Jaime Broadfiel no sólo como primo de Vicente, sino como a un hombre con quien tenía muchas simpatías profesionales. El doctor era un hombre bastante popular y de notable habilidad profesional. Era autor de una monografía sobre los gérmenes que producen la meningitis cerebroespinal, trabajo que había llamado la atención del mundo médico.

Hacía un buen rato que el profesor caminaba de un lado para otro, deteniéndose ante los frascos o abriendo algún libro, cuando sintió los pasos del doctor. Se abrió la puerta y entró el doctor Broadfiel precipitadamente.

—Siento haberle hecho esperar — dijo. — Estoy hasta la coronilla de trabajo, pero si hubiera sabido que usted estaba aquí...

—Acabo de llegar de afuera — interrumpió el profesor.

—¿Sí? ¡Temo que tengo malas noticias para usted!

—¿Vicente?...

—¿Usted ha sabido, entonces?

—Anderton me dijo hace una hora en el club, y por eso vine a verle. Usted lo estaba atendiendo, ¿no?

—Sí. Pero creo que no hay mucho que decir. Meningitis cerebroespinal—dijo expresivamente.

—¿Pero seguramente que ha sido un caso asombroso, inesperado?

El doctor Broadfield encogió los hombros.

—Inesperado, ciertamente — contestó. — Pero tal vez no tan asombroso. He aprendido, después de alguna experiencia en esa enfermedad, a no sorprenderme de ninguna de sus manifestaciones. Perdone si parezco pedante...

—Lo contrario — interrumpió el profesor. — Yo sé que usted es una autoridad en la materia.

—Por lo menos, puedo creer haberla estudiado por algunos años lo suficiente para darme cuenta de lo poco que realmente conocemos sobre la misma. El caso del pobre Vicente confieso que me lanza a nuevas dudas.

—En el curso de sus deberes de médico — dijo el profesor — debe oír cosas notables.

El doctor hizo una mueca.

—Como todos los doctores — replicó.

—Sin embargo me aventuro a pensar — continuó el profesor con el tono más natural — que lo que voy a relatarle es algo fuera de lo común. Posiblemente que usted se sorprenderá de mi conocimiento de las circunstancias.

Los dedos del doctor oprimieron nerviosamente el cigarro.

—No le comprendo bien.

—Me explicaré. Permítame empezar por decirle que la historia concierne a usted.

El doctor puso cuidadosamente el cigarro en el cenicero.

—Me temo—continuó el profesor—que no poseo el instinto dramático que daría a esta situación el sentido que requiere. Sólo puedo contarle la historia a mi modo. También concierne a mi viejo amigo Vicente Broadfiel, uno de los queridos amigos que poseía en este mundo.

—No veo a que viene todo este extraordinario preámbulo, ni a que fin... — empezó el doctor, pero el profesor cortó sus palabras.

—Usted verá — le dijo. — Usted, doctor Broadfiel, es un hombre de costumbres propias, lo que afortunadamente me ha permitido identificarlo como el autor de uno de los más ingeniosos asesinatos de todos los que he conocido.

El doctor Broadfiel se levantó de un salto, dejando escapar una blasfemia.

—¡Esto es un insulto villano! — le gritó. — Usted debe estar loco o borracho.

El profesor sacó un pequeño revólver del bolsillo.

—¡Siéntese Broadfiel, o como hay Dios que...

Broadfiel sonrió desdeñosamente.

—Verdaderamente, usted posee más instinto dramático de lo que usted se acredita — le dijo. ¿Cree que me va a asustar con esta amenaza? Aparte de lo absurdo de su acusación, parece que usted se olvida que la policía usa métodos poco agradables contra aquellos que se introducen en una casa para cometer un asesinato.

—Si usted me obliga a recurrir a tal medida—dijo el profesor con sarcasmo, — les aseguraré que usted se suicidó, lo que les será fácil creer cuando les relate la historia que quiero que usted escuche. Vamos señor, siéntese.

El doctor Broadfiel se sentó, observando a su visitante fijamente. Gotas de sudor corrían por sus sienes.

El profesor Wells admiró la sangre fría y el dominio propio de aquel hombre cuando, al sentarse, dijo:

—Siga.

—Confieso que no había intentado acusarle hoy — continuó el sabio — pero los hechos me han obligado. Al efecto, tengo datos suficientes. No necesito detallarle los pasos que en tan corto tiempo me han hecho llegar a la conclusión de que usted es culpable. Mientras estaba esperándole, la curiosidad me obligó a echar un vistazo en sus libros y específicos. No me sorprendió, conociendo su interés en la materia, que usted hubiera marcado y anotado ciertos pasajes; ni tampoco de observar ciertos cultivos en su laboratorio. Sin embargo creo que una vaga sospecha se formó en mi

mente. Esto, el estado tan poco natural que usted mostraba al entrar, el tono de sus palabras y la nerviosidad; el objeto de que usted, cuando examinó a su primo en mi presencia, en vez de tener los tres termómetros juntos como de costumbre tenía dos en un bolsillo y uno en el otro, y que al tomarle la temperatura lo hizo con el que estaba solo, han sido los fragmentos con que he formado el mosaico. Si a ello agregamos que, debido a la muerte de Vicente, su único hijo es el heredero, por línea masculina, y que en caso de suceder *algo* a éste los derechos pasarían a usted, tenemos el mosaico terminado con toda lógica y razón.

El doctor se pasó el pañuelo por la frente.

—¡Por el amor de Dios, termine!

—No tengo intenciones de hacer larga la tortura. Seré breve. Hoy usted tenía que ir a visitar al hijo de Vicente. En el bolsillo derecho de su chaleco noto que tiene dos termómetros, y uno en el izquierdo. Con este usted intentaba tomarle la temperatura.

—¡Bueno!... — gruñó el doctor.

—El termómetro que usted pensaba introducir en la boca del muchacho —continuó el profesor— ha sido sumergido en cultivos de meningitis cerebroespinal de gran poder, producidos por medio de un procedimiento especial hallado por usted. El termómetro con el que tomó la temperatura de Vicente había sido tratado por el mismo procedimiento.

Por un momento ambos guardaron silencio. Después Broadfiel levantó la cabeza.

—¿Qué piensa usted hacer? — preguntó.

—No soy ni juez ni policía — dijo el profesor. —No quiero aumentar la pena de la señora Broadfiel descubriéndole a usted; pero, afortunadamente, he llegado a tiempo para impedir que usted cometa un segundo crimen.

El doctor dejó escapar una maldición; la serenidad lo había abandonado.

El profesor se le acercó con el revóver apuntándole al corazón.

—Parece que no se encuentra bien — le dijo pausadamente. — Me parece que se ha puesto enfermo. *¿No le parece que será mejor que se tome su temperatura?*

El doctor Jaime Broadfiel dió un profundo suspiro. Después, con la cara amarilla como la cera, se colocó lentamente el termómetro en la boca.

Sólo se oyó el ruido del reloj de pared. Los golpes de ciento ochenta segundos. El profesor se levantó.

—Es suficiente — le dijo.

Broadfiel se levantó y tiró el termómetro en el fuego. El profesor al llegar a la puerta se detuvo.

—Tal vez... — dijo intencionalmente.

—¡Sí... gracias — contestó el doctor Broadfield tomando el revolver que la extendida mano del profesor le ofrecía.

F. D. GRIERSON

DIBUJO DE MACAYA

LO QUE DEJARON LOS REYES MAGOS EN LA ZAPATILLA DE HELENA

Callados, muy quedo, besando apenas el suelo con su breve pie y extendidas las manos en la obscuridad, iban los Reyes Magos en busca de un virtuoso niño a premiarle con dulces y juguetes, cuando el delantero tropezó con el lecho en que reposaba Helena, dormida.

Olorosa como una flor, blanca como un cisne y dulce como un rondel, su cuello y su cabeza surgían del lino como gala de primavera en campo invernal. Ondeante el cabello, gentil hermano del oro de las minas profundas; sonriente la boca, cáliz codiciado por las más puras gotas de rocío, más que mujer parecía una celeste aparición.

Galantes, como cumple a reyes, los Magos detuvieron el paso a besar la mano de la hermosa, hermosa mano de nieve y rosas formada, que colgaba lánguidamente como fruto encantador que se inclina y aparta del árbol que lo sustenta.

— ¡Lástima grande que no cuente los años de la aurora! — exclamó Gaspar. —Nuestro fuero no se extiende a la mañana de la vida, por digna que ella sea de los homenajes del cielo.



— Su edad, sin embargo — insinuó Melchor, — no parece apartarse mucho del oriente. El candor del semblante y su inocente sueño lo revelan. Sentemos una excepción como gracia a su gracia, como dulzura a su dulzura. Démosle flores de fragancia suave, tan suave como su aliento, y miel tan dulce como la que su pecho acendra.

— ¿Queréis — preguntó el último de los Reyes Magos — regar de estrellas el cielo, vestir de espuma el mar? La cándida no necesita de candores, ni la hermosa de hermosura: toda la esplendidez del firmamento no aumentaría un punto la riqueza de su ser. Sea el voto nuestra ofrenda: consagrémosla a la felicidad y a la dicha.

Convinieron los demás en su parecer y, de rodillas, un momento oraron. Y la oración cayó sobre una de las zapatillas que Helena dejara, inadvertidamente, al pie del lecho y que semejaba un pequeño lirio caído al suelo.

AMÉRICO LUGO

DIBUJO DE MACAYA



TRES PALABRAS

Por

GOUVERNEUR MORRIS

El primer telegrama decía a Winter que su madre estaba muy enferma; el segundo le decía que había muerto. Ambos telegramas habían sido enviados por su hermana — ella siempre atendía a todo — y los había recibido al mismo tiempo.

Había ido a las montañas en busca de petróleo. Si su partida hubiese demorado sólo diez minutos, Winter habría recibido el primer telegrama. Su madre no murió hasta diez días después de enviado ese telegrama, y si lo hubiese recibido habría visto morir a su madre, le habría pedido perdón y su bendición, y le habría hablado de Eitel.

No era culpa suya que hubiese estado ausente por haber ido a buscar petróleo; todo hombre emprendedor debe tener esa actividad ante la expectativa de un negocio brillante. Y tampoco era culpa suya que al primer telegrama de su hermana no le hubiese seguido a las montañas, pues en la oficina telegráfica de Niles Ferry los telegramas son retenidos hasta que los reclama el interesado.

Winter no se censuraba, por lo tanto, por nada de lo que había ocurrido; sin embargo, sentía que debía haber estado al lado de su madre

—ES TRISTE QUE QUEDES SOLA CON UN TIEMPO COMO ESTE — DIJO WINTER

cuando murió, y no dejaba de tener algunos remordimientos.

— Yo debería haber escrito a mi madre sobre ti — dijo a Eitel, — en vez de esperar a que pudiera llevarte al Este y mostrarte en persona. Habría muerto más tranquila si te hubiera conocido.

Abrazó tiernamente a su mujer, y agregó:

— Habría comprendido en el acto que había caído en buenas, prudentes y amorosas manos.

— Ahora tendrás que ir a tu casa.

— He telegrafiado a mi hermana que tomaré el primer tren para el Este. Los trenes no paran en Niles Ferry; pero cuando hay pasajeros, les hacen una señal de la estación y aminoran mucho la marcha.

— Yo desearía ir contigo; pero no tenemos dinero bastante... Creo, además, que haré mejor en quedarme...

— Es triste que te quedes sola con un tiempo como este — dijo Winter; — pero tú siempre has sido muy valiente cuando no he podido estar contigo. Mi madre tenía unas propiedades, y las cosas andarán mejor cuando yo vuelva. Nunca le pedí nada; pero esta vez aceptaré lo que me toque.

— Has estado mucho tiempo separado de tu madre... y eso... ¿no habrá hecho algo contra ti?

— En realidad, nunca he sido positivamente malo — repuso Winter.—Desatento, descuidado, aventurero... han hablado mucho de mí... y un día me fuí de la casa, como sabes. Pero mi madre nunca me olvidó. Hay pocas como ella...

Esa noche, Winter iba en tren al Este, solo, sin sueño y con algunos remordimientos.

II

Llegó tarde para el entierro, y la casa en que su madre había muerto había recobrado ya su aspecto habitual. La hermana de Winter había atendido a todo.

La casa estaba cerca de la estación, y cuando Winter llegó, a pie, con su valija en la mano, vió desde la calle a su hermana que daba órdenes al jardinero.

Se le ocurrió que si la casa no se vendía, su hermana no tardaría en arreglarla de manera que saliese de lo vulgar. A menudo había discutido, su hermana, con su madre respecto a los principios fundamentales del arte de la jardinería. Le gustaba que cada árbol o planta fuese un buen ejemplar de su especie, con amplio espacio para su desarrollo. Amontonarlos, para obtener un buen efecto, le parecía ahogar hasta la muerte esas pobres cosas.

La hermana de Winter, en cuanto lo vió, corrió hacia él y le dió un beso en la frente. Estaba vestida de blanco. Parecía muy fría, muy capaz, muy serena, muy aristocrática.

No tuvo Winter la impresión de un encuentro después de una ausencia de tres años, sino de que estaba reanudando una conversación momentáneamente interrumpida.

Su hermana le facilitó que le hablase de Eitel, que le contase las circunstancias de su matrimonio, que le hablase del niño que esperaban, de sus esperanzas y de su fe en Eitel. Habría sido mucho más difícil para Winter darle esas noticias a su madre, que nunca hubiera estado segura de las buenas cualidades de Eitel, sin conocerla. No habría creído con facilidad que la hija de un actor podía ser una buena mujer. Y, naturalmente, Eitel lo era. Era precisamente la mejor de todas las mujeres.

— Es preciso que nos veamos más seguido, querido Winter — dijo Juana.—Debes traer a Eitel para que me visite. Tal vez uno de estos días vaya yo para allá.

En los floreros del vestíbulo y de la sala quedaban todavía algunas de las más hermosas rosas enviadas el día del entierro. En el mobiliario se advertían arreglos sutiles y agradables.

Sin embargo, el cuarto de Winter, al cual llevó su valija, no había cambiado nada. Le hizo el efecto de sentirse muchacho otra vez. Los libros de su infancia ocupaban los mismos estantes que antes. El freno indio, que había sido el mejor tesoro de su niñez, pendía aún de su clavo. Medio esperó, medio temió oír la voz de su madre que le decía que no se demorase al volver de la escuela.

Era su hermana la que lo llamaba. El almuerzo, le dijo, estaría listo en quince minutos.

Winter pasó dos o tres de esos minutos en el cuarto de su madre. Hasta entonces, su muerte no había tocado las más profundas fibras emocionales de su ser. Ella había juzgado la vida y las acciones de los hombres con el criterio de una maestra exacta y soltera. Esas características las había tenido junto con un corazón impulsivo y tierno.

Los muebles del cuarto eran severos, feos y convencionales. La minuciosidad y la precisión en los arreglos parecía haber dicho allí su última palabra. Sin duda, había muerto precisamente en medio de la cama, la cabeza vuelta ni a la derecha ni a la izquierda, y los dolores de la partida definitiva bien escondidos en el corazón, para que nadie los viese.

Los ojos de Winter se humedecieron y se enjugó las lágrimas con el revés de la mano.

— Pobre vieja — dijo. — ¡Pobre viejita mía!

Le atormentaba pensar cómo su descuidado, libre, aventurero espíritu habría torturado a su madre. Deseaba haber podido ser diferente; y al desearlo rendía al convencionalismo un homenaje que habría encantado a la muerta.

Esos libros, que llenaban la tabla superior de un estante, eran los premios que su madre había ganado en la escuela: puntualidad, buena conducta, buena ortografía, higiene; había tenido todas las virtudes.

Winter sintió el deseo de quedarse largo rato, solo, en el cuarto de su madre; tomar en sus manos las cosas que ella había atesorado y volverlas a poner exactamente en el mismo sitio en que habían estado.

Sus miradas se detuvieron en los libros de premios. La fuerza de voluntad y el sentido del orden y del deber de su madre habían capacitado a su inteligencia de segundo orden para ganar todo eso.

Ni él ni su hermana, con sus mejores disposiciones, nunca habrían traído a la casa esos libros de premios. Ese total fracaso de sus hijos para distinguirse en la escuela había sido uno de los más amargos sufrimientos de su madre.

Winter oyó que su hermana lo llamaba de nuevo. El almuerzo estaba listo.

III

Winter había esperado que cuando la sirvienta los dejase solos, a la hora del café, Juana le hablaría mucho de lo que había dejado su madre y de lo que había dispuesto antes de morir; pero no fué así. Juana eludía hablar de algo que sin duda suponía desagradable para él. Por fin, después de largo rato, Winter consiguió su objeto. Empezó diciendo que no podía quedarse sino unos pocos días porque debía atender a su mujer, y luego hizo fuego:

— ¿Sabes tú si mamá hizo testamento?

— Sería un milagro que no lo hubiese hecho — contestó Juana.—Nada le disgustaba tanto como no hacer lo regular y convencional; pero nunca me dijo, ni yo nunca le pregunté nada sobre eso. Lo



JUANA SE VOLVIÓ A MIRARLO, Y DIJO: — LO ENCONTRASTE...

que hay que hacer, es preguntarle al señor Pelton si sabe de algún testamento, y si no, buscar uno. Mamá tenía una caja de seguridad en el Banco Nacional, y si hizo testamento, o lo tiene el señor Pelton o está en esa caja.

Pero el señor Pelton nada sabía de testamento. Si lo tuviese, había dicho, ya habría cumplido el deber de hacerlo conocer a los interesados. En la caja del Banco había más acciones y bonos que los que pensaban los herederos de la señora Winter; pero ni rastro de testamento.

— No le habría gustado no hacer testamento — dijo Juana; — pero empieza a parecerme que no lo hizo.

— En ese caso — repuso Winter — los bienes tendrían que ser divididos conforme a la ley. Pero, antes, debemos buscar entre los papeles de mamá.

— Hazlo tú — agregó Juana. — Su escritorio está lleno de papeles y documentos, y estoy segura de que tú los manejarás mejor que yo.

Winter, dudoso, sonrió; pero se mostró dispuesto a examinar los papeles del escritorio. El día estaba lluvioso, y creyó que no tenía mejor manera de emplearlo. Se puso a la tarea con cierta jovialidad.

Estaba seguro de que no había testamento, y se alegraba, porque estaba convencido de que no había sido un buen hijo. Si su madre, para castigarlo, hubiese hecho una partición desigual de sus bienes, favoreciendo a su hermana, Winter no habría encontrado manera de criticarla ni de censurarla. Sin embargo, gracias a Eitel, se había reformado, y si su pobre madre hubiese vivido un tiempo más, habría sido la primera en percibir el cambio y aprovecharlo. Cualesquiera que sus errores o faltas pudiesen haber sido, Eitel merecía bien de la madre que le había dado el ser a Winter.

IV

En el escritorio de su madre, Winter encontró algunos paquetes de cartas suyas y de Juana. Parece que su madre había conservado todas las cartas que sus hijos le habían escrito. Las cartas de Juana formaban grandes paquetes; en comparación, las de Winter eran pocas. Esto lo entristeció. Encontró también un rizo de Juana, un rizo suyo y un rizo de su padre, fino y sedoso como el de un niño. Además, muchas fotografías antiguas y daguerreotipos de amigos olvidados y parientes; el primer reloj que tuvo su madre; el camafeo que le dieron a ella cuando su primera comunión; muchas cartas del director de la escuela, en que él, Winter, empezó a aprender y de la cual le habían pedido que se retirase.

Había también varias cartas de la maestra de la escuela de Juana. Winter les echó una ojeada, y leyó en una de ellas: «Si Juana fuera perfecta, obtendría nuestro premio escolar. Su inteligencia



...¿QUÉ? ... ¡AH! ¡EL TESTAMENTO! ...

Winter leyó de nuevo el testamento, esta vez muy cuidadosamente, palabra por palabra. Su significado y su espíritu eran fatalmente claros. No le quedaba a Juana ni la libertad de seguir los dictados de su corazón y de su sentido de la justicia. Si hiciera algo para no cumplir el testamento, éste quedaría nulo y sin valor, y los bienes pasarían a la Universidad.

— Bueno — pensó Winter, al fin. — La pobre vieja hizo lo que creía bueno. Siempre fué así.

Pero no podía aceptar la idea de que la mano que había mecido su cuna, hubiera escrito un documento tan cruel para él.

Se levantó, y salió lentamente de la pieza.

Encontró a Juana en la sala; estaba concluyendo de escribir una carta. No levantó la vista del papel, pero dejó de escribir y le preguntó:

— ¿Dirección, es con una «c» o con dos?

Winter le contestó, y Juana, después de reconocer la verdad de su contestación, siguió escribiendo.

Winter la miraba con aire de confusión. Le parecía que lo natural habría sido que su hermana le preguntase si había encontrado el testamento, y no comprendía cómo no lo hacia. Cuando vió que había concluído su carta, Winter dijo:

— Lo encontré.

Juana se volvió a mirarlo.

— Lo encontraste... ¿Qué?... ¡Ah! ¡El testamento!

Winter quiso sonreír naturalmente; pero no pudo.

— Nuestra madre creyó que era mejor desheredarme — dijo. — Y todos los bienes son tuyos.

— Eso — exclamó Juana — es una injusticia, y yo no lo cumpliré.

— Si no lo cumples, todos los bienes pasarán a la Universidad.

— ¡Imposible!

— Léelo tú misma.

Winter alargó el documento a su hermana;

es brillantemente adquisitiva; pero por su descuido, muy parecido a desidia, no logra la perfección en nada de lo que emprende».

Estas líneas divirtieron a Winter, que pensó que probablemente divertirían también a Juana. Por eso, se metió la carta en el bolsillo, para futuras contingencias.

Poco después, en un sobre sencillo, sin señal alguna, encontró el testamento. Era un testamento sin las fórmulas legales, todo de letra de su madre, escrito hacía diez años, y en el que figuraban como testigos dos sirvientas, cuyos nombres Winter recordó vagamente. Era un documento breve, pero que lo hizo ruborizarse, pues hacia referencia a su conducta y declaraba que su madre dejaba todos sus bienes a «mi buena y bien amada hija Juana».

Winter se echó atrás en la silla, y permaneció largo tiempo en un mísero estado de resentimiento y desengaño. Nadie sabía cuánto amaba a Eitel, y el testamento era un golpe para ella...

— Pobre vieja — murmuró Winter. — No debía haber hecho eso...

¿Y si destruyese el testamento y negase su existencia? Pero él no podía hacer eso. Juana lo había dejado que examinara solo, sin mezclarse ella, los papeles de su madre. Había tenido confianza en su honor.

pero Juana echó las manos atrás de la silla.

— No lo tocaré — dijo. — No tengo nada que hacer con eso.

— Debemos hacer lo que nuestra madre dispuso — replicó Winter. — Todo era suyo. Cuidó lo que tenía y lo aumentó, y podía disponer de ello como quisiese. Encuentro que tuvo razón conmigo; pero con Eitel fué cruel.

— Ha de haber algún modo de arreglar eso — repuso Juana.

— Velo tú misma.

Por segunda vez alargó Winter el documento a su hermana, que lo tomó y lo leyó atentamente.

— Es como de nuestra madre — dijo:— preciso y cauteloso. Parece que no hay nada que hacer; pero sólo un abogado podría decirlo.

Winter se encogió de hombros.

— Pelton — dijo — se habrá ido ya de su oficina. Lo guardaré, y mañana temprano se lo llevaré.

Juana le devolvió el testamento con un ademán de protesta.

— ¿Por qué no quemarlo — exclamó valientemente, — y partirnos como hermanos?

— ¡Oh! — replicó Winter,— no podríamos hacer eso. Tu ofrecimiento es amable y generoso; pero un testamento es un testamento... Especialmente el de nuestra madre...

Y cambió de conversación bruscamente:

— En la buhardilla hay varios baúles; voy a ver si hay alguno que me convenga para llevármelo... ¡Ah! También encontré esto entre los papeles.

Sacó del bolsillo la carta de la vieja maestra de Juana y leyó en alta voz las líneas que le habían movido a guardarla.

Juana rió alegremente, y dijo:

— Esa carta se refería a la clase de composición literaria. Yo debía haber tenido el primer premio; pero en el último párrafo escribí traducción con una sola «c», y perdí el premio.

— Siempre has sido mala para la ortografía — dijo Winter. — Yo era mejor; pero estaba lejos de la perfección. Nuestra madre era una maravilla para la ortografía; no se equivocaba nunca.

Ya en el umbral de la puerta, Winter se volvió repentinamente.

— Mientras tanto... — empezó a decir. Pero inmediatamente se olvidó de lo que había pensado decir.

Una sonrisa rara, mala, que sorprendió en los labios de su hermana cuando estaba a punto de desvanecerse, cortó la corriente de sus pensamientos.

Se creyó un necio. Juana le había hablado con generosidad del testamento; pero en el fondo de su corazón estaba contenta con lo que ocurría, y esa sonrisa suya demostraba que había triunfado en su empeño de ponerlo mal con su madre. Una rabia sorda nació en el corazón de Winter.

V

Y sin decir una palabra, giró sobre sus talones y salió. Pero no subió a la buhardilla a ver los baúles. Volvió al escritorio de su madre, sacó del bolsillo el testamento, y empezó a leerlo de nuevo.

Cuando concluyó la lectura, sonreía; pero su sonrisa era también rara y mala. Había leído esta vez el testamento con otro espíritu, y, como era natural, había encontrado en él algo que en la primera lectura no había visto.

Sacó del bolsillo un cortaplumas, abrió la hoja más afilada y se hizo en el índice de la mano derecha un tajo pequeño pero profundo, del cual empezó a manar abundante sangre.

Siempre sonriendo con su sonrisa rara y mala, tomó el testamento con la mano izquierda y se dirigió a la sala.

— Me acabo de cortar el dedo — dijo a Juana — y no puedo escribir a Eitel una carta que necesito escribirle. ¿Quieres que te la dicte? La carta debe salir ahora mismo para alcanzar el correo.

— ¡Cómo no! — repuso Juana. — Con mucho gusto.

Winter dictó a su hermana una corta y cariñosa carta para su mujer. Habló brevemente de su desilusión en lo tocante al testamento; refirió la generosidad de Juana, su proposición para quemarlo y la imposibilidad, para él, de consentir en semejante cosa. Concluía diciendo que muy pronto regresaría.

— ¿Quieres que firme por ti? — preguntó Juana.

— Creo que podré hacerlo yo — contestó Winter.

Tomó la pluma que le pasaba Juana, e, inclinándose sobre la mesa, leyó lo que había escrito a su dictado. De pronto se detuvo, y dijo:

— Juana, ¿cómo se escribe bienes?

— V, i, e, n, e, s. ¿No es así?

— ¡Vaya! Tú siempre has confundido la «b» y la «v». Has escrito también «recive» y «prueva»... Tres palabras y tres faltas de ortografía; estoy avergozando de ti...

Winter se echó a reír; pero Juana no lo imitó.

— ¿Qué te pasa? — preguntó.

— Es que — contestó Winter, dejando de reír — esas tres mismas palabras están mal escritas en el testamento de nuestra madre. Velo tú misma.

Puso el documento delante de los ojos de Juana, y siguió:

— Ahora, anda a ver los libros de premio de mi madre y verás que casi todos son por buena ortografía.

Juana lo miró fijamente. No estaba dispuesta a rendirse.

— ¿Qué es lo que pretendes? — preguntó.

— Procura recordar.

— ¿El qué?

— Yo — siguió diciendo Winter — nunca me saqué un premio en la escuela; pero tú una vez te sacaste uno, ¿te acuerdas?

Juana hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— La vieja se puso muy orgullosa — agregó Winter. — Creyó que sería el primero de una serie de premios que tú ibas a sacarte; pero no fué así. Fué tu único premio... ¿Te acuerdas de qué fué?

— Perfectamente — contestó Juana. — ¿Por qué?

— Entonces, dilo tú.

Juana sonrió. Hasta en los más difíciles momentos de la vida conservaba cierto buen humor.

— Fué de caligrafía — dijo.

— Es cierto — confirmó su hermano.

Los buenos abogados criminalistas saben siempre cuando va a flaquear una mujer en su declaración. Era quizás una lástima que Winter no hubiese seguido la carrera de abogado. No quiso que su hermana flaquease. Creyó que con lo hecho había bastante y la dejó sola con el testamento.

No volvió a verla hasta la hora de comer. Parecía más amable y tranquila que nunca. Se acercó a él, le puso con fuerza las manos en los hombros y le dió un beso.

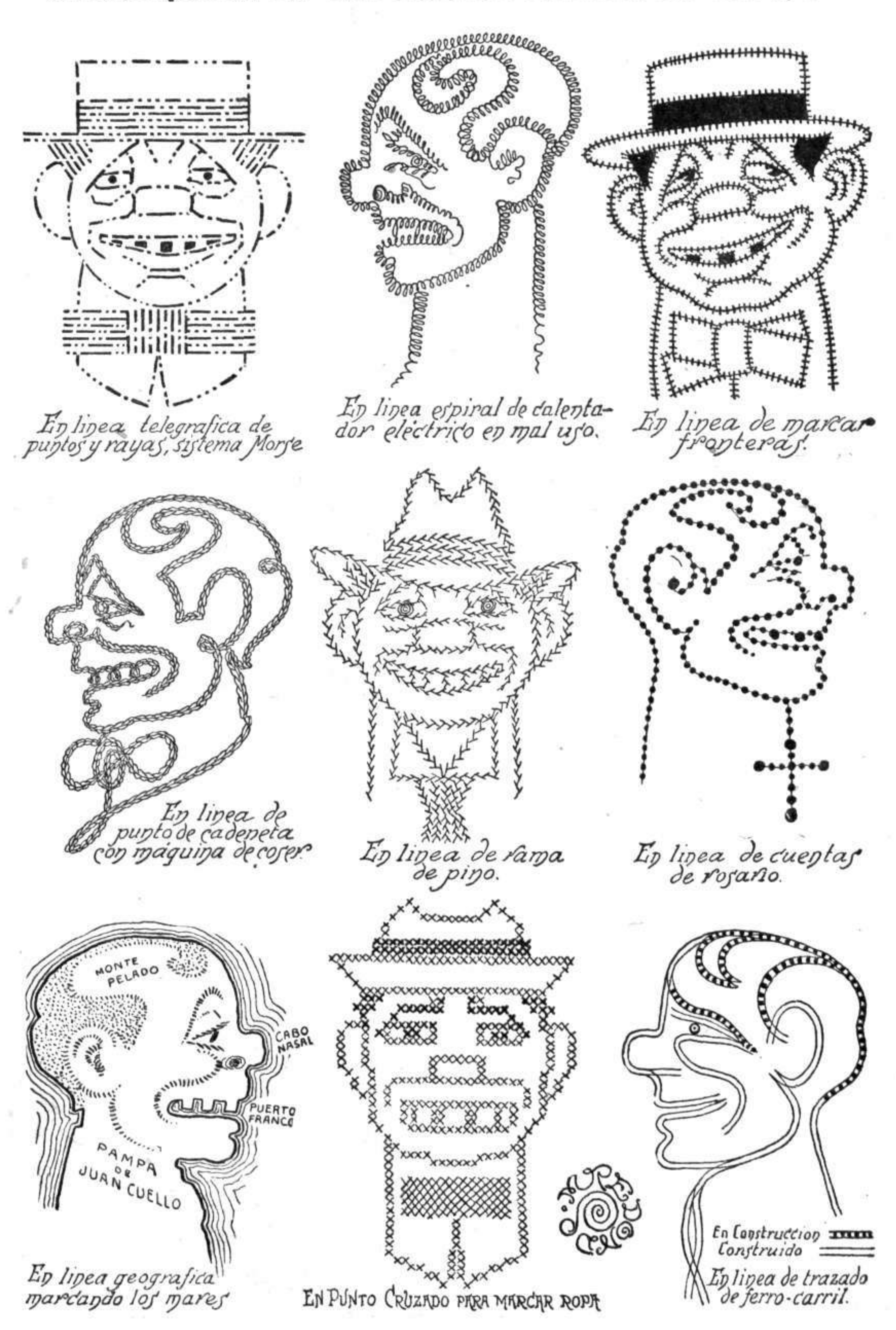
— Era un testamento odioso — dijo después. — Nuestra madre debe de haber estado loca cuando lo escribió. El hecho de que tres palabras estuviesen mal escritas demuestra que estaba loca... He quemado ese odioso documento... Y me he tomado la libertad de poner un telegrama a Eitel... Después de todo, yo también soy su hermana... Le digo que todo queda satisfactoriamente arreglado... Creo que la comida está lista...

En seguida, Juana empezó a hablar alegre y divertidamente de otras cosas.

Y, con ciertas reservas, naturalmente, Winter se encontró con que seguía admirándola como antes...



SARRASQUETA EN LOS NUEVOS ESTILOS DE DIBUJO



DIBUJO DE REDONDO

Nuevos bachilleres



Nuevos bachilleres egresados del Colegio Nacional Manuel Belgrano, 1.ª Div. Francisco Parodi, Ferrol Zunino, Mario Monti, Isaac Mogileiesky, Alberto Auge, Marcos Lobato, Jorge Camino, Raúl Pariente, Miguel Pous Goldaracena, Domingo López, Luciano Ricaud, Federico G. Bonorino, Américo Montenegro, Eduardo Berisso, Francisco Boggiano, Vicente Winner, Manuel Crucci, Enrique Minasso, José Gutiérrez, Renato Induni, José Procupez, José León, doctor Francisco D'Andrea (rector), Eleuterio Tiscornia (vicerrector), Luis Casarino, Hugo Aran, Adolfe Tauziet, Bartolomé Grondona, Ricardo Palma, Mario Nicolini, Luis Dotti, Gregorio Cardon, Pedro Aberastury y Francisco Albert.



El estreñimiento, llamado también sequedad de vientre, estiptiquez, constipación, es más que una simple dolencia fastidiosa. Es una enfermedad grave, que debería ser atendida muy seriamente, porque sus consecuencias son algunas veces terribles.

Cuando por efecto del estancamiento de las materias fecales en el intestino, se producen las fermentaciones, los microbios abundan. La cadaverina, la putresceína que se desarrollan al mismo tiempo son absorbidas por la mucosa del intestino y llevadas a la sangre que poco a poco se envenena. Es, entonces, después de un tiempo más o menos largo que se empiezan a notar los efectos del estreñimiento. Ya sea bajo forma de erupciones en la piel (granos o barros), ya sea en forma de dolores de cabeza, mal aliento, lengua pastosa, inapetencia; otras veces por fuertes dolores de barriga o de estómago; otras bajo forma de reumatismo articular, etc., etc.

Hay que evitar el estreñimiento. ¿Cómo?, diréis. No les vamos a aconsejar ni las desagradables aguas purgantes, ni las repugnantes magnesias, ni el asqueroso aceite de castor, ni los purgantes drásticos que, como el áloe, la podofilina, el ruibarbo, aparentan hacer bien y en realidad aumentan la constipación; vamos simplemente a recomendarles un remedio que desde hace algunos años venimos haciendo conocer.

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

es el remedio soñado para curar el estreñimiento, porque es agradable, no irrita el intestino, no produce cólicos. Bajo forma de deliciosa pastilla de chocolate, es un laxante que gusta a todos. Una pastilla es laxante, dos o tres son purgantes.

Con un poco de voluntad y otro poco de Santeína curará usted su estreñimiento.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

YACO

Nuevos bachilleres



Nuevos bachilleres egresados del Colegio Nacional Manuel Belgrano, 2.ª Div. José Marinoni, Javier Elgorriaga, Alberto Ovejero, Arturo Terrizano, Rogelio De Lena, Ignacio Martínez, Fernando Romero, Agustín Conforte, Alberto Lasmartres, Orestes del Carril, Raúl May, Manuel Gutiérrez, Belisario Ahumada, Pedro Viceconti, Alfredo Barberini, Algel Marinoni, Luis Gagliardi, Domingo Manzi, Jaime Uranga, Elías Padlog, Enrique Garzoni, Lionel Ribano, Juan Hickethier, José de Larrocha, Ricardo Gerosa, doctor Francisco D'Andrea (rector), Eleuterio Tiscornia (vicerrector), César Tognoni, Germán Pardiez, Roberto Amigorena, Juan C. Poco, Ricardo Pita, Jorge Wigger, Horacio Schiavo, Ricardo Petrille, Luis López, Carlos Bustingorri y Alberto Ferreira.


¡VENZA!
El hombre ganó su primera victoria contra el dolor cuando, hace años, se descubrieron los salicilatos. Después logró un triunfo mayor con la Aspirina. Ahora ha vencido definitivamente con la Cafiaspirina, o sean las Tabletas Bayer de Aspirina y Cafeína, (identificadas por la Cruz Bayer), porque su acción es superior a la de todos los analgésicos conocidos. Los dolores de cabeza, muela, garganta y oído; los resfriados; la influenza; la gripe; las neuralgias, etc., son enemigos que pueden asaltar su salud en cualquier momento. La Cafiaspirina es un arma segura y rápida. ¡Usela y vénzalos!
BAYER
BAYER

LLAMARADAS

Como máscaras obscuras de nostálgicas esposas,
como ecos de mil risas y mil llantos y mil besos,
como cálidas sonrisas, como escarnios, como excesos,
van las sombras de mil vidas desfilando silenciosas.

Han sufrido intensamente sus amores opulentos;
han amado sus congojas en las noches invernales,
y sublimes heroínas de mil cánticos triunfales,
han callado sus ensueños y sus álgidos lamentos.

Son la estirpe esclarecida que brotó de mil entrañas
al conjuro de expansiones recelosas y dolientes,
y salidas como espectros, como sombras afligentes
engalanan sus amores con las sedas más extrañas.

Es que sienten las dulzuras de las hondas emociones
al capricho de saberlas en sus manos transformadas,
como leyes sin más normas que las rojas llamaradas
de ese fuego en que se ocultan sus dolientes corazones.

Y supinas de esa ciencia que modulan sin espanto
con el brillo de sus ojos como un clásico trofeo,
de las márgenes del Tíger a las ondas del Egeo
van en luenga caravana destilando su quebranto.

J. M. CORDEYRO ECHAGÜE

IDEAL

De seda son tus rizos, cabecita,
cabecita de ensueño, bendecida;
de oro son tus bucles, pobrecita,
pobrecita muñeca de mi vida.

Tus ojos son celestes, adorada,
adorada visión de mis dolores;
y tus labios de grana, ¡oh, esperada!
esperada ilusión de mis amores.

¿Dónde estás que no veo tus encantos?
¡oh, encanto de mi alma apesarada!
¿en qué mundo escucharé tus cantos?
¡oh, cantos bendecidos de la amada!

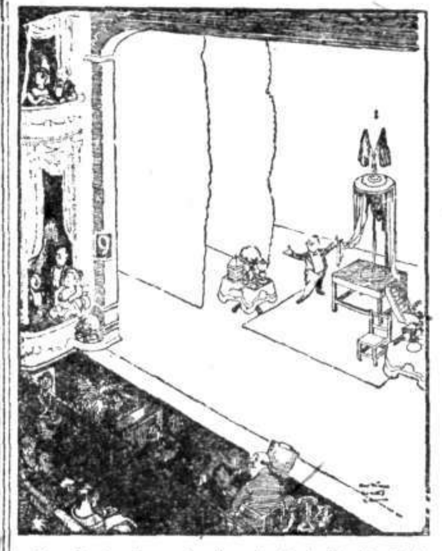
¿Vivirás?... ¿me oirás?... ¿será tu acento
el acento ignorado que me llama?
¿ha nacido en tu alma el sentimiento
del tierno sentimiento que me inflama?

¡Oh, mujer!... donde estés, siempre te espera
el amante ideal por quien suspiras,
y tú eres la ansiada compañera
de aquel que no conoces y que admiras.

Nuestra unión es la unión de dos soñares
perdidos en el mundo del anhelo,
el eco del amor de dos cantares
que aquí suenan, y se oyen en el cielo...

¡Adiós, dulce adorada!... y si es que un día
no encuentra su ideal tu alma inquieta,
piensa si es que tu alma no sería
la que inspiró este sueño a tu Poeta...

MARIANO MAÇIÁ



Voz desde el paraíso (terminada la ilusión de la desaparición de una señora). — ¡Eh, señor! Si usted hace eso mismo con mi mujer le doy cien pesos!



— La señora no puede recibiros, señor: está en el baño...
— ¡Oh, no importa; yo sé nadar!



Repórter. — Y, ¿es usted casado, señor?
— No; esa inmensa desgracia no me ha pasado todavía.



EL ESTIO Y EL CUTIS

Por Mlle. Alice Delysia

NOS encontramos otra vez en el apogeo del estío con sus días de radiante sol, a veces apacibles y a veces tan francamente pesados que, como cuando hace demasiado frío, dan motivo a nuestra constante disconformidad con las veleidades del tiempo. ¡Qué felicidad si en esto fuera posible un término medio! ¡Si se pudiera vivir como en las representaciones teatrales en esa exquisita tranquilidad con que una actriz, luciendo las últimas creaciones de Poiret o Paquin, se pasea a la orilla de un mar embravecido vivamente llevado a la tela por la concepción artística de un buen escenógrafo! El sol de nuestra tierra, tan fuerte en la estación estival, tiene una manera deplorable de revelar toda mancha, tanto en el vestido como en el cutis. Para beneficio de mis lectoras, daré a conocer los inofensivos y sencillos medios que siempre he adoptado durante mis visitas a las playas, para conservar lo que es para mí de suma importancia: el aspecto joven de mi rostro. He encontrado que la cera mercolizada, esparcida en el rostro y cuello todas las noches, absorbe, poco a poco, la cutícula exterior, dejando el nuevo cutis a la vista. Nada hay más sencillo, más sano y más económico que este tratamiento de resultados verdaderamente maravillosos. Me dicen algunas personas que tienen el cutis algo seco, que prefieren hacerse masaje con cold cream, que se saca con una toalla antes de usar la cera mercolizada.

* * *

UNA molestia que resulta mortificante, y que apena a una gran parte de las mujeres, la constituye el exceso de sudor, que durante los días estivales llega a ser verdaderamente insoportable; pero, afortunadamente, en la actualidad esta desagradable molestia puede ser curada sin necesidad de recurrir para ello a un tratamiento médico. El empleo de un poco de borite, que es un polvo blanco, desodorante y antiséptico, agradable al tacto, aminora notablemente los inconvenientes de la transpiración excesiva. En muchas de mis amigas he podido constatar los beneficiosos efectos de esta substancia que hoy puede hallarse en cualquier farmacia, y que yo no dudo un sólo momento en recomendar a mis gentiles lectoras, pues, a más de sus innegables cualidades, tiene la particularidad de evitar el empleo de las engorrosas sobaqueras o bajo-brazos, sin contar que la ropa no es manchada por este admirable polvo blanco de borite.

* * *

OTRO de los fastidiosos inconvenientes que el verano trae aparejados lo es, y no de los menores, la alteración que experimenta el colorido de la tez del rostro, alteración que puede ser variadísima y asumir numerosos tonos, todos ellos tendientes a dar al rostro un aspecto desagradable. Las desventajas de pintarse la cara son tantas que no es necesario enumerarlas: baste sólo decir que el uso de carmín, rouge o cualquier otro colorete resulta sumamente perjudicial para la salud, la moral y la verdadera estética. Para devolver a un rostro marchito el hermoso sonrosado colorido natural de la primera juventud basta aplicar, sencillamente, sobre las mejillas un poco de rubinol, que es una maravillosa substancia que tiene la virtud de no notarse y cuyos efectos son verdaderamente sorprendentes, pues permite a las mujeres hacer gala de colores hermosos, atractivos y avasalladores.

Alice Delysia.

Nuevas maestras

Grupo de alumnas recientemente egresadas de la Escuela Normal de Lomas de Zamora, que dirige el profesor Angel C. Bassi.



Nuevas maestras



Alumnas de la Escuela Normal de Lomas de Zamora que han obtenido su diploma.

EL
SOÑADOR ARRUINADO
(CUENTO)

N la gran redacción de aquel diario inmenso, la persona de Horacio Luna puede decirse sin hipérbole que desaparecía. Era un joven chiquito, insignificante y por añadidura jiboso. Y esta cualidad de jiboso le salvaba de pasar absolutamente inadvertido porque cuando menos la desgracia de su monstruosidad lo singularizaba. Pero él no sabía aprovechar ni siquiera esta coyuntura que el destino le presentaba para poder «sobresalir»; no utilizaba su jiba como reclamo o medio de distinguirse, y a las dos veces de mirarlo todos los compañeros de redacción lo suprimían del mundo de su curiosidad. No obstante lo original de su facha, Horacio Luna no existía.

El pobre hombre se perdía en la complicación de aquella casa, donde dos o tres docenas de periodistas avezados y de fuertes escritores fabricaban nocturnamente la máquina de ideas y sensaciones que había de preocupar a la mañana las conciencias de la enorme ciudad. Trabajaba escondido en la sección de los telegramas de las provincias, y su empleo allí no era de los más importantes. Trabajo mecánico, atención automática, muchas horas de servicio y poco sueldo. A veces se aventuraba por los corredores, cruzaba acaso por los otros gabinetes como una sombra y volvíase pronto a su rincón, arrepentido de la inútil aventura.

Al principio se le recibió como lo que era, como un hombre físicamente raro, y hasta se pretendió concederle la beligerancia de la originalidad o la monstruosidad. Alguien empezó a citarlo, entre sonrisas, con el título de el Chepa, el Chepita... Pero la tentativa no tuvo éxito, y se quedó simplemente con su nombre y apellido legales.

De tarde en tarde acudía al gabinete de los redactores encargados de escribir los sueltos políticos y las informaciones de cierta responsabilidad. Se introducía como subrepticiamente, y una vez dentro procuraba ocupar el menor sitio posible tanto en el gabinete como en la atención de los circunstantes. Atraíale aquel ambiente de cultura y espiritualidad, y aquellas personas notables, renombradas y con frecuencia de charla ingeniosísima; todo tan distinto de la prosaica sección donde el pobre Luna desmadejaba, entre los bostezos o las tontas conversaciones de los compañeros, las viles noticias de provincias.

Todos esos seres tímidos suelen tener en mí un voluntario protector, siempre que pueda adivinarse en ellos alguna especie de secreta excepcionalidad. El amigo Luna lo advirtió bien pronto, y se acogía a mi amparo, en efecto, para poder ocupar el gabinete una media hora cada quince noches. Me ofrendaba al entrar una de sus mejores sonrisas y escondíase a mi lado.

— ¿Cómo le va, Luna?

— Bien, bien...

No había modo de sonsacarle la más vulgar confidencia, ni podía esperarse que diera su opinión sobre las cuestiones más que con monosílabos o movimientos complacientes de cabeza. En realidad es que no quería que se le notase. Deseaba estar, pero como una cosa, como un mueble.

Poco a poco me empezó a preocupar aquel bicho raro. Sospeché que bajo su aspecto innocuo debía de esconderse un carácter original, acaso una vida honda y complicada. Lo que sobre todo despertaba mi curiosidad era el aire dulce, tranquilo, inalterable que acompañaba a un individuo que tantos motivos tenía para sentirse desesperado. ¿Tomará morfina ese miserable?, pensé. Tal vez bebe...

Una noche, próxima ya la madrugada, hizo la casualidad que saliésemos al mismo tiempo de la redacción.

— ¿Cómo le va, Luna?

— Bien, bien...

Pero esta vez no le iba a valer su disimulo. La noche estaba deliciosa y apta como para que dos amigos se comiesen mano a mano unos fiambres con un par de vasos de cerveza. Le invité, y aunque por hábito rehusó la oferta, tuvo que venirse conmigo a un bien abastecido bar de allí cerca, en la esquina.

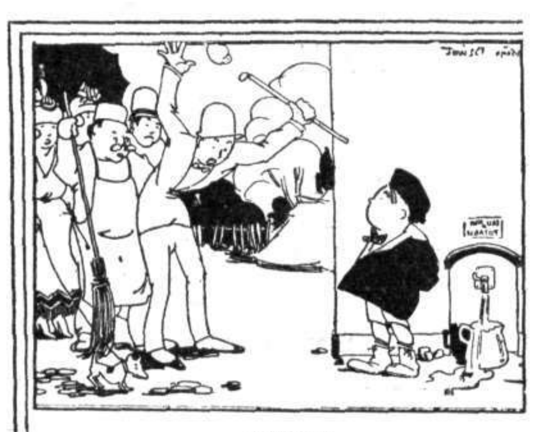
Noté que el convite le había conmovido, y me di tan buena maña para utilizar aquel estado de agradecida emoción, que al segundo vaso de cerveza el amigo Luna me abría de par en par las puertas de su alma, con esa exageración, con ese impudoroso ímpetu que emplean en sus confidencias los seres precisamente más tímidos.

— No, yo no bebo — me dijo, — yo no tomo morfina. ¿Para qué? No la necesito, y el alcohol me resulta una materia de producir quimeras demasiado ordinaria. Le ha extrañado a usted la amable serenidad con que soporto una vida que bastaría para hacer desgraciados a cuatro hombres valerosos. Le ha extrañado a usted, lo conozco. Pero la Providencia, en la que firmemente creo, dispone de una fantasía que lo puede todo y que rebasa todos los límites presumibles. Mi caso, por ejemplo, era bien difícil; yo estoy para el éxito de cualquier especie tan mal preparado, que sólo con un milagro de imaginación se podía intentar convertirme en dichoso. Pues bien, ese milagro existe. La Providencia posee toda esa imaginación. Yo soy, en efecto, uno de los seres más felices de la tierra... mientras duermo.

—Es claro; por que no siente, porque no vive usted.

El amigo Luna apuró el vaso de cerveza y dijo sonriendo con una indescriptible sonrisa:

— Al contrario; yo soy feliz mientras duermo sencillamente porque entonces *vivo* con una enorme



HIGIENE

— No bebas esa agua, desgraciado. Está contaminada... ¿Te gustaría enfermarte?...

— Si no es para mí. Es para mi hermano.

intensidad. Voy a confesárselo a usted: yo estoy dotado de un don prodigioso por el cual puedo soñar durante una noche entera, y puedo además escoger previamente la clase y la extensión de mi ensueño. ¿Cómo se logra en mí esa extraña facultad? No sé; yo lo atribuyo a la Providencia, y me basta. El caso es que todas las noches, muy tarde, después de un día penoso, lleno de fastidio, de humillación y de imposibilidades, yo me dirijo a mi pobre casa y por el camino voy escogiendo a mi sabor la clase de ensueño que deseo soñar al dormirme. Y matemáticamente el ensueño se realiza... Pero no son ensueños vagos y borrosos, sino verdaderos trozos de una vida sublime desarrollados con una claridad perfecta. Mucho más aún, porque esa vida de ensueño la vivo yo más verdadera y claramente que la vida ordinaria. Esta la considero como irreal, como un torpe paréntesis. ¡Ah, si usted supiera!... Cada noche varío la película de mi felicidad. Unas veces quiero soñar que soy rico y poderoso; otras veces que soy gallardo, hermoso y triunfador con las mujeres; o que soy un rey, un gran general, un inspirado escritor... En mis días más negros, en esos días en que me toca fracasar hasta con una mujer facilísima, entonces me doy el obsequio de un ensueño largo, infinitamente delicioso; me hago amar por las mujeres más hermosas, y al día siguiente, ¿no lo ha notado usted alguna vez?, toda mi persona parece que marchase envuelta en un halo de divina dulzura. Bien, ya conoce usted mi secreto. Espero que no lo ha de divulgar por ahí...

— ¿Para qué? Ni lo creerían probablemente. Y para esta noche, ¿qué clase de lindo ensueño piensa usted organizarse?

— Acaso insista en el mismo de ayer. Era un bello ensueño de amor...

Pasó mucho tiempo. El amigo Luna, sin duda restituído a su silenciosa timidez, no dejaba verse por ninguna parte. Alguna noche me asomé a la habitación donde trabajaba y le vi escondido allá dentro, tan jiboso e insignificante como siempre. Creí sorprender en él un gesto de contrariedad, y como que quería ocultarse de mí.

Otro día, pasados varios meses, lo encontré extraordinariamente derrotado, mal vestido y con huellas de enfermizo cansancio en el semblante. Corrí a saludarle, con la esperanza de una explicación.

— ¿Qué es eso, amigo Luna? ¿Pero cómo le va?...

No pude conseguir de él más que la antigua y hermética muletilla:

— Bien, bien...

Y llegó un momento en que desapareció del todo de mi vista. No lo volví a ver en la redacción del diario. Pregunté y me dijeron que lo habían expulsado por indolente, perezoso e incapaz. En los últimos tiempos se embriagaba como un estúpido.

A las pocas noches hizo la casualidad que lo divisase, chiquito y deforme como siempre, en el remolino de una calle muy concurrida. Estaba allí como un perro sarnoso que comprende su delito y trata de apartarse lo antes posible del centro de la vital y lujosa multitud. Pero antes de que pudiera escabullirse le salí al paso y le detuve por un hombro.

— Por fin le tengo a usted, amigo Luna. ¡Tanto tiempo sin verle! ¿Qué diablo es de su vida? ¿Por qué ha salido usted del periódico?... Cuénteme.

Se detuvo, titubeante. Después, ante la imposibilidad de largarse, me llevó a una calle menos concurrida y empezó a relatar su drama.

— Entre todos era usted el único que mostraba piedad, curiosidad o interés por mi persona; es usted el único también a quien puedo sin miedo confiarle mi pobre angustia. ¿Se acuerda de aquella noche? Usted conoció entonces el hombre más rico y poderoso de la tierra; no existía nadie en el mundo tan feliz y opulento como yo, porque yo mismo, como Dios, podía crearme mi propia felicidad. Pero un día el infierno se sintió envidioso de mi fortuna. Cierto día, después de una noche en que el ensueño había alcanzado una belleza indescriptible, perdí aquel don de la espera y de la resignación que me hacía pasar las horas del trabajo como en un paréntesis. Me impacienté por aquellas horas, las encontré horribles e injustas, no quise soportarlas en calma; y tomé la decisión de embriagarme. De esta manera, pensé, el tiempo que la fisiología me obliga a permanecer despierto lo pasaré volando y entre las delicias de la embriaguez. Mi vida será así una sucesión inestimable de ensueños... ¡Nunca debí intentarlo! Fué una idea infernal. Bebí, me embriagué ¡y al llegar la noche quedé sumido en el sueño más aplastante!... Aquella noche mis ensueños no acudieron a la cita. Volví a embriagarme al día siguiente, y volví a dormirme por la noche con un sueño de piedra. Y todo se perdió... Se acabaron mis bellos ensueños. No logré ya más vivir aquellas radiantes y dulces quimeras de otrora. Y porque la vida real me espanta con su insoportable rudeza, y porque necesito huir de algún modo y por cualquier camino de las brutalidades de la realidad, desde entonces bebo, bebo... Me han dicho que mi vida peligra; alguna vez he estado al borde de la catástrofe. ¿Pero qué me importa? Yo necesito beber... ¿Sería usted tan bueno que me prestase unos centavos?...

— Cómo no, amigo Luna.

Le puse en la mano unos cuantos pesos, y el pobre miserable, casi sin tiempo para agradecérmelo, desapareció por la calle abajo. Yo tenía la seguridad de que antes de cinco minutos se encontraría perfectamente beodo, y que aquellos pesos que yo le di iban a precipitar el ataque, el delirio final, la muerte. Pero no sentí el menor remordimiento.

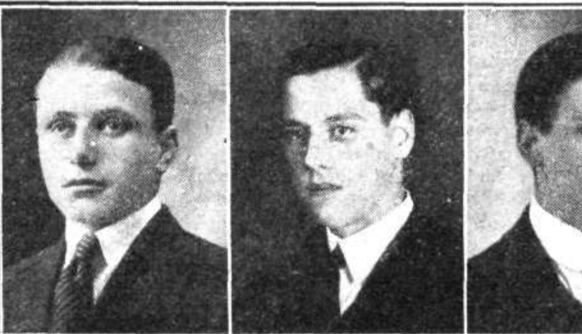


La madre. — ¿Para qué quieres dinero?
El niño. — Para comprarme un pastel y comérmelo delante de esa antipática vecina, sin darle nada.

Peritos Mercantiles egresados de la Escuela S. de Comercio Pte. Hipólito Irigoyen



M. Krasuk. — Aser Over Laborde. — Francisco Mancini.





Hugo Pavio. — Francisco Gutiérrez. — Patricio Q. Hunt.

PLANTA PESCADORA

Trátase de la urticularia vulgar, una planta acuática que tiene unas vesículas que atrapan los peces pequeños.

No hace mucho tiempo que se observó en un acuárium donde había una urticularia y varios pececillos de pequeño tamaño, que doce de ellos fueron pescados por la planta en el intervalo de seis horas. La mayor parte habían sido apresados por la cabeza al tratar de introducirse en las vesículas de la planta, y otros por la cola, no faltando algunos tan poco afortunados que habían sido atrapados a la vez por los dos extremos. Las vesículas presentan un orificio con cuatro prolongaciones muy puntiagudas en la dirección del interior de la cavidad, parecida a la boca de una ratonera, y así se explica fácilmente que cuando un pececillo mete la cabeza en la abertura, las puntas le impiden salir y se le clavan cada vez más, teniéndole preso por más esfuerzos que haga para escapar el pobre animal.

Todavía no ha podido averiguarse qué utilidad puede traer a la planta esta pesca, pues no se ha descubierto en ella el menor indicio de proceso digestivo, pero el hecho es que la urticularia pesca, y tiene en sus vesículas una fuerza tremenda; a veces caza peces que son 17 veces más grandes que ella.

PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO

TIRASSO

Ofrece sus tradicionales **Cajones Surtidos**



CANASTA N.° 1. — CONTIENE:

1 botella Champagne 1905
2 botellas Champagne Sec
1 botella Champagne Demi Sec
2 botellas Moscato Champagne

$ 30.—

CAJON N.° 2. — CONTIENE: **$ 20.—**

1 botella	Champagne	1 botella	Clarete
2 botellas	Moscato Champagne	1 »	Jugo de Uva
1 botella	Moscatel Añejo	1 »	Sauternes
1 »	Oporto	1 »	Barbera
1 »	Cotes	1 »	Medoc
1 »	Pinot tinto		

CAJON N.° 3. — CONTIENE: **$ 12.—**

1 bot. Champagne Demi Sec	1 bot. Clarete
1 » Moscato Champagne	1 » Moscatel añejo
1 » Pinot tinto	1 » Sauternes



LUIS TIRASSO
SARMIENTO, 847
Buenos Aires

SUCURSALES:
ROSARIO: Sarmiento, 1028. — CORDOBA: Alvear, 125. — BAHIA BLANCA: Zelarrayán, 302. — TUCUMAN: Las Heras, 7.3.
PEDRO MIGLIORINI

El importe se puede remitir por giro postal o bancario. - Se efectúa también la expedición contra reembolso.

Peritos Mercantiles egresados de la Escuela Superior de Comercio Presidente Hipólito Irigoyen







Melchor Estévez. Teodoro Galli. Roberto Gandiani. José R. Martínez. Andrés D'Isernia. Bernardino Culeiro.








Hermenegildo Canella Raúl Barrabia. Héctor Tesoriere. Juan M. Acuña. Alejandro Marioni. Domingo Claudio.

Cartas

Por Miguel de Unamuno

¡Ah, aquellos tiempos en que uno se sentaba, a solas, sosegado, completamente dueño de sí, a contestar cartas, a corresponder larga y desembarazadamente con un amigo, con un desconocido corresponsal acaso, a dejar correr la pluma y a verter el alma sobre el papel en coloquio individual! Pero esos tiempos se han ido.

Recuerdo que por entonces solía yo censurar a menudo lo que suponía — era un suponer y no más — un defecto español: el de no contestar cartas alegando falta de tiempo para ello. ¡Quién me había de decir que llegarían días en que viese con espanto junto a mi mesa de trabajo, a mi mano izquierda, un montón de cartas por contestar! Y que estuvieran así no por falta de tiempo para contestarlas precisamente sino por no poder hacerlo adecuadamente. Porque si fueran de negocios, con tomar un secretario estaba la cosa resuelta. Pero son de consultas doctrinales, de confidencias, de desahogos y muchos de esos corresponsales quieren que se les conteste largo y tendido sin considerar que son ellos muchos sobre mí y yo uno solo para todos ellos.

Se habló aquí en un tiempo, entre literatos, de mi epistolomanía, y Benavente llegó a decir que me dedicaba a escribir pastorales y encíclicas. Pero esa labor de confesar por escrito, que, lo confieso, me agradaba más que otra, eso se tuvo que acabar. Porque cuando uno se dedica al púlpito tiene que dejar el confesonario; cuando escribe frecuentemente para el público tiene que descuidar a cada uno de los que le componen. Aprovecharse, sí, de lo que le digan, pero para lo que ha de decir a todos.

Y entre esas cartas a que uno, con grandísimo pesar a las veces, no puede contestar ¡las hay de tantas clases! La del joven ansioso de confidencia, por ejemplo, anhelante de palabras de aliento, que llegue a verter su espíritu creyendo de muy buena fe que es suyo lo que, sin recordarlo, ha leído. Que la originalidad es algo porque se acaba y no algo porque se empieza. O viene uno a preguntarte que es lo que ha de leer. Como si fuese posible decírselo a quien no se le conoce ni se sabe su cultura y sus aptitudes. O el que te consulta algo que puede verlo en cualquier enciclopedia o acaso en un diccionario. O los que te toman por árbitro en una apuesta.

Los que llamaríamos enciclopédicos son los más ingenuos. Son los que anhelan adquirir instrucción, eso que se llama instrucción. Buenas almas impermeables por lo común al humorismo. Y eso que la impermeabilidad al *humor*, la incapacidad de sentir la ironía, es una flaqueza, o mejor una gordura o una dureza mucho más común de lo que podemos figurarnos.

Hubo un tiempo en que me figuré que al morir iba a dejar una correspondencia privada que excediera con mucho a mi labor de publicista, y era indudablemente para lo que me sentía con más vocación. La conciencia de estarme dirigiendo a un sujeto individual y en coloquio íntimo me daba una singular libertad de espíritu. Pero las cosas me han venido de tal modo que no he podido responder a esa vocación. Aunque, en cambio, cada vez que escribo para el *público*, para mi público, me imagino que lo hago para cada uno de los que lo componen. Y así es como contesto a muchas de esas cartas que se me dirigen, ya que no puedo contestar a cada uno de sus firmantes.

Y luego hay también las cartas de los chiflados y monomaníacos y hasta de los locos. Me decía en cierta ocasión don Benito Pérez Galdós: «Una de las cosas que más persiguen a todo hombre que ha logrado alguna notoriedad en las letras son las cartas de locos, y desgraciado de usted si las contesta, porque el loco lo hace a vuelta de correo y muy por lo largo». Ya dice el refrán lo de «cada loco con su tema».

Añádase los que creen que uno tiene que opinar sobre todo y hasta le acusan de rehuir tratar ciertos asuntos en los que jamás se ha detenido. ¡Como le tomen a uno por enciclopédico está perdido! «Usted tiene la obligación de opinar sobre este problema» — me escribían una vez refiriéndose, creo recordar, al del divorcio. Y como contestase que no le había llegado su turno y que no había tenido tiempo de pensar en él, replicóme el corresponsal llenándome de improperios. Y yo entonces le contrarrepliqué: «Divórciese usted o mátele a su mujer pero déjeme en paz y no me busque de celestino». El hombre se descompuso.

Otros le vienen a uno con paternales o fraternales consejos, diciendo cosas que estoy harto de saber. O pidiendo que no escriba uno nada sin ir dando la definición de cada término que vaya empleando. O pretendiendo que escriba uno «para todo el mundo». Sin que haya logrado aún averiguar que es «todo el mundo».

Hay, en fin, quien busca que se le conteste para publicar después la carta, aunque éstos son muy pocos. Y francamente cuando un escritor quiere dirigirse a un público sabe como hacerlo aunque a las veces adopte el procedimiento de la carta privada. Porque, en efecto, suele alguna vez escribirse cartas privadas con el propósito de que se hagan luego públicas o no excluyendo esta eventualidad.

Y se te despide, lector, tu afmo. s. s.

Miguel de Unamuno



TORTAS BAGLEY

Complementan dignamente toda mesa bien servida: porque son un postre delicioso y sano que satisface a todos los paladares.

Se elaboran, exclusivamente con materias primas seleccionadas, en los gustos siguientes:

"GENOVA" - "GUINDA"
"FAMILIA" - "VALENCIA"

Maestras egresadas de la E. Normal de N.º 8. Año 1922

De izquierda a derecha: Rosa Bidano, María L. Borelli, Inés Del Campo, Delia Trabuco, Alicia Priano, Gilda Mari, María A. Madrazo Regina Vaccaro, Dora Bornick, Ernestina Patruccelli, Rosario Benvenuto, Sara Goldenberg, Paulina E. Lahitte, Carmen Bellinotto. Elda Viviani, Clelia Redondo, Victoria Vallone, Nélida Porta, Adelia Fesquet, Amelia Puca, Ana García, Luisa C. Cattaneo, María B. Bonfante y Angélica Sagasta.

De Villa Madero

Personal docente de la escuela fiscal N.° 13, que que ha sido objeto de diversas demostraciones de afecto por la benéfica labor desarrollada durante el año escolar.

EL ULTIMO SUEÑO DEL TRIBUNO



El sol, que se ocultaba detrás del Janículo, inflamaba con su rojiza lumbre los tejados y los arcos de piedra de las nuevas tiendas adyacentes al Foro, cuando Cayo Graco, el amigo de los pobres, llegó a su casa, situada en el Velia. Envuelto en el manto de lino sin ningún adorno, sereno en el andar, grave en el porte, la sencillez de su vestir y la nobleza de su rostro traían reminiscencias de la antigua austeridad republicana.

Venía del Capitolio, con la frente aureolada por sombría tristeza; con esa pesadumbre moral que sienten los grandes hombres cuando el pueblo les paga con ingratitudes sus desvelos. Al pasar por frente a la estatua de su hermano Tiberio, asesinado por los aristócratas, ardientes lágrimas habíanle nublado los ojos; recordaba que una noche se le apareciera, diciéndole: «Cayo, ¿por qué tardas?... El destino nos ha señalado una misma vida y una misma muerte: me ha dicho que ambos moriríamos por el pueblo...»

Los Fulvios, sus amigos, le acompañaban. La muchedumbre, remordida en su conciencia ante el mutismo elocuente del tribuno caído, seguíale, escoltando en silencio su camino. Mezclábanse en el tropel montañeses del Lacio, labradores del Celio, centuriones envejecidos, sabinos que trabajaban en los desmontes del Quirinal, gentes del Transtevere, de tez curtida y manos callosas, y proletarios del agro y de extramuros, con la capa de piel de cabra en los hombros. Había ansiedad en los semblantes pálidos; chispas de odio en las pupilas; y bajo los sucios mantos y las raídas togas, manos que se crispaban sobre el estilete...

Al penetrar en su morada el campeón del pueblo, la multitud, dirigida por sus amigos, se fué dispersando por los alrededores; en la casa de Fulvio concentróse parte de ella; allí distribuíansele jarras de rancio Falerno... De ambos partidos preparábanse para la mañana siguiente.

En las quintas y los palacios de los senadores se repartían armas y oro; aglomerábanse en tales sitios los gladiadores sirios y macedonios, los histriones toscanos, frumentarios, clientes y aventureros de los que infectaban los cenáculos vinarios y los refugios del Foro Boario y la Suburra. Las legiones permanecían impasibles en el Campo Marcio; por primera vez desamparaban la causa del pueblo, vendidas a la aristocracia...

Cayo Graco, reclinado sobre un asiento en el interior de su casa, meditaba profundamente en los sucesos... El día había sido de una intensidad siniestra. Sus reformas atrevidas mantenían latente el rencor de los ricos, y éstos iban a ser inexorables. La plebe arrepentíase demasiado tarde de haberle abandonado en los últimos comicios... Pocas horas antes, el cónsul Opimio había ordenado a los patricios y caballeros que se presentaran al amanecer en el Capitolio con sus armas y dos esclavos; los lictores habían puesto el hacha en las fasces doradas, recordando a los ciudadanos el derecho consular de vida y muerte; y en seguida del pregón las puertas de la ciudad cerrábanse por mandato del senado... Un miserable victimario, muerto el día anterior por un plebeyo, servía de pretexto para el desquite de la nobleza... Iban a consumarse los designios patricios... La farsa sostenida por los senadores, con la complicidad del traidor Livio Druso, llegaba a su término...

El tribuno sentíase sofocado. Faltábale aire en las habitaciones, y en procura de alivio subió al terrado de la casa. Densa melancolía había invadido su espíritu. El recuerdo de su virtuosa madre — Cornelia — aleteó un instante en su corazón: después pensó en su hermano, muerto por los sicarios sobre las sagradas losas del Capitolio y arrastrado luego al Tíber con los garfios de las gemonías... ¿Sería igual su propia suerte?

De un lado el patriciado, soberbio, enriquecido, tiránico; del otro lado la plebe, subyugada, miserable, desvalida... ¡él estaría, siempre, de parte de los débiles! ¡moriría en defensa de sus derechos!... ¿Y si moría?... Parecióle que la antorcha de la libertad iba a apagarse y que las tinieblas extenderían nuevamente su imperio. La implacable lucha atravesaba por uno de esos momentos decisivos en que sobre los ánimos excitados flotan prenuncios de represalias sangrientas: un hálito de tragedia habíase difundido hasta por los más apartados barrios de Roma... Cayo Graco quedó pensativo...

Anochecía... Ya el templo de Júpiter Stator cubríase de sombras violáceas, en la cima del Palatino; la Vía Sacra iba quedando solitaria, envuelta en la obscuridad; allá, por el lado de los Apeninos, volvía a amenazar con tronidos lejanos la tormenta de la víspera; los relámpagos iluminaban con intermitencias la lobreguez del horizonte, y una brisa fresca traía hasta la ciudad el aroma de las campiñas mojadas por la lluvia...

Eran altas horas de la noche. Los partidarios del tribuno vigilaban en torno de su casa, relevándose de tiempo en tiempo. A ratos cruzaban grupos aislados, de pocas personas. Alguna antorcha incendiaba las sombras, y su luz flamígera daba aspecto fantástico a las casas de las estrechas callejuelas. Había frases lacónicas: «¡Mañana en el Clivus Publicius!», «¡Anneo, avisa a los esclavos de Flavio Macer!», «¡Vamos a la ribera; nos esperan en la taberna de Hércules!»... Después volvía a reinar el silencio.

En el interior de la casa, Cayo Graco, recostado en su lecho, dormía. Aun sabiéndose al borde del abismo, tenía la suficiente energía para tomar aquel ligero descanso.

Soñaba el tribuno... Soñaba, y sus ojos cerrados, veían con clarividencia de arúspice, en lo porvenir; y sus oídos auscultaban, en

el océano de los siglos, la evolución de la vida romana.

Había corrido vertiginosamente el tiempo sobre las siete colinas. Roma estaba distinta. El ensueño de la Vestal realizábase y la ruminal higuera cubría con sus ramas al mundo. En el cielo azul, sobre un Capitolio de oro y mármol, brillaban las sagradas palabras de la Sibila: *"Imperium tibi sine fine dabo"*.

Por doquiera veíanse templos soberbios, mansiones opulentas, estatuas de fino mármol, arcos de triunfo y pórticos magníficos. La ciudad, embriagada de perfumes, resplandeciente de joyas y vestida de púrpura y seda, yacía indolente en la margen del rubio Tíber, como orgullosa emperatriz oriental.

Pero, ¡cuán caro costaba al pueblo ese esplendor!... ¡Ya no existía libertad!... La república había muerto, y la plebe era un rebaño que gemía bajo la férula del patriciado o azotada por los mastigáforos de los déspotas: la tribuna de las arengas estaba convertida en un lugar desierto; los comicios tenían la soledad de los páramos: hasta las virtudes yacían enterradas bajo sangre y cieno... Y Roma, la amazona invencible, vendíase al mejor postor en pública subasta, como cualquier meretriz de la Suburra.

Después de la destrucción de Cartago, la ambición romana no había tenido límites... Nada resistía al empuje avasallador de las legiones, siempre de conquista en conquista, cada vez más allá, cada vez más lejos... Sus águilas doradas, con las alas abiertas, marcaban un vuelo extraño en el fondo de los horizontes rojos. Y desde Gades al Mar Caspio, y desde la fría y nebulosa Hibernia al cálido país de los Faraones, las armas de Roma hacían temblar la tierra... La urbe, entretanto, convertíase en emporio de todas las riquezas, en museo de todas las obras de arte, en santuario de todos los pueblos... Sobre ella brillaba la profecía sibilina como una aureola...

Pero un día la estrella de Roma llegaba al cenit: la ascensión terminaba; venía el crepúsculo vespertino... En el interior de la ciudad resonaban cánticos de orgía, y el pueblo, recogiendo las migajas de los festines, coreaba los ditirambos de la bacanal. El valor guerrero estaba enervado por la disipación y la molicie; y la sombra de Catón cruzaba las calles sollozando, con el rostro cubierto por la toga.

Y de improviso sucedía que allá, en el fondo de las selvas y de las montañas y de los desiertos más lejanos, surgían pueblos misteriosos, salvajes, de fisonomía desconocida; pueblos enemigos de Roma, que encarnaban un odio secular y rugían como leones hambrientos y convergían hacia ella, de todas partes; hordas feroces, que tenían algo del buitre y del chacal y de los dragones míticos y que llenaban las soledades con el eco pavoroso de los implacables cataclismos... Y las legiones eran vencidas, mientras Roma, coronada de hiedra y rosas, alzaba su copa en el triclinio, ebria de vino y de lujuria...

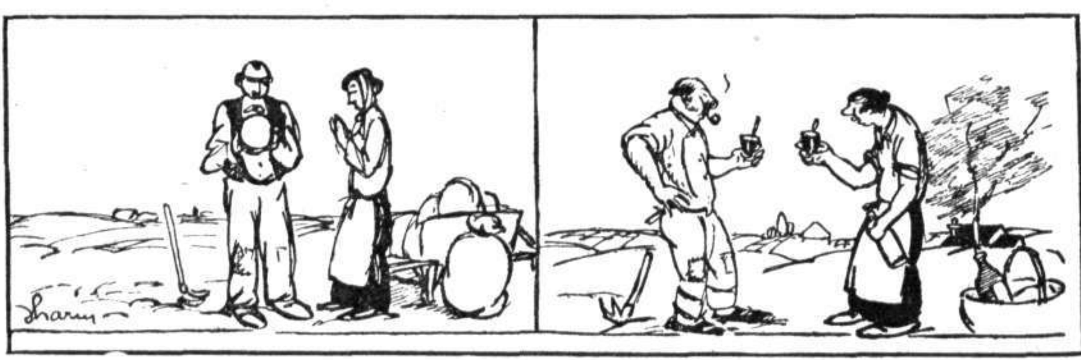
La nube de guerreros continuaba su avance: relinchaban los potros cerriles y al golpe de sus cascos secábanse las hierbas del camino. Y el aullar de los bárbaros oíase ya a las puertas de la ciudad de Rómulo... Después fuego, sangre; turbión de alaridos, sombras y reflejos... El colosal derrumbe... Luego la noche, solitaria, silenciosa, siempre azul, sobre las ruinas... y encima de ellas, como escrita en el espacio con un tizón ardiente, la frase: «Imperium tibi sine fine dabo»...

Espesábanse las brumas del sueño: cambiaba la visión... y ahora se diseñaba una contienda fantástica, una lucha a muerte, entre dos genios poderosos: el de Roma y el de los pueblos bárbaros. El combate proseguía a través de los siglos, teniendo por escenario los cuatro elementos: la tierra, el agua, el fuego y el aire, como en los capítulos del Zend Avesta... Finalmente, la raza latina salía vencedora, y el genio de los pueblos bárbaros precipitábase herido de muerte, en el abismo... Y como en apoteosis excelsa, cantado por los himnos de sus grandes pueblos, el genio latino victorioso para siempre, levantando la antorcha de la civilización y el ramo de oliva de la paz universal, ascendía por la escala luminosa de los grandes ideales humanos rumbo hacia las estrellas...

La respiración del tribuno era fatigosa. Despertó de pronto, sobresaltado... Junto a su lecho Licinio Craso, fiel partidario suyo, voceaba:

—¡Cayo, el día despunta; tus amigos aguardan!...

———



"El Angelus"! en el tiempo de Millet. "El Angelus"! en nuestros días.

El monte Aventino, con sus negros encinares poblados de cuervos y no escasos de lobos, había sido siempre el baluarte de las reivindicaciones plebeyas. Bien lo sabían los patricios cuando aquella mañana contemplaban, desde las murallas del Capitolio, la muchedumbre abigarrada y tumultuosa que lo invadía por los angulosos senderos.

Allá, en lo alto, entre las blancas columnas corintias del templo de Diana, destacábase la imagen severa de Cayo Graco, simbolizando las protestas del populacho hambriento. Y una alegría mezquina iluminó el ánimo de los senadores al pensar en la defección de las lanzas legionarias. ¿Qué resistencia podía oponer aquella multitud mal armada, compuesta de proletarios, conductores de literas, salgamarios, mujeres flacas y andrajosas, labradores, y todo lo más miserable de la sociedad romana?

El Capitolio rebalsaba de patricios armados: entre el Tíber y el circo Flaminio los quirites aprestaban a sus mercenarios y clientes; frente al Tabularium desembocaban por el Clivus Argentarium, como serpiente de escamas broncíneas, los arqueros cretenses... Iba a empezar la lucha.

Pero los plebeyos no se habían hecho ilusiones; era bastante visible la derrota fatal. Y ya entre algunos grupos tenían trascendencia ciertas frases de desaliento y hasta sigilosas insinuaciones desleales. Los más fuertes de espíritu conservaban su entereza, aceptando el sacrificio. Sin embargo, los mismos jefes, Cayo en primer término, intentaron pactar con los contrarios. Y hacia el Capitolio marchó un hijo de Fulvio; rubio adolescente que, con el caduceo de ritual, iba a proponer la paz al enemigo.

Los aristócratas despidiéronle con mofa y arrogancia. Y aun no había regresado el mensajero al Aventino, donde se le aguardaba con ansiedad, cuando ya los arqueros corrían al asalto y los quirites lanzaban a través del Velabro sus caballos de las lagunas Pontinas, que resoplaban fuego sintiendo el acicate.

Los primeros encuentros ensangrentaron las calles, bañadas por deslumbrante sol... Vióse entonces a Cayo Graco adelantar hasta la grada superior del Templo, ungido por la luz plena de la altura, batida su nívea toga por ligeras ráfagas... ¡Iba a dar la señal convenida, que debía volcar sobre Roma un furioso torrente de hombres nuevos!... Y sus brazos tendiéronse, solemnes, en el llamado; y su mirada abarcó la perspectiva; y su voz poderosa clamó sobre la ciudad suspensa:

—«¡Libertad para los esclavos!».

... ¡Ay! los esclavos dormían en los ergástulos y no sacudieron los hierros que les aprisionaban ni oyeron el grito que les llamaba a la vida; los encargados de la consigna se habían vendido al oro patricio... ¡Y la traición, con sus alas negras, pasó rozando la pálida frente del tribuno!...

Media hora después el combate se había generalizado; la mitad del pueblo había huido; ninguna esperanza restaba. Cayo, seguido de sus fieles, ganó el puente Sublicio, en retirada.

—«¡Huye; es necesario que tú vivas para que la libertad del pueblo no muera!» dijéronle Licinio Craso y Pomponio...

Y sus terribles espadas detuvieron la avalancha de los perseguidores en la delantera del puente, protegiendo la salvación de su jefe.

Ya penetraba éste en un bosque cercano, consagrado a las Furias; ya la arboleda frondosa iba a velar su rastro, cuando pudo ver que sus dos valientes amigos rodaban acribillados de heridas ante el tropel.

—«¡Pueblo ingrato, exclamó deteniéndose, expiarás mi muerte con tu esclavitud!»...

Y rasgando su túnica, dijo al leal Filócrates que le seguía:

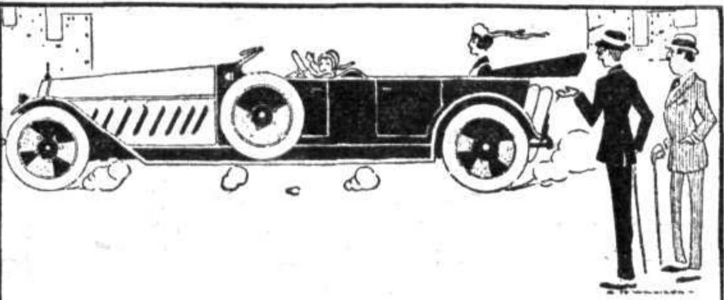
—«¡Hiere!»...

Un filoso puñal brilló en el aire y se hundió en su pecho, en el preciso instante en que el bosque se llenaba de alaridos...

Entretanto, las vertientes del Aventino seguían siendo teatro de una matanza espantosa: los arqueros pasaban a degüello centenares de víctimas; frente a la hermosa estatua de la Libertad un gran charco de sangre señalaba el lugar más reñido de la lucha...

Y bajo el cielo, límpido y resplandeciente, los rugidos de las fieras del Circo, abandonadas por sus guardianes, aumentaban lúgubremente en la hora el horror de la mañana trágica.

Por JULIAN DE CHARRAS



PRECOCIDAD

El primer padre. — Hermoso muchacho, ¿eh? Ocho meses solamente.

El segundo padre. — ¡Bah! El mío rompió su mamadera haciendo una espiral en su monoplano.



— Cuando yo grite, hay que parar...



Jefes y soldados del Ejército de Salvación que tuvieron a su cargo la organización de la fiesta de Primavera a beneficio del Asilo de Pobres que sostiene dicha benéfica institución.

EL BORDADO

Pálida con la palidez de los cirios que no fueron jamás encendidos, pasó largas horas encorvada sobre un bordado.

Siento que trasmito a la labor un poco de mi corazón, con el ansia del perfume que se vuelca en efluvios en un ánfora olvidada.

Sobre los hilos estrechamente unidos como sobre las cuerdas místicas de un instrumento ideal, corren notas de dulzura y de llanto que los profanos no pueden entender, pero que resuenan como sonidos de plata en la gran armonía del universo.

Nadie que no sepa lo que significa pasar y repasar la aguja millares de veces, millones de veces en un tejido aéreo que parece querer escurrirse entre los dedos, nadie puede conocer el sentimiento encerrado en esos puntos.

Son sueños que palpitan en el alma, son deseos ocultos e inactivos como simiente escondida en la profundidad de la tierra que el rocío no humedece y el sol no fecunda.

Es toda la potencia del amor, toda la feminidad desbordante que pone delicadeza en los dedos, los hace hábiles, dóciles y que, después de enjugar las lágrimas de los ojos espectantes, hace florecer entre las manos otros sueños...

Pálida, con la palidez de los cirios que no fueron jamás encendidos, pasó largas horas encorvada sobre un bordado.

ADELIA DI CARLO.

Del Libro «La Canción de la Aguja».

Enlaces



Señorita Josefa Rivas con el señor Francisco Castro. — Capital.



Señorita María Trípodi con el señor Sebastián Ramis. — Capital.



Señorita América Verona con el señor Carlos R. Faggioli. — Capital.



Señorita Modesta Sanseverino con el señor Juan A. Aleandro. — Capital.

MALTA URANO IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.



HE aquí el retrato de un hermoso niño de siete meses de edad y nueve kilos de peso, que goza de admirable salud. Se llama Natalio Horcsman, nació en Caseros, E. R., y su mamá ha tomado y toma constantemente la



según el testimonio espontáneo que tenemos en nuestro poder. Las madres que deseen criar a sus niños deben seguir su ejemplo y obtendrán el mismo resultado.



UNICOS IMPORTADORES

1170 - BARTOLOME MITRE - 1174

Unión T., Rivadavia, 1990 — Coop. T., Central, 133



VANO EMPEÑO

Se rasca la cabeza.
Se la rasca de nuevo con fiereza.
Se la rasca otra vez, y todo en vano.
Y no es que no domine el castellano,
sino que, ¿quién se explica su torpeza?,
el infeliz no logra escribir esto:
«Elpidio es bondadoso y es modesto».
Lo querría decir y no lo dice,
¡aunque ama tanto al vice!
Su ineptitud le abruma,
y después de chupar, casi una hora,
el mango de la pluma,
grita:
— Creo que ahora
la musa va a soplarme. ¡Soy dichoso!
Y escribe, entusiasmado:
Es modesto es Elpidio y bondadoso.
Leyendo lo que ha escrito, el pobre vate,
algo decepcionado,
piensa:
— ¡Qué disparate!
¿Puedo firmar tal cosa? No me atrevo.
Hay que empezar de nuevo.
Y salta de la silla y se pasea.
Y se vuelve a sentar con cierta calma.
Y principia, animoso, la tarea.
— ¡Ay, Elpidio del alma,
si vieras cómo lidio
con las infames sílabas! — murmura.
Y a escribir se apresura:
Es es modesto y bondadoso Elpidio.
— Me ha salido una cosa muy notable
Es un endecasílabo admirable.
Se calma su entusiasmo y, más sereno,
reflexiona:
— Realmente no es tan bueno.
Y el vice, que es muy culto,
lo podría tomar por un insulto.
Se rasca nuevamente la mollera,
pues su inhabilidad le desespera,
y gime con dolor:
— ¡Soy un estulto!
Esta palabra que le oyó a su abuelo
le sirve de consuelo.
Y escribe, inspiradísimo, después:
Modesto y bondadoso Elpidio es es.
— Al cabo me salió, ¡gracias al cielo!
El sentido del verso está muy claro.
Aunque, no... Me parece un poco raro.
Eso no es poesía.
¿Será culpa de Elpidio o será mía?
No lo sé. Honradamente lo declaro.
Pero yo no desisto, ¡por supuesto!
A ver, de esta manera, si consigo
que entiendan los lectores lo que digo:
Bondadoso es Elpidio es y modesto.
¡No me sirve tampoco!
¡Voy a volverme loco!
Esto es desesperante.
Hoy me explico el suicidio.
... No. No desesperemos y ¡adelante!
Ya lo tengo. ¡Qué lindo y qué elegante!
Bondadoso y modesto es es Elpidio.
¡Nada! Es inadmisible!
Es un verso punible.
En cambio, éste me sale fácilmente:
Elpidio me fastidia enormemente.
Pero ¿puedo mandárselo? ¡Imposible!

LUIS GARCIA

DIBUJO DE MACAYA



Si Vd. necesita fortificarse

no someta su salud a continuos ensayos de remedios nuevos. Tome la

"EVANDRINA"

que es el mejor tónico para fortificar su sistema nervioso.

Hará desaparecer ese hastío y malestar que le invade.

En venta:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda. - Defensa 215,

sus secciones y en todas las buenas farmacias.



Grupo de socios del Club del Progreso que, con todo acierto, han instalado en dicho club una poderosa y completa estación de radiotelefonía.

MONUMENTO AL LADRÓN DESCONOCIDO

En la ciudad de Sheldon (Vermont, América) fué muerto un ladrón en el momento de estar robando en un comercio, y al reconocerle le encontraron 600 pesos, y como no se sabía que tuviera familia ni herederos, no acertaban qué destino habrían de dar a la citada cantidad. Aquella gente original acordó erigir un monumento con esta inscripción: "Al desconocido que fué muerto en la tienda de los señores Gennison et Gallon, mientras estaba robándolos en la noche del 13 de octubre de 1905".

¿Puede darse una lápida conmemorativa más original?

DÍAS DE SOL Y DE LLUVIA

De una curiosa estadística que publica un periódico de París tomamos los siguientes datos: El país de más sol de Europa es España, donde se calculan como término medio tres mil horas de sol claro al año.

En Italia tienen unas 2.300. En Francia, 2.200; en Alemania, 1.700, y en Inglaterra, únicamente 1.400, o sea la mitad que en España.

En cambio, Inglaterra es la vencedora en cuestión de lluvias, pues en Escocia se calcula una altura de agua de 8.890 milímetros. En Londres hay en el año ciento, setenta y ocho días lluviosos. En Alemania, las regiones más húmedas no pasan de 1.290 milímetros.



LA BELLEZA soberana que ostenta toda dama hermosa se debe al cuidado de su rostro. Si usted emplea en su toilette nuestros productos, como son
JABON HIGIENICO — La CREMA HIGIENICA y el riquísimo POLVO GRASOSO
Brissac.
conseguirá en poco tiempo ser admirada por su espléndida hermosura.
Para las fiestas de AÑO NUEVO tenemos espléndidos regalos en esencias y artículos de tocador.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443/55.
Unión Telefónica 2045, Belgrano.
En venta en las principales Tiendas, Farmacias y Perfumerías.
JABON HIGIENICO BRISSAC
POLVO GRASOSO BRISSAC
PARFUMERIE
CRÈME HYGIÉNIQUE Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro
Extracto "Coeur Joli", un espléndido regalo en un estuche fino, exquisito perfume.
Estuche gran chic, de fantasía, para regalo, con cuatro frascos de exquisita esencia y dos cajas de polvo superior.
"Brise Delicieuse", en elegante estuche, perfume extra fuerte y muy duradero, es un regalo de buen tono.

De Lomas de Zamora

Cuadro alegórico "El Triunfo" integrado por niñas de esta localidad, en el gran festival organizado a beneficio del Club Atlético Temperley.

"La MEJOR MUSICA del MUNDO"



FAMOSA BIBLIOTECA MUSICAL PARA PIANO

Le brinda en sus páginas las obras más célebres; las joyas más preciadas de los genios musicales más grandes, antiguos y modernos.

LOS CLASICOS, LA ESCUELA ROMANTICA Y MODERNA.
PIEZAS DE SALON, DE CONCIERTO, BAILABLES CLASICOS.

TODOS LOS PAISES — ESCUELAS Y TENDENCIAS.

Su contenido se halla prolijamente clasificado por INDICE DE COMPOSITORES — INDICE POR SELECCIONES — INDICE GRADUADO (o por grado de dificultad de ejecución, desde las fáciles hasta las más difíciles).

PERFECTA DIGITACION — USO EXACTO DE PEDALES

I. Paderewsky, M. Dumesnil, Perelló de Segurola.

Y otros maestros tan célebres y famosos como los citados son los principales directores de esta notable Enciclopedia Musical.

5 REGIOS TOMOS ENCUADERNADOS EN TELA,

profusamente ilustrados con cuadros alusivos a la música (en retrogravure); impresa en papel glacé, con más de 1.500 bellas páginas de música, constituye la última expresión de las modernas artes gráficas y el complemento indispensable de un piano y EL MAS ALTO EXPONENTE DE CULTURA MUSICAL.

¡SE ABONA EN MENSUALIDADES DE $ 6.— m/n. — SIN FIADOR — A SOLA FIRMA!

TRES HERMOSOS OBSEQUIOS A ELECCION

de todo SUBSCRIPTOR que nos remita el PEDIDO DIRECTAMENTE, incluyendo el PAGO INICIAL DE pesos 6.— (Al enviarnos el PEDIDO, indique en el CUPON el número del regalo que elige).

Con solo **0.20** cts. diarios puede Vd. adquirirla!

Padres! Hermanos! Novios! Esta es la oportunidad para hacer un regalo de buen gusto, económico y recreativo, a la par que instructivo. Será un regalo que nunca será echado en el olvido.

REGALO N.° 1: Hermosa Bibliotequita «ARALUCE», profusamente ilustrada en colores, compuesta de 5 tomos, con las siguientes célebres obras: EL DANTE, ROBINSON CRUSOE, EL PARAISO PERDIDO, DON QUIJOTE, y LA CABAÑA DEL TIO TOMAS (la lectura ideal para la juventud).

REGALO N.° 2: Notable «DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO» (2 tomos en uno), conteniendo: 90.000 artículos, 6.000 grabados, 2.003 retratos, mapas en colores, cromotipias, cuadros y cerca de 2.800 páginas de texto. (Algo extraordinario).

REGALO N.° 3: Regio LAPIZ «EVERSHARP» de oro enchapado 14 kilates.

PEDIDO DIRECTO A
The University Society Inc.

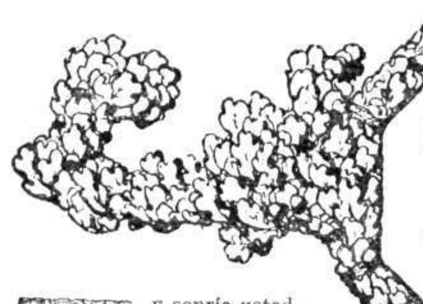
RIVADAVIA, 850 - Bs. Aires
— UNION TELEFONICA 541, RIVADAVIA —



Sírvanse enviarme la Biblioteca Musical de 5 Tomos "LA MEJOR MUSICA DEL MUNDO", que abonaré en 18 mensualidades de $ 6.— c/u., y a cuenta de las cuales incluyo con este PEDIDO, $ 6.— m/n. Elijo como OBSEQUIO GRATUITO el REGALO N.°...............

FIRMA..
NOMBRE..
APELLIDO..
PROFESION..
DIRECCION..
CALLE.................................... N.°..........
CIUDAD.............................. F. C...........





CASA DE ORATES

Por

CARLOS PARRA DEL RIEGO



E sonríe usted. No trate de negarlo. ¡Conozco tanto esa sonrisa! Lo mismo son todos; todos se ríen compasivamente y nos oyen sonriendo. ¡Es desesperante! Escúcheme usted con seriedad, por Dios. Si usted quiere, paseando bajo la sombra de los plátanos, o bien sentados en aquel banco junto a la fuente, conversaremos un rato. Procuraré ser lo más ligero y amable que me sea posible. Pero, ante todo, amigo mío, una palabra: *yo no estoy loco*. ¿Me entiende usted? No estoy loco ni me hallo aquí contra mi voluntad, secuestrado o algo parecido. ¿Se sorprende usted? ¡Claro! Mi caso es verdaderamente excepcional. Yo mismo no he logrado aclarar nada todavía, y, ¡cuenta que me paso las noches en vela cavilando!

Nadie está libre de la emboscada del Destino, amigo mío. Un día se levanta usted alegre, feliz, despreocupado. Encuentra usted espléndido el sol, bien oliente la brisa, en suma, maravilloso todo lo que ve o lo que toca. Sin embargo, ese mismo día, el Destino, la Providencia, el Hado, o como quiera usted llamarle, altera el curso de su vida completamente. Esto me hace meditar sobre el concepto alcoránico de la fatalidad. No cabe duda; existe algo, un algo misterioso cuya esencia no penetramos, que, sin quererlo, y aun sin sentirlo, ejerce sobre nosotros su influencia maligna. Los antiguos creían en ese poder, y le ofrendaban para aplacarlo. Ahora nos reímos de todo eso. Nos jactamos de nuestra ciencia que mata ídolos, sin comprender ¡ay! que el espíritu de todo ser humano es un altar. Pero advierto que voy descaminado.

Usted pensará: — «Se extravía, divaga: decididamente está loco». — No, no es eso, amigo mío. Me dejo ganar por el interés de la charla, pues siempre fuí un excelente conversador. ¡Que quiere usted! Por sobre todo me gusta conversar. Naturalmente, con personas agradables y discretas. La señora de Miomandre solía decir, refiriéndose a mí: «Es un causseur delicioso». Ahora no diría lo mismo. He perdido vivacidad y destreza, el espíritu regocijado y burlón de otrora. No soy el mismo, amigo mío, ni podría serlo aunque quisiera. No en balde estoy aquí, en este lugar espantoso, capaz de debilitar el ánimo mejor templado.

Bueno; ya es tiempo de que le cuente a usted cómo ocurrieron las cosas. El cinco de mayo — ¡tengo tan grabada esa fecha! — salí a dar mi paseo ordinario. Usted sabe cuán dulces y suaves son las tardes otoñales. Aquella tarde era deliciosa. En los árboles que todavía no despojara el invierno, amarilleaban las hojas. Olor de heno, de rosas y de hierbas húmedas, perfumaba el ambiente. ¡Qué bien me sentía! Carretera arriba, caminaba silbando despreocupado y alegre. De vez en vez cruzaban en dirección opuesta esos carretones tirados por bueyes que todavía se emplean en ciertas granjas. En lo alto de ellos, sobre montones de oloroso pienso, cantaban nostálgicos los carreros. A ambos lados del camino, los tapiales de los huertos festoneados de hiedra. Ladraban los perros en la quietud dormida de la tarde, y el eco se apagaba y se perdía en la vastedad azulina del cielo.

Excúseme usted. ¡Esta manía de sentirme poeta! Que quiere usted, amigo mío; me entusiasmo más de la cuenta cuando hablo de estos asuntos.

A mucho andar, me detuve junto a la verja de un jardín maravilloso. Sí, maravilloso; no exagero. Aquellos árboles erguidos y frondosos como enormes campaniles vegetales, aquellos cercos de boj, las sendas cuidadosamente enarenadas y limpias, los hermes dispuestos a poca distancia unos de otros, todo, todo contribuía a producir la misma sensación de pasmo y deslumbramiento que se experimenta cuando se sueña con países fantásticos. No podría decirle a usted cuanto tiempo permanecí pegado a las rejas, vacilando, sintiendo cada vez más fuerte la tentación de entrar. No le sorprenda a usted esto. ¿Acaso no ha sentido usted alguna vez el deseo pueril e irreprimible de hacer cualquier tontería? ¿No? Permítame usted que lo dude.

Al fin no pude más. Trepé como un ladrón, y ¡zás! caí del otro lado. Cuando me vi en el jardín no sabía qué pensar de mí mismo. ¡Me pareció tan infantil lo que había hecho! Pero la curiosidad se impuso a la reflexión, y venciendo mi temor avancé algunos pasos esperando por momentos que apareciera algún perro. Créame usted: a medida que avanzaba, la circunstancia de que no hubiera perros me chocaba extraordinariamente. Hubiera deseado sentir por lo menos un ladrido, algo que borrara esa apariencia de cosa muerta que tenía aquel jardín.

A la vuelta de un sendero me dí de manos a boca con un anciano que paseaba sumido en profundas meditaciones. Quise retroceder antes de que me descubriera, sin poderlo evitar por mi desgracia. Advertí que mi presencia no le sorprendió. Antes bien, llegándose a mí, me dijo con voz natural y afectuosa.

— Lo esperaba, querido Arturo.

— Caballero, repuse, intentando excusarme. — Pero él no me dejó continuar. Colgóse de mi brazo, obligándome a caminar con él. Luego continuó:

— Créame, querido, todavía me parece aquello una espantosa pesadilla. Yo la he visto con mis propios ojos, primero, en el mismo lugar del crimen, abierta y sangrante la herida; a poco, en la morgue, mientras se efectuaba el reconocimiento del cadáver. La herida, lavada ya, levemente teñida de rojo, semejaba una enorme rosa. Finalmente, en la capilla mortuoria; y hasta he presenciado la terrible operación de ver soldar el ataúd que guardaba sus restos. Sin embargo, dudo, dudo todavía. Hay algo, querido Arturo, que no veo claramente. Ayúdeme usted a descifrar este enigma. Pero, ¿qué es ésto?... Tiembla usted... palidece. ¿Acaso usted...? ¡Ah, no! ¡Sería horrible!...

Temblaba en efecto como un azogado en esos momentos. La certidumbre de hallarme a solas con

un loco me hacía perder la razón. Además, por instantes sentía más fuerte y nerviosa la presión de su mano en mi brazo. Usted no sabe, no debe saber lo que es el miedo, ¡qué digo! el terror.

Nada iguala a esta horrible sensación. Una laxitud que me aflojaba los miembros me impedía correr. Seguía automáticamente los pasos del loco, sin poderme libertar de sus garras.

Una voz detrás de mí, al tiempo que un ligero golpecito en la espalda, devolviéronme el uso de mis sentidos.

Volvíme vivamente a ver quien me hablaba.

— Joven — me dijo un caballero en cuya fisonomía se retrataba una gran placidez, — no tema usted.

Después, dirigiéndose al loco, reprendiólo suavemente.

— Señor de Niobe: parece mentira que se empeñe usted en disgustar a las personas que vienen. Debería ser usted más comedido.

Guiñándome el ojo me hizo una seña de inteligencia.

— Es preciso que usted lo disculpe. El señor Niobe padece de una obsesión nerviosa que lo lleva a excesos lamentables.

Por mi parte, intenté hablar.

— Nada, nada; ni una palabra, amiguito. Lo comprendo todo. Le ruego que no se preocupe.

Respiré desahogado. Había encontrado al fin una persona que me librara del loco. Mi nuevo interlocutor invitóme a seguir con él. Y, aunque confieso que no me había recobrado completamente del susto, pude observarle a mis anchas. Vestía de luto riguroso. Su cara, pulcramente afeitada, en la que resaltaban los ojos de un negro húmedo y brillante, franqueaban la simpatía desde el primer momento. Aquella fisonomía tranquila y suave, casi diría afectuosa, inspiraba confianza. Además, la voz, de un timbre cálido y pastoso, era en extremo agradable.

— Verá usted — díjome mientras caminábamos. — Aquí no se está del todo mal. Un buen jardín para disfrutar de las tardes en otoño y de las noches en verano, una instalación confortable; mesa escogida y abundante sin ser groseramente opípara; amigos agradables, libros selectos, campo de sport; ¿eh? ¿Qué le parece amigo mío? ¿Verdad que se puede vivir bien? Pero no se fíe usted de las apariencias, caballero. Aun en medio de las mayores satisfacciones que es dado procurarse, el espíritu encuentra motivo de inquietud sino de congoja. No, no continuaré filosofando. Sé lo que debo a los huéspedes como usted. Con todo, me es difícil privarme de hacerle partícipe de ciertas cavilaciones. Usted verá: después de una serie de cálculos y ensayos repetidos e infructuosos, he llegado a ingeniar una *martingala*, infalible y sencillísima en su mecanismo, para ganar a la ruleta. Hela aquí. Supongamos que usted juega a la ruleta y que apunta una ficha al número 15 negro. El croupier da la voz de juego, gira velozmente la bolilla de marfil, y cuando todos están pendientes, cantan el 11 colorado. Entonces usted abre esta libretita, consulta usted en ella, y hace la siguiente postura: Apunta usted a los cinco posteriores y a los cinco anteriores del 11 colorado, colocando además una ficha en la casilla del cero. El resultado debe corresponder exactamente a mis previsiones. Mis cálculos me confirman en ello, pero...

Casi desfallecido de angustia, sacando fuerzas de mi flaqueza, eché a correr desalado. Durante un rato corrí, corrí, extraviándome en el laberinto de calles del jardín. De repente divisé en un claro a un grupo de personas que se entretenían charlando. Me dirigí hacia el lugar donde estaban, pidiendo a voces socorro. No parecieron sorprenderse con mi llegada, ni menos con la forma desconcertada de presentarme. Una señora de mediana edad, un poco estrafalaria en su indumento — tenía una pluma de gallo en la cabeza — acercándose a mí exclamó con voz de falsete:

— Caballero, soy una excelente perinola.

Uniendo la acción a la palabra, se puso a girar sobre un pie con la ligereza que le permitían su edad y su gordura.

— ¡Ah!, pero no lo es tanto como yo — le respondió un caballero, el cual también púsose a girar como lo hacen los derviches cuando ejecutan sus danzas sagradas.

— Ni como yo, ni como yo — exclamaron a la vez, hombres y mujeres, comenzando a dar vueltas como peonzas.

No imagina usted la impresión que me causó semejante escena. Nuevamente emprendí la carrera, azuzado por la grita de aquellos condenados locos. El pánico que se había apoderado de mí prestaba vigor y celeridad a mis piernas. Un gamo no correría más, amigo mío. Mientras huía, con esa velocidad de pensamiento propia de las situaciones desesperadas, trataba de buscar una salida para escapar; me preparaba además a defenderme como pudiera. Comprendí que era imposible retroceder. Sólo me quedaba un recurso, bien claro lo vi: llegar hasta el castillo y pedir amparo allí. Por lo menos pensaba encontrar a alguien en su sano juicio. Entre tanto, los locos seguían vociferando. Cuando columbré la fachada del castillo al final de un senderito bordeado de arrayanes, me creí salvado. A la entrada de él, dos personas apostadas allí, con largos mandiles blancos iguales a los que usan los enfermeros, agitando los brazos y prorrumpiendo interjecciones, vinieron a mi encuentro. Entonces me decidí a jugar bien cara mi vida. La emprendí con ellos a golpes, como lo haría un hombre en situación análoga a la mía. Pateaba, mordía, recibiendo, por mi parte, no pocos porrazos. No podría decirle a usted cómo sucedió lo demás. Del castillo acudieron otros hombres, igualmente enmandilados, y entre todos aporreáronme a gusto, reduciéndome a la impotencia.

En vano lloré y supliqué en todos los tonos.

— Yo les ruego, señores, que me escuchen — clamaba desesperadamente. Nada. No me atendieron y ni siquiera repararon en lo que decía.

Mirábanme todos con suma atención, y cambiando entre ellos señales harto expresivas, comentaban mi caso con frases sin sentido.

— Locura súbita — dijeron a una voz.

La camisa de fuerza me oprimía atrozmente.

— Lucila, Lucila — grité haciendo un último esfuerzo por desasirme.

Ahora bien: ¿no le parece verdaderamente trágico y misterioso lo que me ha sucedido? Sí, sí que lo es. Me río yo de todas las aventuras de Gordon Pym al lado de esta mía.

Usted me ha oído con atención. Leo en sus ojos un interés cordial por mi desgracia. Lléveme usted, lléveme, sálveme de este infierno. Concluiré por volverme loco de veras si usted me deja. Advierta usted que ya voy perdiendo la esperanza de salir. Pero, amigo mío, sáqueme antes esta fastidiosa arañita que se me ha introducido aquí, entre ceja y ceja. ¿La ve usted? Sí: es ésta. Me hace daño. Sáquela usted con los dedos; no emplee pinzas ni instrumentos metálicos, porque me causan aprensión. ¡No se vaya sin mí, por Dios, no se vaya!

De Bahía Blanca



Público que asistió a la distribución de los premios a los ganadores del Torneo Atlético celebrado entre los Ferrocarriles Sud y Pacífico

EL HACHÓN DE CARUSO

Caruso fué en vida un gran protector de los huérfanos italianos en Nueva York, y a su muerte éstos hicieron una subscripción con cuyo producto se ha hecho un enorme cirio que pesa mil libras y está destinado a arder en una iglesia de Nueva York todos los días 2 de noviembre, aniversario del nacimiento de Caruso.

El cirio lleva grabado un crucifijo y los nombres de todos los que han contribuído para comprarlo. Una vez encendido, si se le dejase, ardería durante 120.000 horas; es decir, durante cerca de catorce años seguidos, pero como sólo se encenderá el día 2 de noviembre, durará hasta el año 6921.

LA PATATA Y EL ESCORBUTO

Un hombre de ciencia, M. Bézonoff, había observado que los conejitos de Indias, alimentados exclusivamente con avena, no tardaban mucho en caer enfermos de escorbuto y morir, y, por otro lado, notó que cuando se les alimentaba con patatas jamás adquirían tal enfermedad.

Consecuencia de estas observaciones fué examinar el jugo de la patata obtenido por presión, en el que abunda particularmente el principio antiescorbútico.

La proporción de este principio se aumenta considerablemente añadiendo ácido tártrico.

Anteojos y Lentes

Para cualquier defecto de la vista.

Exactamente los que su médico receta.

La casa cuenta con talleres de precisión para componer o ajustar anteojos o lentes sin pérdida de tiempo. Los que nos envíen desde el interior son atendidos sin un minuto de demora.

Aparatos y Artículos para fotografía

Revelacion - Impresión - Ampliaciones

En el día revelamos sus placas o películas y se las entregamas terminadas con una copia.

Todos los trabajos son ejecutados por profesionales de larga experiencia.

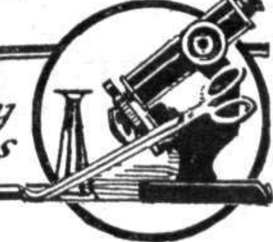
Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO y Cía.

FLORIDA, 240 - Buenos Aires

Sucursales: Belgrano, Cabildo, 1916; Rosario, Córdoba, Tucumán, La Plata, Mar del Plata.

Tenemos una infinidad de artículos muy apropiados para regalo a los señores médicos



Necrología



Señorita Leonor Cifuentes Rodríguez y Gutiérrez. — Capital.

Señora Josefa Serra Vila. — Capital.



Señorita María Edelmira Capurro. — Capital.

Luisa Angelita Valle.—Capital



Señorita América J. Guerrero. — Capital.



Señor José M. López Belvios.— Capital.



Señor Nicola Céraolo. — Carhué.



Señor Hermenegildo Copello.— Rosario.



Señor Enrique Damián Moris. — Rosario.



Señor Luis Belardo. — Lanús.

LA CRISIS GANADERA

PATRIOTICA INICIATIVA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA

Las circunstancias precarias porque, debido a múltiples causas, atraviesa en estos momentos la industria ganadera argentina, una de las mas fecundas y ricas fuentes del patrimonio nacional, han determinado una fuerte corriente en la opinión en pro de la defensa de tan importante industria.

El Poder Ejecutivo, a quién incumbe en primer lugar velar por los intereses patrios, no podía dejar de tomar la iniciativa en el estudio de las medidas conducentes al efecto. Así con fecha 9 de noviembre (pasado) publicó un decreto ordenando el *Recuento Ganadero*, base estadística imprescindible para todo ulterior trabajo, por lo que es de esperar sea este primer paso acogido y secundado como se debe por los interesados.

Al objeto de facilitar la rápida realización del proyectado censo, el Ministerio de Agricultura ha hecho imprimir y distribuir entre los ganaderos fichas que deberán ser, una vez llenas, devueltas a la repartición dentro del mas breve plazo.

La enorme difusión que en la República tiene **CARAS Y CARETAS** le permite colaborar eficazmente en tan plausible labor, y en ello se honra y complace, por lo cual, con la debida autorización y beneplácito del Ministerio de Agricultura, publicamos el facsímil de la ficha; y podrá ser utilizado por todos aquellos que por causas involuntarias o fortuitas no hubiesen oportunamente recibido la ficha original.

Así, pues, rogamos a los que se encuentren en dicho caso se sirvan de nuestro facsímil y lo remitan al Ministerio de Agricultura, en la seguridad que llena cumplidamente los efectos oficiales.

Córtese por la línea, llénese y remítase al Ministerio de Agricultura

....

RECUENTO GANADERO

Decreto del P. E. Nacional de Noviembre 9 de 1922

Provincia .... Partido o Departamento ....

Cuartel, Distrito o Pedanía ....

Nombre del Propietario o Arrendatario ....

Superficie del campo censado .... Hectáreas *(indíquese únicamente la que corresponde al campo del informante).*

FIRMA ....

DIRECCIÓN POSTAL ....

Sírvase anotar al dorso de esta tarjeta cuántos animales tiene el día 31 de Diciembre de 1922, agregando aquellos animales que tenga comprados y que por encontrarse en viaje no puedan ser computados en el campo de procedencia.



Un rodeo de vacas finas.

FOTO DE ABRINES

Córtese por la línea, llénese y remítase al Ministerio de Agricultura

¿Cuántos animales tiene de las siguientes especies?

GANADOS	PUROS	MESTIZOS	CRIOLLOS
VACUNO			
Terneros y terneras menores de 1 año........			
Vacas de cría y terneras mayores de 1 año.....			
Vacas lecheras...........			
Toros....................			
Novillos y terneros mayores de 1 año.........			
Bueyes de trabajo........			
TOTAL.....			
LANAR			
Corderos orejanos........			
Ovejas y borregas........			
Carneros.................			
Capones y borregos.......			
TOTAL.....			
PORCINOS			
Machos...................			
Hembras..................			
TOTAL.....			



La belleza es frágil como una flor.

Ambas se marchitan muy pronto, si no tiene usted cuidado.

La flor durará teniéndola en agua fresca; la belleza, entreteniéndola con

Crema Albina

a base de zumo de pepinos. La acción de la **Crema Albina** sobre el cutis es notable; parecería que le infunde una nueva savia; la circulación se vuelve mejor, desaparecen las rojeces, los poros, bajo la acción detersiva del zumo de pepinos, se cierran y no son ya visibles.

ES UNA BUENA PREPARACION.

Farmacia Franco-Inglesa
La mayor del mundo
Sarmiento y Florida
Buenos Aires

¡ALEGRIA! ¡ALEGRIA!

El hombre, que es el único ser de la creación dueño de la risa, suele perder con demasiada frecuencia, por desgracia, este don divino, no tan sólo por los afanes y amarguras de orden moral, sino también por causas que tienen su origen en los males físicos. Entre éstos, y teniendo en cuenta su influencia inmediata sobre el carácter, están en primera línea todos aquellos que residen en el estómago y las vías digestivas.

Lo de **mens sana in corpore sano** es una verdad incontrovertible pues todo ser humano que goza de buena salud, trabaja con placer, come con apetito, duerme tranquilamente y, por fin, disfruta de la vida y sus placeres, sonriendo constantemente ante su dicha.

Es necesario, pues, asegurar cuanto antes y por el mayor tiempo posible este bienestar inapreciable, para lo cual hay que empezar por cuidar de que los órganos del cuerpo marchen arreglados como un reloj, funcionando metódicamente, de manera que estómago, vientre, hígado, etc., cumplan sus providenciales cometidos con regularidad y perfección.

Para este fin no hay más que usar oportuna y sistemáticamente las renombradas

PILDORITAS REUTER

REUTER'S LITTLE PILLS FOR THE LIVER
ESTREÑIMIENTO
DISPEPSIA
DOLOR DE CABEZA
BILIOSIDAD

el laxante más eficaz, sencillo y cómodo a que pueden recurrir los que padecen de estreñimiento o malas digestiones, pues su acción es suave y segura y, sin causar dolor ni irritación, eliminan los residuos nocivos y vigorizan todo el aparato digestivo.

Usando las Pildoritas Reuter el dispéptico debilitado y entristecido adquiere su vigor pristino, las digestiones no son una penosa labor, la sangre fluye fresca y abundante en glóbulos rojos, las células gastadas se renuevan, la mente descansada de la fatiga del dolor despierta y se anima y cuerpo e intelecto son bañados por la onda suprema: ¡alegría! ¡alegría!

De San Isidro



Monseñor Duprat presidiendo la asamblea de damas en el acto de la celebración de las bodas de oro del Asilo Santa María.



Señora Juana Bustamante de Giménez, secretaria de la comisión de damas, leyendo la memoria de la institución.



Vista general del público que asistió al Asilo el día de la conmemoración.



El doctor Adrián Beccar Varela haciendo uso de la palabra en el acto de la colocación de la piedra fundamental del monumento a erigirse en homenaje al general Juan Martín de Pueyrredón.

ANILLO de plata 900 con nombre en esmalte, a pesos.. **5.50**

El mismo, en oro 18 kilates, $ **18.—**

PAR AROS de oro 18 kilates macizo, con brillantes del Brasil legítimos, todo garantido, $ **50.—**

Lindo **RELOJ** forma de moda, enchapado en oro 18 kilates, máquina Suiza, con cadena platinón, garantida su marcha por dos años, a...... $ **20.—**

PAR DE ALIANZAS macizas de oro, 18 kilates, color verde, forma de moda, con un lindo cintillo fantasía de regalo, todo colocado en un bonito estuche, a............... $ **25.—**
Los mismos, de 16 gramos, el par a..................... $ **36.—**
Los mismos, de 20 gramos, el par a..................... $ **45.—**

GEMELOS de plata 900 con monograma en esmalte, a......... $ **6.—**

PAR de AROS de azabache punzó, gran moda, engarzados en plata, a..... $ **6.50**

RICO par de AROS plata platinada con brillantes simili y zafiros, a..... $ **18.—**

Lo más moderno. **AROS** agate punzó, engarce plata platinada, ganchos oro 18 k., brill. Brasil legítimos.. $ **25.—**

PRECIOSOS PARES DE AROS con agate punzó, ónix negro y brillantes simili engarzados en plata platinada y ganchos de oro 18 kilates, el par a............... $ **22.—**

LA ARGENTINA
GRAN JOYERIA M. CASAL
440 Bdo de Irigoyen 454



Williams



Este nombre es conocido universalmente como sinónimo del mejor talco.

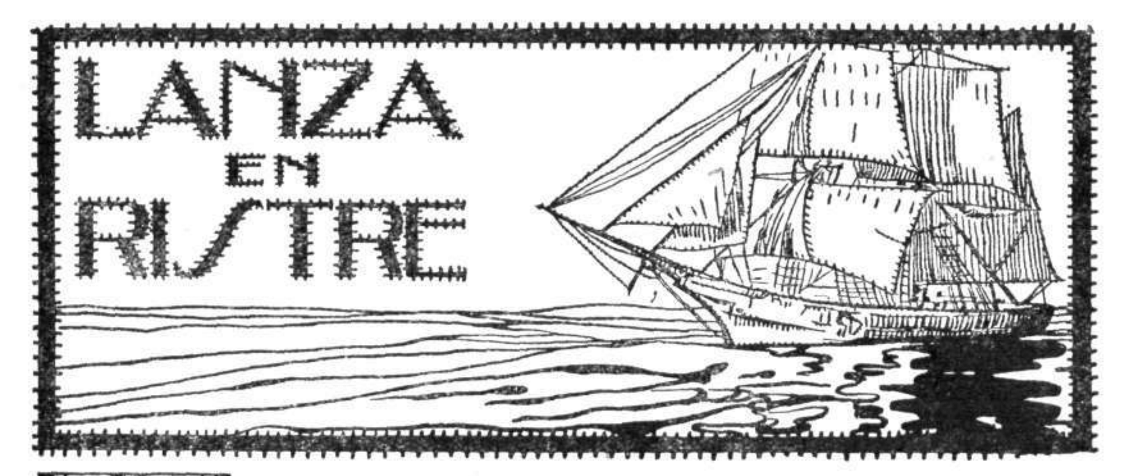
Millones de personas que lo usan atestiguan que, cuanto se diga en elogio de la suavidad y fragancia exquisita de las flores con que es perfumado, es insuficiente ante el hecho notable de que, el talco **WILLIAMS,** tiene el chic de lo moderno y la garantía de lo antiguo.

Es medicinal e inmejorable para las irritaciones de la piel.

Se expende en envases artísticamente decorados, con tapa rociadora y visagra patentada.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Agentes: MAYON Ltda. 1245, Av. Mayo, 1245-Bs. As. | Fabr. J. B. WILLIAMS Co. Glastonbury, U. S. A.





No me agrada mucho contar esta historia porque, removiendo la ceniza fría de los recuerdos, me hace pasar las noche con los ojos abiertos. Y aunque no crea en fantasmas, tampoco coraje me falta. Solamente creo que las almas no se matan. ¿Y dónde nos esperan entonces las almas de aquellos que matamos?

Tenía veinte años. Hace largo rato, ya lo ve, antes de la guerra, no de la grande, pero de la otra, la del 70. La Juana había preferido a un pelotari de Ustariz y me enganché sobre "La Aventurada", una ballenera de quinientas toneladas.

No era la primera vez que salía a la caza de la ballena. Tomé el mar por mi cuenta a los catorce años, porque, después de la muerte de mi madre, mi padre traía a menudo a casa una muchacha española que reía groseramente. Y su presencia no era de mi agrado.

Cruzábamos el mar desde hacía seis meses entre Groenlandia y la tierra de Baffin. Llegamos a esas regiones en abril, en época en que se ve volver, nadie sabe de dónde, las primeras ballenas hambrientas y solitarias. Parecen buques náufragos con la piel incrustada de mariscos, pero buques náufragos que una fuerza secreta empuja a través del océano hacia otros buques náufragos parecidos.

La temporada había sido mala. El verano no había traído tropas numerosas de cetáceos por nuestra ruta. Habíamos renunciado a seguir la mayoría de las que habíamos encontrado a causa del mar bravío y porque, como usted sabe, las ballenas siguen la ruta contra el viento. De esta manera respiran mejor en la superficie y no las molesta para nadar bajo del agua, mientras que nosotros, con nuestras velas y remos, no podemos avanzar. Y además porque entre las ballenas que pudimos arponear muchas se hundieron antes de poder ser amarradas a los flancos de "La Aventurada". Todo por falta de uno de los capitanes de pesca, que nos la hería precisamente bajo las aletas. Su hierro iba hasta el corazón y morían asfixiadas, sin haber expelido la sangre, como se dice.

¡Ah, en ese tiempo no se iba con cañones! Sólo teníamos el arpón y la lanza y exponíamos tranquilamente nuestra piel. Mal muertas, los animales caían al fondo de pronto y apenas nos quedaba tiempo para cortar las amarras y no ser arrastrados con ellas. Era un mal trabajo que provocaba discusiones y se peleaba más a menudo que se cantaba a bordo de "La Aventurada".

Yo opinaba que era necesario aprovechar el último mes si quería llevar un poco de oro en el cinto y hacer rabiar hasta las heces a la Juana.

No había que echarse al abandono porque a fin de año todas las ballenas bajan hacia el sudoeste y desaparecen tan de veras que nadie las ha visto hasta la primavera siguiente. ¿Adónde van? ¡Cómo podríamos saberlo, puesto que no sabemos tampoco adónde nosotros vamos!...

Bogábamos de pronto entre la niebla; de cuando en cuando hacía un sol pálido que se arrastraba sobre el horizonte. El frío hacíase sentir ya y el día corto caía en cenizas cuando un hálito fué señalado por el vigía.

Era un vigía meritorio aquel, porque la ballena no echa, como se dice, dos chorros de agua hacia el cielo, como la pintan en las estampas, sino dos hilos de aire húmedo y graso que lucen al sol, cuando lo hay. Y ese día no había sol. Apuntamos con los anteojos en el momento justo para ver a la ballena dando vueltas, como una piedra de molino, zambullirse y agitar su cola en signo de adiós antes de desaparecer.

—¡Los botes al agua!

No había que perder tiempo. La ballena había salido a flote para una media hora. Luego aparecería ocho nudos más lejos en la dirección exacta que nos lo había indicado al zambullirse el timón de su cola.

Yo iba en el primer bote. Me habían designado para reemplazar al capitán de pesca, herido la víspera, y me sentía orgulloso de la distinción, que probaba que se reconocía mi tino y mi sangre fría.





¡Cuánto hubiera dado porque la Juana me hubiera visto de pie a popa, guiando los cinco remeros, mientras que el arponero vigilaba en la proa!

No hacía diez minutos que remaban cuando a tres brazas de nosotros un formidable remolino alzó el mar y la bestia apareció. Unos segundos más y el bote había dado vuelta, semejando un siete de oros. El hálito de la ballena cayó sobre nosotros, envolviéndonos en un vapor de agua agrio, que incomodó al arponero. Nadie comprendió cómo nuestra presa había vuelto tan pronto al aire. Y cuando el hálito se disipó apercibí un ballenato de un mes y medio que la bruma nos había ocultado. Hallábase en la edad en que sus barbas, habiendo crecido, no se adaptaban ya con tanta facilidad a los senos que la madre le tendía, echándose sobre uno de sus lados. Ella lo conducía sin duda un poco suelto para despecharlo y para reemplazar su leche amarilla con gusto a aceituna picada, por el pueblo minúsculo del mar. El ballenato no podía zambullirse demasiado, todavía.

¡Cómo protegía a su pequeño este animal! La ballena se puso delante y lo empujaba para que huyera más veloz.

¿Para qué?... No habíamos venido desde tan lejos para sentirnos sentimentales... Y después de todo, cuando se caza, uno se torna más bruto que las bestias. ¿No es cierto? Y se tiene como un gusto de sangre en la boca.

Fué en el momento en que nos acercábamos para dar el primer golpe, cuando un bote, que no conocíamos, apareció. Pertenecía a una ballenera noruega. Al ruido de los remos, la ballena, desesperada, se alejó de nosotros para salvar a su pequeñuelo de un nuevo peligro, aunque de esa manera nos lo entregaba.

Y ordené:

—¡Tira!

El arpón, silbando, se plantó en el ballenato. No tuvo tiempo de zambullirse, como suelen hacerlo, arrastrando la barca en una carrera desesperada. Me había acercado al arponero y había golpeado con tanta seguridad con mi lanza, que el ballenato echó sangre y se acostó. Estaba muerto.

Ahora no era necesario apurarse. Cuando se ha muerto al hijo, se tiene a la madre. No se va nunca. Se había ya vuelto hacia nosotros y, olvidando el peligro, tentaba llevarse el cadáver.

Entonces, del otro lado, los hombre de la ballenera noruega le tiraron el arpón. No tenían — lo repito hoy y lo diría el día en que subiera al cadalso — no tenían el derecho de hacerlo. La madre pertenece a los que tomaron al ballenato. Es la ley nuestra. Valía bien las vuestras. Era nuestra ley, que las ballenas habían dictado con su amor y su desesperación.

Yo era capitán de pesca por la primera vez y tenía veinte años. Los compañeros que comandaba me miraban indignados. Sentí bien que si retrocedía quedaría inutilizado para toda la vida. Era el jefe y un jefe no puede dudar.

Ordené picar hacia los extranjeros y lanza en ristre esperé el abordaje.

Ellos nos veían llegar con ojos que no se movían de asombro.

Y le grité a su capitán, un gigante rojo:

—¡Déjennos... o van a ver los que les pasa!

No comprendieron mis palabras, pero sí mi gesto. El rostro debía producir mi furor más claro que mi garganta.

Se separaron de la ballena echando la línea del arpón y nos hicieron frente. No tuve tiempo de reflexionar. El hombre rojo se agrandaba, fijándome con sus ojos tranquilos y más límpidos que el mar azul. Los botes se abordaron rudamente a proa, y con un gran grito, yo hundí mi lanza en el pecho del hombre...

Los marineros, las bocas torcidas, se mataban a mazazos de remo...

He aquí por qué ciertas tardes no me gusta hablar. Siento que la hora se acerca en que las campanas tañerán por mí en el crepúsculo y yo sé que en el minuto terrible del adiós veré al hombre pelirrojo venir hacia mí con la lanza en ristre...









De Caseros (F. C. P.)

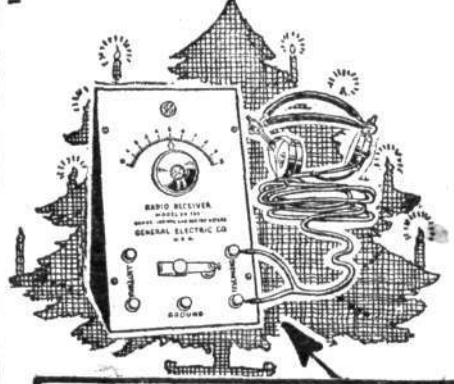


Niñas de la escuela nacional número 83 de esta localidad ejecutando ejercicios físicos al aire libre.

Alumnas del primer grado A durante una ronda.

El mejor Regalo

para AÑO NUEVO y REYES



Un Receptor a Cristal por sólo $ 50.—

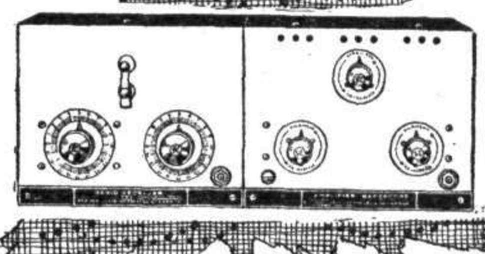
RECEPTOR con detector a cristal, longitud de onda 175-700 metros, con teléfono Murdock. $ **50**

Por su precio y eficacia este aparato es muy apropiado para obsequio de Navidad. Se oye como con el mejor receptor. Este es el regalo que sus niños anhelan.

La Radiotelefonía lleva la alegría a los hogares. Divierte e instruye. Chicos y grandes se deleitan escuchando a cualquier hora, sin moverse de su casa, audiciones musicales, conciertos, conferencias, noticias de actualidad, deportivas, etc.



Nuestros aparatos de Radiotelefonía son los más perfeccionados y completos que se conocen.



Al comparar precios, compare también la CALIDAD

RECEPTOR REGENERATIVO, compuesto de receptor modelo AR, 1300 y amplificador AA, 1400, a $ **625.50**

Este aparato perfeccionado es de largo alcance y especial para familias. Ya ha sido instalado en miles de hogares.

Tenemos toda clase de accesorios y piezas complementarias para Radio.



Avenida de Mayo, 560, y Callao, 188-192
Buenos Aires.

Suc. en MONTEVIDEO, ROSARIO y TUCUMAN
DEPOSITO EN CORDOBA:
ERNESTO SOLER & Cía.
24 de Septiembre esq. Salta.

DEPOSITO EN MENDOZA:
DAWBARN, MOFFATT y EVANS
Necochea, 185.




ALLÁ EN LA SELVA



L sol, después de la ruda tarea de derretir la helada que ha sido copiosa y de dar esperanzas de vida a las flores ajadas y a las plantas maltrechas, se acuesta adormilado en el ocaso. La nostalgia de esa hora no es sentida por los trabajadores, que entre alaridos y risotadas empujan desde lo alto de la barranca un rollizo, que cae estrepitosamente y va a sumarse a la jangada, que se balancea al impulso de las agitadas aguas del río. Con él se marca el final de la jornada, y los trabajadores de la selva, hombres toscos y rudos, que parecen forjados en hierro por lo vigorosos e incansables, se dirigen, contentos, ágiles, como si ningún esfuerzo hubieran realizado, hacia la ranchería levantada al amparo de los primeros colosos con que se inicia el bosque interminable.

No tardan en oírse los rasguidos de las guitarras y después los cantos, uno tras otro, pero todos unidos en un parecido de origen: ese lamento profundamente triste, inimitable para quienes no son de la raza, confundible con el canto de un ave exótica o con el quejido de una fiera herida, en el que el dolor diluye la ferocidad del bramido. Ese lamento ancestral que contiene el ritmo alegre de algún cantar o interrumpe las frases picarescas de alguna copla, que se oirá, repetido insistentemente, hasta que la cocinera, fogonera más bien, se haga presente con su imprescindible cigarro de hoja apretujado por los hundidos labios de su boca desdentada, seguido por dos comedidos que transpórtan la enorme olla en la que humea el locro.

Comen en silencio los comensales, sentados de cuclillas, dedicados a la mejor presa que han logrado, manejando con la diestra el cuchillo ostentado antes en la cintura y que ahora corta en trozos la carne, sostenida en un extremo por la mano libre y tironeada por el otro con los dientes.

Frugal es la comida, y la sobremesa se hace jugando a los naipes. Nunca falta la invitación que determine tal cosa. Un "ovecha piré" (1) en el piso del rancho, sin más pavimento que la propia tierra; un farolillo que alumbra con su luz mortecina; unos cuantos recados a manera de asientos, y el salón de juego está pronto. Como el obrajero ha prohibido que se juege por dinero, a fin de que le compren especies de su proveeduría, el ventero se coloca en un extremo del rancho vigilando la bolsa bien provista. Su gesto es de codicia. Sigue el juego con extraordinario interés y está siempre alerta para ofrecer más cigarros o más caña al jugador que ha perdido la última apuesta.

—Yo co ya me solté — dice el perdedor.

—Doy a cuenta del jornal — responde el ventero.

El tallador torna a barajar los naipes mugrientos y desteñidos y vuelve a oírse el cruce de las apuestas.

—Diez cigarros al caballo — grita alguien.

—Emomendá, emomendá, (2) — responde el tallador, incitando al contrincante a hacer efectiva la apuesta.

Y pasan las horas.

El ambiente de la reducida pieza se hace cada vez más irrespirable; la humareda vela la miserable luz del farolillo; el piso ha sido regado a escupitajos por los chicadores; el ventero sigue adelantando a cuenta de jornales, y al otro día los músculos de acero, como si hubieran descansado, derribarán desde lo alto de la barranca las moles de rollizo, y de tarde en tarde se dejará oír aquel lamento triste, doloroso...

Corrientes, octubre de 1922.

---

(1) Cuero de oveja.
(2) Cáselos.

EDUARDO MIRANDA




TRANCE

¡Alma de las cosas, alma de los hombres, alma
[universal;
conciencia, cerebro, aliento sutil
como un pensamiento de esencia eternal,
terso y transparente cual limpio cristal
en que se asomara de Dios el perfil!
¡Chispa del incendio de la Creación
en que me consumo sin saber por qué,
con las ansiedades de una combustión
en que se debaten la duda y la fe...!
¡TU! — lo Misterioso — oye esta oración:
Cierro estos mis ojos, miro muy adentro,
y en la calentura de mis manos, hundo
el escalofrío tres veces profundo
que hiela mi rostro... y así me concentro
sintiéndome el centro
de las energías de un extraño mundo.
Siento por mis venas el hirviente impulso
de las entrañables y sordas mareas...
que se multiplica de mi vida el pulso
y se sutilizan todas mis ideas.
Es tan grave y honda, tan aguda y tensa
la melancolía de mi pensamiento,
que tal me parece mi mente suspensa
de una nube inmensa
que se descarriara por el firmamento.

JOSÉ ALBUERNE

Liga Patriótica Argentina

Señora Regina Pacini de Alvear y miembros de la junta central de gobierno de la Liga Patriótica Argentina que presidieron la clausura de los cursos de la escuela obrera que funciona en los talleres de Bagley y Cía.

Parte de la concurrencia que asistió a la fiesta organizada, en la cual fueron repartidos hermosos premios entre los obreros, que fueron agradecidos por intermedio de la compañera Emma Madota.

UN SARAO EN BELGRANO

En su artística casa española los esposos Larreta-Anchorena ofrecen el baile de presentación de su hija Josefina.

FIESTA ARISTOCRATICA

y BENEFICA en el palacio de la familia Paz.

Son las dos notas de actualidad social ilustradas con primorosas fotos que publica

P L V S V L T R A

en su número de diciembre, que aparece el día

5 DE ENERO

Completan el interesante sumario: "Romances", por **Arturo Capdevila**, ilustraciones de **López Naguil**. "Sinite párvulus venire ad me", artículo póstumo del eximio periodista **Pablo Della Costa**, ilustración de **Sirio**. "Entre dos Cristos", por **J. Moreno Villa**, ilustración de **Rosario**. "Mis rosas", por **Pastora González de Lezcano**, ilustración de **López Naguil**. "El hombre que sorbía su sopa", por **Edgardo Garrido Merino**, ilustraciones de **Larco**. "Pablo Della Costa", por **Eduardo del Saz**. "Sobre la plástica en la lírica", por **Elvira Hidalgo**, ilustraciones de **Besares**. "Las voces familiares", por **Alfredo R. Bufano**, ilustración de **Peláez**. "Mateo Inurria", por **José M. Salaverría**. "Religiones del pasado", por **Raúl P. Osorio**. Colaboración artística. Reproducciones a cuatro colores: "Mañana de sol", óleo de **Mangrell**. "Retrato de don Juan Bautista Alberdi", óleo de **Nagy**. "Retrato de doña María Josefa C. A. de Zeballos", óleo de **Michailow**. A dos colores: "Señora María García de Bafico", por **Witcomb**. "Medicina maternal", aguafuerte de **R. Montenegro**.

Notas Sociales

Un año más que termina... Domina nuestro espíritu la ansiosa expectativa que nos hace creer en una renovación de vida amplia y jubilosa, que nos hace esperar aún, a cualquiera altura de la existencia, los dones que no llegaron nunca... ¡Ilusiones, añoranzas! por ser la síntesis invariable de la vida nuestra, llorar, reir y esperar siempre...

Esperamos, pues, el solemne advenimiento con la divina esperanza de que esta renovación de vida nos traiga ¡al fin! el fabuloso tesoro de los dones tan deseados... ¿Y por qué dudarlo? ¡Si vivimos la jornada maravillosa en que toda fantasía se hace realidad! Cuando es dado a estos míseros mortales hasta el gozar de la intensa emoción de *recoger la voz humana* llevada por los espacios, vibrando en ellos con todas sus modulaciones y sonoridades, con la misma pureza, con la misma intensidad que cuando brotara de los labios; cuando en el silencio augusto de la noche nos es dado buscar la onda sonora de las voces que nos hablan, que cantan, que ríen... voces que van por el aire en alas de las ondas hertzianas, y como si todas desearan ser oídas, se atropellan para llegar a las antenas *cazadoras* y bajar por el hilo prodigioso, dándonos la ilusión de que quien habla, canta o ríe a larga distancia de nosotros, encerrado entre paredes, canta o habla a nuestro oído...

Esta nueva conquista de la ciencia debería hacernos meditar — siquiera a ratos — lectoras amigas, y valorar las consecuencias de orden moral que pueda tener para el futuro... ¡Alerta!, nos dicen las ondas prodigiosas; ¡alerta!, que nosotros hemos decidido imponer a ustedes la fraternidad universal y el amor de la familia humana... Hoy van las palabras por el aire, y podemos recoger y oír lo que se quiere que se oiga, lo que no se debiera haber dicho; tal vez se sienta lo que no se debiera haber pensado... Y ese día no se murmurará ya del prójimo, de temor que se filtren las ondas maravillosas a través de los muros y las puertas, y que nuestros pensamientos, hechos palabras, lleguen a todos los oídos...

Vivimos la jornada maravillosa en que toda fantasía se hace realidad...

«Es una noche de mediados de octubre. La ciudad duerme bajo el brillo de las constelaciones y sus campanarios se levantan aquí y allí más obscuros que la sombra... El húmedo ambiente está henchido de perfumes...» (1).

Tres largas centurias han pasado entre aquella visión de una noche de primavera en la Ciudad de los Reyes, noche que encierra el epílogo de la vida de aquel trágico caballero de Avila cuyo recuerdo se adueña hoy de nuestra mente... Es que vivimos la jornada maravillosa en que toda fantasía se hace realidad, y que si las ondas sonoras traen hoy a nuestro oído las voces que vibran tan lejos de nosotros, bien podríamos imaginar que revivimos las escenas del pasado, contemplando el panorama retrospectivo de la interminable cadena que es la existencia nuestra, merced al rayo luminoso que hiende el espacio infinito, perpetuando, a manera de fotografías indelebles, las imágenes de los hechos producidos en la tierra... (2).

¿Es la visión de aquel entonces? ¿O es la prodigiosa reconstrucción de una época, de un ambiente, evocado con tan admirable precisión que su encanto se infiltra gota a gota en nuestro ser? Aquí, como entonces, «el fuego de amor, en el florecimiento pomposo de las rosas, de los geranios sangrientos... Aquí, la oración en el murmullo de las fontanas, la mortificación, en el aroma amargo de los arrayanes; aquí, el esfuerzo de las escalinatas, con su descanso en la glorieta... (3). Luego, circundado de romero y de boj, brota, irisado con destellos de cristal, el refrigerio delicioso de los surtidores...

La morada hidalga y suntuosa ha abierto sus puertas claustrales; puéblase de voces y de armonías la penumbra mística de sus estancias... y al salir al jardín que evoca la imperecedera belleza de los jardines de Granada, con las claras y luminosas fontanas que surgen *entre el laberinto de bojes y macetas*, con la fronda de su arboleda iluminada con destellos de plata, mientras parece que brotara de los arriates en flor un halo de luz azulada, sobrecoge nuestro espíritu una profunda, inolvidable impresión de arte y de belleza...

¿Es que nos ha sido dado contemplar el panorama retrospectivo de la existencia nuestra, tal como si hubiéramos abandonado la tierra con esa rapidez *superior a la de la luz*, de que nos habla el maestro (4) y que nos permitiría contemplar las imágenes sucesivas reflejadas para siempre en el espacio infinito?

Pero no... La gentil silueta que discretea en voz baja como un susurro en aquel viejo escaño *aforrado en terciopelo carmesí*, viste las modernísimas galas de los habitantes de la ciudad del ruido... La aristocrática y señoril figura que hace los honores de la suntuosa casa solariega es una gran dama argentina; y deslizándose sobre el tablado, en el maravilloso cuadro que poetizan los trazos de plateada luz sobre la fronda, y el halo azul que surge de los canteros floridos, se aleja vestida de blanco la delicada y esbelta figura de la señorita de Larreta y Anchorena; con gracia singular apoya sobre el hombro, desplegándolo, el suntuoso abanico de plumas negras cuya sombra hace resaltar la juvenil belleza de sus rasgos, el intenso mirar de sus ojos claros...

La ciudad duerme bajo el brillo de las constelaciones, y se apagan los acordes de la orquesta antes que la luz del día pueda romper el fascinador encanto de los jardines; el cristalino murmurar de los surtidores será el único sonido que vibre serenamente al amanecer del huerto maravilloso... y él podrá contarnos si alguna gentil figura de porteña habrá escuchado, confundida con la música de su perlada voz, la voz apasionada de sus ilusiones... Sus pensamientos, hechos palabras, podrán llegar también hasta nosotras merced a las ondas maravillosas que, muy lejos de nosotras, sabrán filtrarse a través de los espesos muros y de las pesadas puertas claustrales...

La dama duende.

Buenos Aires, diciembre 21, 1922.

(1) E. Larreta. «La Gloria de Don Ramiro».
(1) C. Flammarión. «Récits de l'Infini».
(3) El Generalife.
(4) C. Flammarión.

DESPEDIDA

En mis manos agítase un pañuelo
Con un tremor de alas moribundas;
Es un jirón del alma agonizante,
Amor, que te saluda.

Siento en mi pecho una opresión extraña
Y en la garganta el corazón latiendo
Y quisiera gritar, mas, ¿qué más grito
De dolor que el que lanza mi pañuelo?

MAYORINO FERRARIA



La sal efervescente conocida bajo el nombre de Salvitae se distingue favorablemente de otros remedios contra las afecciones del ácido úrico, como Gota, Reumatismo, Indigestión, Biliosidad, etc., porque no deprime el organismo, no irrita el estómago, es además de ser un disolvente del ácido úrico, un laxante y diurético de un sabor muy agradable y en extremo refrescante.

De venta en todas las Farmacias.

Dep.: ILLA & Cía.

Maipú, 73. Buenos Aires.

Si no puede usted obtener la SALVITAE en la farmacia donde se surte, le mandaremos un frasco por correo, franco de porte, al recibo de $ 3.60 m/l.

PULSERA de moaré, reloj enchapado en oro, para señora o señorita. Precio de reclame, a **$ 9.95**

$ 7.90 — $ 18.00

RELOJ de níquel chato, máquina bien observada, con cadena, a ... **Pesos 7.90**

RELOJ de plata, 3 tapas, chato, áncora, 15 rubíes, con una cadena, a **Pesos 18**

N.º 464. — **Anillo** enchapado en oro 18 kilates y piedras químicas, $ **3.50**

N.º 444. — **Aros**, enchapado en oro 18 kilates, piedras químicas, a........$ **3.90**

N.º 468. — **Aros** de oro garantido y piedras químicas, a pesos .. **12.00**

N.º 439. — **Enchapado** en oro 18 kilates, imitación ónix y camafeo, a $ **2.50**

N.º 466.— **Aros** platinados y brillantes negros del Brasil, a.. $ **3.50**

N.º 465.—**Anillo** enchapado en oro 18 ktes. y brillantes químicos, a.. $ **3.50**

N.º 467. — **Aros** de oro garantido, piedras químicas, a pesos **14.00**

Recibimos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

¡ADVERTENCIA! NO CONFUNDIR NUESTRA CASA CON OTRAS: ES ENTRE VENEZUELA Y MEJICO

RELOJERIA Y JOYERIA LA "SUIZA-AMERICANA"

P. SEITLER

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - Bs. AIRES


CINZANO
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 30 DE DICIEMBRE DE 1922

AÑO XXV

CARAS Y CARETAS

N.º 1265

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



LAS SESIONES EXTRAORDINARIAS EN EL PARLAMENTO

EL GABINETE EN PLENO ASISTE A LA CÁMARA DE DIPUTADOS

Aspecto que ofrecía la sala de sesiones de la cámara joven durante la interpelación del diputado socialista, doctor Justo, al ministro de Hacienda sobre la apertura de la Caja de Conversión. El doctor Herrera Vegas, sentado en el sitial destinado a los ministros y rodeado por sus colegas del ministerio, contesta a los asuntos planteados en el pedido de interpelación. El hecho de que los miembros del gabinete asistieran al Congreso produjo intensa expectativa, no sólo en las esferas políticas sino también en el público, que acudió a la cámara en proporciones pocas veces observada.

Foto de Bell



Doctor Celestino Marcó, ministro de Justicia e Instrucción Pública.



Almirante Manuel Domecq García, ministro de Marina.



Coronel Agustín P. Justo, ministro de Guerra.



Doctor Tomás Le Bretón, ministro de Agricultura, e interino de Relaciones Exteriores.



Doctor Eufrasio Loza, ministro de Obras Públicas.



Doctor Nicolás Matienzo, ministro del Interior, que hizo importantes declaraciones sobre la orientación del nuevo gobierno en sus relaciones con el Poder Legislativo.



Las interpelaciones al ministro de Hacienda

El gabinete en pleno en la Cámara de Diputados

La presencia de los ministros en el Congreso constituyó el tema de todos los comentarios, siendo la verdadera nota de la semana. Las declaraciones hechas por el ministro del Interior respecto a las ideas que sustenta el primer magistrado, en las relaciones que deben existir entre los dos poderes, fueron recibidas con grandes muestras de aprobación por los diputados de todos los sectores, sin distinción de colores políticos.



Doctor Rafael Herrera Vegas, ministro de Hacienda, que contestó con sencilla elocuencia la interpelación del diputado Justo.



Doctor Adolfo Dickman, autor de una de las minutas de interlación presentadas.



Doctor Matías Sánchez Sorondo, diputado conservador que fundó su minuta de interpelación al ministro de Agricultura.



Doctor Juan B. Justo, que interpeló al ministro de Hacienda sobre el cierre de la Caja de Conversión.



Doctor Rodolfo Moreno (hijo), que siguió en la palabra al diputado Justo en la misma interpelación.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

EL DEBUT *DEL* GABINETE

APUNTES DE LA BARRA

POR COLUMBA



¿Las familias van a la barra a escuchar los discursos? No, señor. A tomar helados.



Por primera vez tuvieron acceso en medio del recinto los fotógrafos de diarios y revistas. ¿Es éste otro signo de la nueva era? Sí, señor. Estamos en la era de la fotografía.



El ministro de Hacienda contestó la interpelación con los guantes puestos *durante toda la sesión. Es un* ministro de Hacienda enguantado. ¿Será para no mancharse las manos?



El doctor Justo estuvo, como siempre, incisivo y punzante.



Un palco alto ocupado por... sufragistas, seguramente.



Otro palco de niñas «fifí», a quienes las tiene sin cuidado el que se abra o cierre la Caja de Conversión. Les interesaba el espectáculo.



El ministro del Interior, doctor Matienzo, mientras habla de la Torre, parece como si quisiera taparse los oídos... Pero no hay tal.



Morenito hizo un discurso patriótico. Fué escuchado con atención y, al final, aplaudido.



La cara asimétrica del ministro de Guerra, coronel Justo.



El nuevo ministro de Instrucción Pública, doctor Marcó, tomándose el pulso. La banca que ocupa es la que perteneció a nuestro inolvidable Salinas.



Lisandro de la Torre en el instante en que le inculpó al gabinete en pleno haber violado la Constitución... No sabemos por qué, pero, vamos, impresionó la frase.

NOTAS VARIAS

En la embajada de Chile



Distinguidas personalidades de la diplomacia, del periodismo y de la banca que asistieron al banquete ofrecido en honor del ministro interino de Relaciones Exteriores, doctor Le Bretón, por el Encargado de Negocios de Chile, señor Adolfo Calderón Cousiño.

Visita presidencial a la Escuela General Lamadrid



El doctor Alvear, acompañado de algunos ministros y personajes, en su visita a la Escuela General Lamadrid que dirige la directora Teresa Rapallini de Arroche, a quien felicitó por las magníficas labores manuales hechas por las alumnas durante el año escolar.

Sr. Aníbal Monteverde



Penosa impresión causó el fallecimiento del distinguido y culto caballero don Aníbal Monteverde, colaborador que fuera de "Caras y Caretas" y otras publicaciones, siendo muy estimado por sus dotes intelectuales en todos los círculos literarios y periodísticos.

Centenario del natalicio del Dr. Bernardo de Irigoyen



Miembros de la familia del ilustre patricio asistiendo a la ceremonia religiosa, oficiada por el vicario general, Monseñor Elzaurdia, en la Catedral y con la que se conmemoró su centenario.



El Presidente de la República y el gobernador de Buenos Aires, señor Cantilo, saliendo del templo después de asistir al tedéum que se celebró ante una destacada y numerosa concurrencia.

EL MILLON

LA DIOSA FORTUNA HA SIDO ESTA VEZ PRODIGA CON LOS HUMILDES



Felipe Olmos, el pibe "Providencia", que cantó el premio del millón. La risueña travesura de su rostro es todo un símbolo de la Fortuna.



Aquí está, al parecer impasible, don José Selvaggi, gerente de la Sociedad Unión Comercial de Sastres, el que adquirió el millón y lo envió certificado a su colega don Esteban Sciangula, de Tucumán.

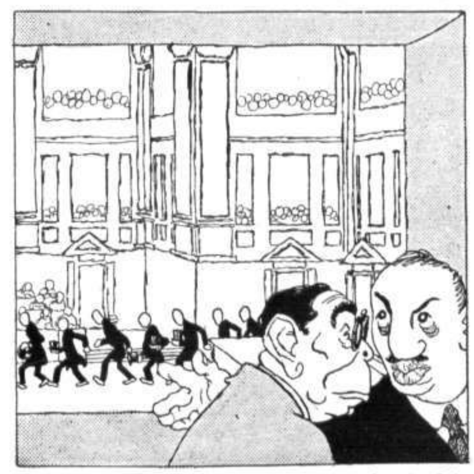


José Corpas cantó el número 26.190 y la "casualidad" se hizo, derramándose pródiga sobre los felices poseedores del billete.

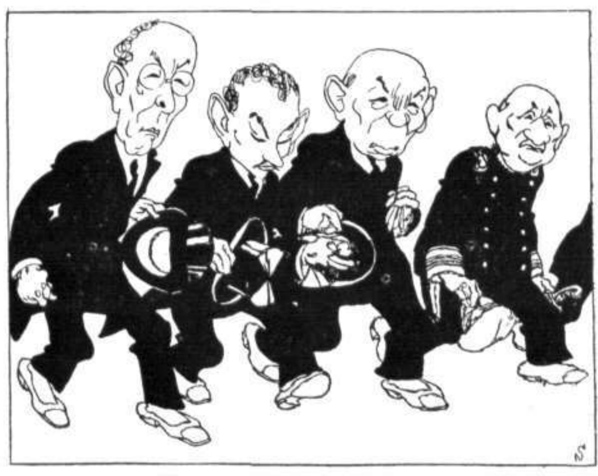


Aspecto del local de la Administración de la Lotería Nacional donde se verificó el sorteo... una especie de "sucursal celeste" para los favorecidos. ¿Cuántas miradas ansiosas se habrán "clavado" en la pizarra? ¿Cuántos "seguros" pálpitos se habrán evaporado ante la fría realidad de las cifras que un pulso firme iba trazando en el pizarrón? En fin; no matemos del todo a la Esperanza, y hasta la de Reyes.

LOS MINISTROS EN LA CAMARA



Salaverry. — ¡Qué raro! Van uno detrás del otro, respetando el turno.
Salinas. — Como en las peluquerías. Irán a que los afeiten.



Matienzo. — Todo va correctamente.
Herrera Vegas. — Yo tengo miedo por Loza.
Matienzo. — ¿Y qué teme?
Herrera Vegas. — Que tropiece y se le rompa el apellido.

CARICATURAS DE SIRIO.

SALVAJE ATENTADO

DOS ASALTANTES ÁCRATAS, DE MALOS ANTECEDENTES, ATACARON CON ÁCIDO SULFÚRICO Y UNA BOMBA EXPLOSIVA A LOS DEPENDIENTES DE LA PANADERÍA "EL GALLO", DÁNDOSE LUEGO A LA FUGA Y SIENDO UNO DE ELLOS DETENIDO Y OTRO MUERTO POR UN VIGILANTE.



Un sentimiento de indignación produjo en la opinión pública el bárbaro y audaz asalto de que dió cuenta detallada toda la prensa. El procedimiento de que se valieron los temerarios agresores, al hacer uso del vitriolo y de nada menos que una bomba de kilo y medio, que por fortuna no hizo explosión al ser arrojada, revela la brutal agresividad de los delincuentes.



Antonio Puñal, uno de los agresores, que sostuvo un recio tiroteo con el agente, siendo muerto por éste.

Regino Aguirre, el criminal aprehendido, cuyo aspecto demuestra la lucha que sostuvo antes de entregarse a la policía.



El chauffeur Bonifacio Rodríguez Cortina, que manejaba el auto en el cual pretendieron huir los criminales.



El cadáver del asaltante Puñal, en una de las mesas del hospital Fernández, poco después de haber sido trasladado a ese establecimiento.



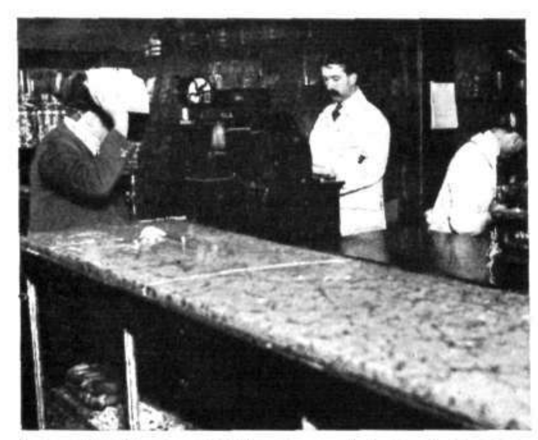
José Linares, uno de los dos dependientes de la panadería, que resultó con el ojo izquierdo y parte del rostro gravemente lesionados por el líquido corrosivo.



El agente José Cardoso que, después de una lucha de la que resultó doblemente herido, mató a uno de los criminales.



Ramiro Pérez, el otro dependiente, que fué herido de consideración por una bala que le perforó la ingle derecha, al pretender que se detuvieran los asaltantes.



Aprovechando un momento en que el dueño de la panadería, señor Domingo Gallo, y su dependiente José Linares hallábanse ocupados en sus tareas, el criminal Regino Aguirre arroja sobre este último una bomba y un recipiente conteniendo ácido sulfúrico, cuyo líquido le causó graves heridas.



Los agresores, después de consumado el inicuo atentado, tratan de huir en el automóvil en que se habían dirigido al lugar del suceso, pero ante la insinuación hecha al chauffeur por el señor Gallo y otro de sus empleados para que se detuvieran, aquéllos agrediéronlos desde el coche, hiriendo de bala al empleado Ramiro Pérez.

Fotos de Arroyo, Bell y Vargas.

EN EL COLEGIO MILITAR

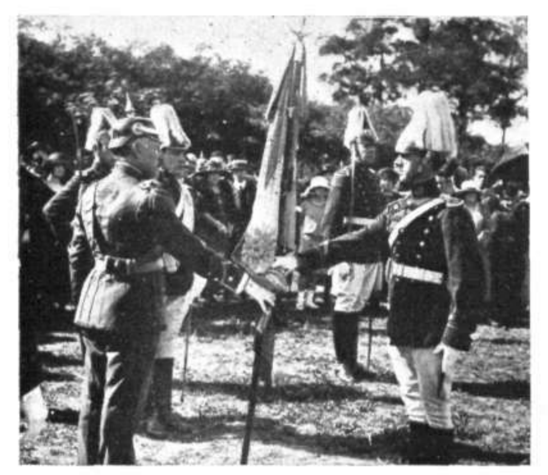
JURA DE LA BANDERA Y ENTREGA DE LOS PREMIOS PRO PATRIA



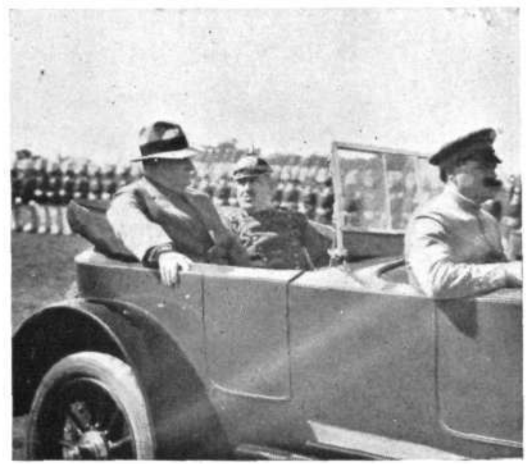
Sargento 1.º Alfredo Intzaurgarat, agraciado con los premios del Ministerio de Guerra y de la Asociación Pro Patria.



El representante del Perú, doctor Velarde, leyendo un discurso alusivo ante el Presidente de la República, el ministro de Guerra, coronel Justo, el Director de la Escuela y otros altos jefes.



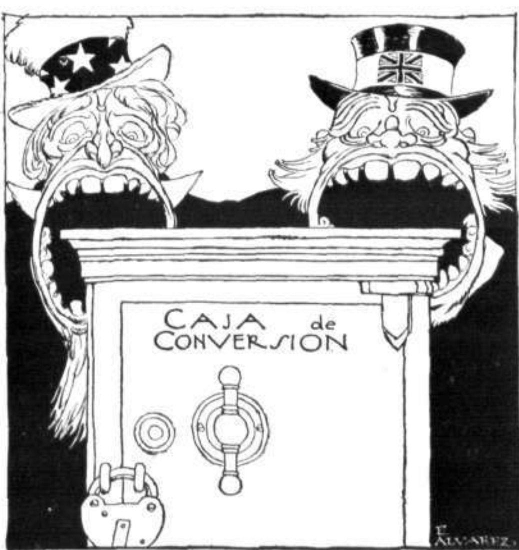
Solemne acto de la entrega de la insignia de la institución al nuevo abanderado por el teniente coronel Jorge García, ceremonia que se verificó antes de la jura de la bandera por los cadetes.



El doctor Alvear y el ministro de Guerra revistando en automóvil a los cadetes formados en el amplio campo de la Escuela después de celebrada la patriótica fiesta.



EL CONCEJO DE AGRAMANTE



¿No es justo o es Justo?

CARICATURAS DE ALVAREZ.

Las bocas están abiertas y la caja cerrada.



El ministro de Agricultura, doctor Le Bretón, y el profesor Strampelli, que realizaron una jira de estudio por la provincia, después del banquete con que les obsequió el Jockey Club, rodeados por las personalidades que fueron comensales.



Bazar Alemán a beneficio del Colegio y del Hospital, cuyo kiosco de los "Dados" fué atendido gentilmente por las distinguidas señoritas: Zsehetztchingek, Gavazza, Moier, Bausemhanic, Lützen, Saltzmann, Meiss y por las señoras de Weiler, de Rosenthal y de Mayer.



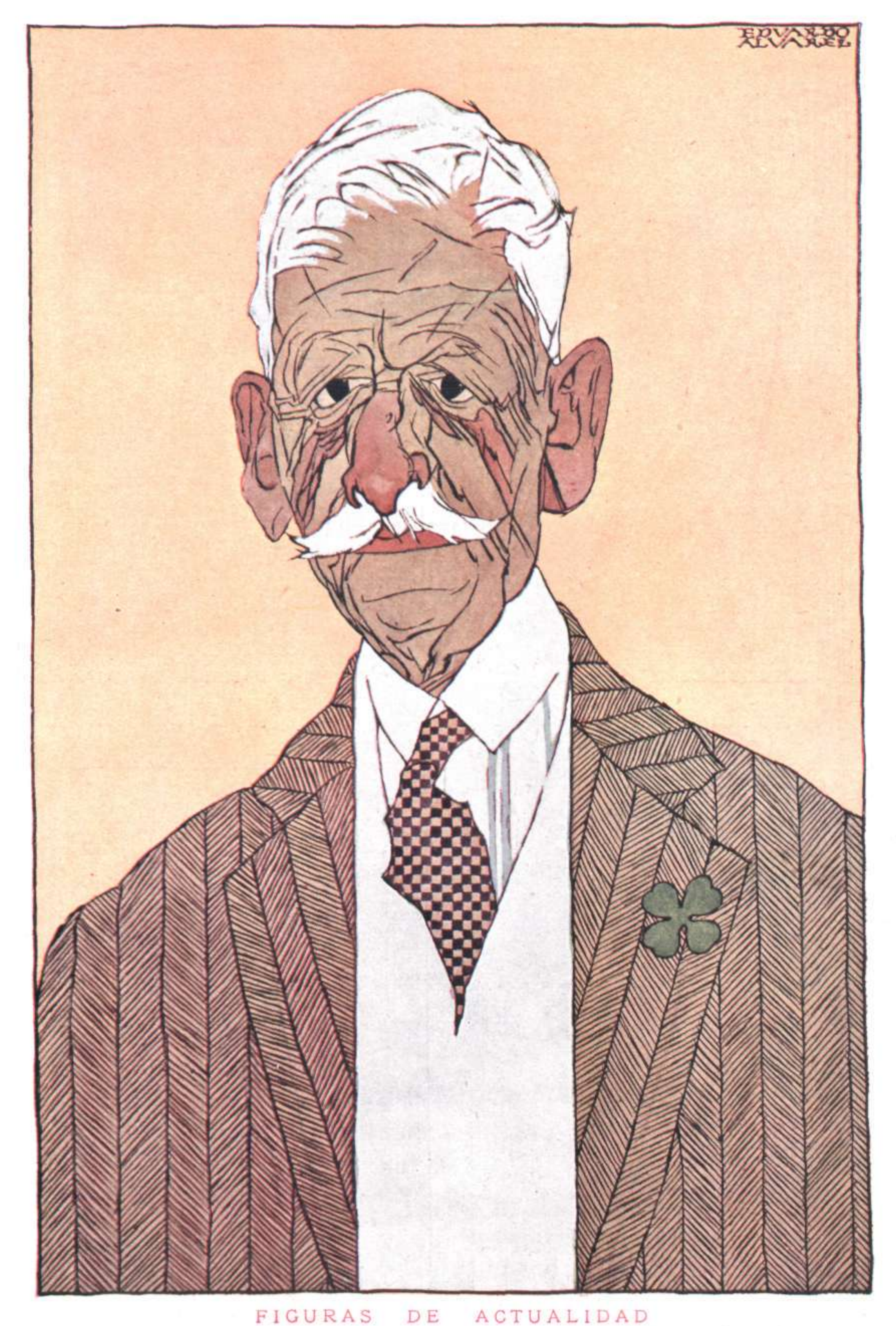
Otro ramillete de damas y jóvenes que animó el kiosco de "Labores": señoritas de Frigeiro, Morch, Tetamawzi, Halm, Preis y Weimuller y señoras Seyppel, Diers, Heitz y Mongsfeld, todas las cuales realizaron una crecida venta merced a las simpatías de que gozan.



Señoritas de Fluck, Richter, Baltzer, Seemann, Schmidt, Werner, Mast, Mongsfeld, y Baltzer, que tuvieron a su cargo el kiosco titulado "Champagne", a cuya clientela cumplimentaron muy delicadamente.



Festival celebrado por la colectividad escocesa del Club San Andrés en el hotel Savoy en honor de sus asociados, acto que resultó muy lucido.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

SR. FRANCISCO WRIGHT, PRESIDENTE DE LA LOTERÍA NACIONAL

POR ALVAREZ.

El que, por bondadoso, le quería,
le quiere mucho más en cuanto advierte
que Wright es hoy en día
tutor o apoderado de la suerte.



PATSY RUTH MILLER

ELSIE FERGUSON

COLLEEN MOORE

CLAIRE WINDSOR



JARABÍN DE PICOPETE

SERIAS AVENTURAS CONTADAS EN BROMA

IV

Jarabín se ahogaba en su estrecha cabina y sentía deseos de salir a tomar aire.

— Debes abrigarte, porque estamos arriba de los dos mil metros... Allí tienes tu nueva ropa...

Dijo Papalina, con solicitud maternal.

Jarabín se vistió un suéter de lana muy grueso, gorra con orejeras, pantalones de punto y botines acolchados. Calzóse los guantes y dijo:

— ¿Por qué no puede caerse este aeroplano?

— Primeramente, éste no es un aeroplano... es un navío aéreo, y su estabilidad está basada en las fuerzas fundamentales que conservan el equilibrio universal: la fuerza centrífuga y la centrípeta... ¿comprendes?... Hemos logrado encerrarlas y disponemos de ellas para alejarnos o aproximarnos a la tierra, según nuestro deseo... Esta fuerza combinada y aislada se llama «centrifugópeta», y es la última palabra de la ciencia física... A nuestro navío lo hemos bautizado con el nombre de «Volatrix».

Naturalmente, quien así hablaba era Papalina de la Voltereta. El feminismo avanza a grandes pasos. Y si las mujeres no siguieran siendo tan deliciosas, este mundo se volvería pronto inhabitable.

Era lo que opinaba Tuto Chiripá, allá en su cerebro lleno de prejuicios. Felizmente, hacía rato que no hablaba una palabra. Tenía a su cargo la dirección del navío aéreo y mantenía puesta la proa con rumbo al sudoeste. De pronto, gritó:

— ¡Ciudad a la vista!

Jarabín y Papalina subieron la escalerilla que los llevó a cubierta. Se inclinaron sobre la baranda para mirar hacia abajo, y como habían descendido a poco menos de los mil metros, pudieron contemplar la ciudad a su sabor. Se hallaba rodeada por un círculo de colinas y un río pasaba a través de ella, dividiéndola en dos partes casi iguales.

— ¿Qué ciudad puede ser ésta?...

Se preguntaban y sólo el zumbido del viento respondía a sus preguntas. De pronto retumbó una explosión cerca del «Volatrix», y mirando con catalejos observaron que los estaban cañoneando desde la ciudad.

— No te inquietes... nuestro navío está blindado y los shrapnells no pueden perforar su coraza... Aun así tendrían que destrozarlo, romper su equilibrio «centrifugópeta», para derribarnos... Nuestro navío, en una palabra, posee la estabilidad de un satélite de la Tierra... sólo que puede acercarse o alejarse de ella a voluntad y marchar en la dirección que se quiera.

En aquel momento reventó encima de sus cabezas una granada y los balines desparramaron a su alrededor una elegante lluvia.

— ¿No habrá peligro, Papalina?

— Sí, mucho... Bajemos a la cámara de observación...

Desde allí miraban, mientras el «Volatrix» describía encima de la ciudad una gran circunferencia. ¿Qué ciudad sería?... No tenían aparatos para tomar la altura del sol, pero por la velocidad del navío (800 millas por hora) y el tiempo que el viaje duraba, calculaban hallarse más o menos a la altura del Neuquén. Descendieron aun más. Grandes bosques de robles y araucarias poblaban las faldas de las colinas y un lago de aguas azules reflejaba en su cristal las altas cúpulas de la ciudad. Veían a la gente correr por las plazas y calles, mientras apresuradamente se formaban las fuerzas para resistir a lo que suponían un ataque del «Volatrix». Una particularidad que les llamó la atención era que los hombres montaban todos en guanacos, en lugar de caballos. Una gran fuerza de caballería (guanaquería, más bien, en este caso) evolucionaba ya siguiendo la dirección del navío aéreo, para no dejarlos aterrizar o aprisionarlos si lo hacían.

— Lo mejor será bajar en una de estas colinas — dijo Tuto; — así nos protegemos con los árboles... Allí veo una muy aparente... Estén alerta, por si algo pasa.

El «Volatrix» descendió con majestuosa serenidad. Habían elegido para tocar tierra una explanada desnuda de bosque y con gran sorpresa vieron que ante sus ojos se elevaban los muros de un extraño palacio, mezcla de fortaleza y de templo. Golpearon las manos, gritando:

— Ave María...

Del interior salió un hombre de piel cobriza, de larga cabellera negra, que aprisionaba sobre las sienes con una recia vincha de cuero, y cubierto desde la cabeza hasta los pies con una larga piel de guanaco. Cuando estuvo a pocos pasos, saludó poniéndose una mano sobre el corazón y extendiendo la otra.

— ¿Qué ciudad es ésa?... — le preguntó Jarabín de Picopete, señalando hacia el valle.

— Carancho Asau... — contestó el hombre, sin hacer un ademán, inmóvil como una estatua.

— Dice que es la ciudad de Carancho Asau — les repitió Jarabín. — No la conozco.

— ¡Lindo nombre! — afirmó Tuto Chiripá. — Y debe ser de nuestra tierra, porque no creo que en otra parte...

El hombre hizo ademán de que iba a hablar.

— Mi señora te espera — dijo; — sabía que ibas a llegar y te hemos visto cuando te acercabas... ¡sálvala!

— ¿Qué le pasa a tu señora?

— Barbarino la tiene encerrada, porque no quiere casarse con él... Barbarino hombre malo, rengo, es el tirano de Carancho Asau... Juan Nicolás, se llama.

— ¿Y por qué le dicen Barbarino?... ¿por lo bárbaro?

— Sí... — contestó, mostrando los dientes blancos en una sonrisa; — y por la barba... — Y acompañó sus palabras con un gesto para que no hubiera lugar a dudas.

Jarabín se sintió impresionado inmediatamente por los sufrimientos de aquella mujer. ¿Cómo se llamaría, sería joven, hermosa?... Ya la veía padeciendo, soportando con la más estoica resignación las duras privaciones, la soledad, quién sabe qué refinadas torturas... Porque ese Barbarino debía ser un tirano sombrío, lleno de un espíritu vengativo y pequeño...

Pensó en muchas barbas históricas y literarias. Barbas anilladas como las de Holofernes, ungidas de mirra y manchadas de sangre, por el tajo vengador de Judit de Betulia; las barbas hirsutas, hediendo a pólvora de Barbarroja, agitándose en una carcajada brutal de pirata beodo; la pelambre lívida de Barba Azul, monstruo que asesinaba a sus dulces y bellas mujeres, lo mismo que Landrú (¡qué también tenía barba, cielos!); la barba de Barbarino por último, una impura «chiva» de sátiro, con que pretendía mancillar las castas mejillas de... los frescos labios de...

— ¿Cómo se llama tu señora?

— Mirmilidona...

— Menos mal que no resultó Cachemira o Chimanga... Y volviendo a Barbarino, ¿qué es?... general, doctor...

— Doctor es, pero no ejerce... Es propietario de casas: casi todas las casas de Carancho Asau son de él... ¡Se las alquila a los habitantes!

— ¡Tirano... y casero!... Es, pues, dos tiranos en uno... ¡Llévame a donde está tu señora, buen hombre: ha sonado la hora de la libertad, y que ese tiranuelo de Barbarino vaya desde ya poniendo su barba en remojo!...

Esto dijo el valiente Jarabín de Picopete. Y saltando por encima de la barandilla, se encaminó a grandes pasos hacia el palacio misterioso, mientras pensaba: La historia está llena de tiranos: ha habido tiranos reyes y tiranos caciques; tiranos oligarcas... ha habido también tiranos papas... la fauna no se halla catalogada, pero es enorme... tiranos-tigres, tiranos-monos, tiranos-hienas... con rabo y con taparrabo... ¡pero tiranos-caseros, es la primera vez! Es el monopolio de la tiranía o sea la tiranía trustificada... Barbarino-acaparador, se llama el microbio de esta *tiranitis domesticae*...

— ¡Llévame pronto a donde está tu señora... vamos!

Cuando penetraron por la puerta del edificio, Jarabín tuvo la primera sorpresa: en lugar de esos leones de mármol que hay en algunos peristilos, vió extendidos en actitud hierática dos sombríos pumas, a ambos costados de la entrada. Dos pumas vivos, se entiende. Al verle pasar, levantaron delicadamente el labio superior y le mostraron dos filas de dientes... lo que Jarabín interpretó como una sonrisa.

— Lástima que me he olvidado... — dijo, palpándose los bolsillos.

— ¿Qué te has olvidado, querido señor?

— Los cigarrillos... — terminó, para despistar; no las tenía todas consigo.

— Es mejor, porque mi señora pertenece a la liga de templanza y además ha escrito un libro de máximas morales...

Será una vieja, pensó Jarabín. Las máximas morales, son las reflexiones que las personas inmorales escriben a la vejez...

— ¿Qué edad tiene tu señora?

— Veinte años...

— ¡Veinte años y ya un libro de máximas morales... qué precocidad!

A todo esto iban atravesando patios, de cuyos sombríos rincones salían a veces cocodrilos que los miraban con ojos estúpidos... Algunos hombres y mujeres discurrían bajo las arcadas, cubiertos también con larga piel de guanaco y ceñida en la frente la vincha de cuero. Infinidad de monos corrían por las molduras y cornisas, haciendo muecas desvergonzadas.

Penetraron por último en una especie de templete decorado con sencillez. Sentada en un diván, en actitud pensativa estaba una mujer joven, no mal parecida, que al presentarse Jarabín corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

— ¡Te esperaba... mil presagios me lo anunciaron y te esperaba todos los días... Sálvame, libértame de ese cruel enemigo, de ese odiado Barbarino que me tiene prisionera!...

— Todo el mundo tiembla a causa de ese Barbarino, — contestó Picopete, prolongando como distraído aquella situación — ¿Es en realidad tan poderoso?... ¿Cómo ha llegado a serlo?

— Haciendo a los demás lo que no quiere que le hagan a él...

— Es la única manera de conseguirlo. Bien, pero ¿por qué la tiene prisionera?

— Porque no me quiero casar con él... Es un viejo de sesenta años, narigón, con una barbucha fea y rengo... Se rompió una pierna cayendo desde un andamio, cuando revisaba las obras...

— ¿De alguna de sus casas?...

— Claro... una casa de siete pisos, donde vive... es decir: él vive en un ranchito, en el fondo, por modestia democrática, pero todos creen que es por no perder los alquileres... Dice que se ha roto la pierna sirviendo a la patria...

— ¿Y usted está enamorada de otro?... — preguntóle a quemarropa Jarabín.

Bajó los ojos y se metió un dedo en la boca. Jarabín sonrió: había comprendido...

— Pero es muy pobre y no nos podemos casar... — agregó con aire mustio. — Se llama Mishio de Nascimiento... y es de una antigua familia.

Es claro — reflexionaba Jarabín — para una chica de veinte años, vale más un barbilindo que no tenga donde caerse muerto, que un viejo simio, lleno de casas y por más fracturas gloriosas que pretenda exhibir...

— ¿Por qué no se escapa de aquí?

— La colina se halla rodeada de soldados... No queda más que esta parte, pero por allí está el lago... un lago tan profundo que nunca se ha podido tocar el fondo... algunos dicen que llega hasta el otro lado de la Tierra... Por eso vivo aquí encerrada, lejos del hombre a quien amo, escribiendo libros de máximas morales y estudiando el espiritismo... Su llegada me fué anunciada por los espíritus.

— No me extraña... — dijo Jarabín. Pensando para su capote: creo que estoy delante de la Inocencia... Y agregó en voz alta:—¿No piensa mandar al concurso nacional su libro de máximas morales?...

— No... Barbarino me prometió hacerlo editar, si me casaba con él... Pero yo prefiero conservarlo inédito para cuando me case con mi novio... ¿Y usted, no está enamorado?

— No... por ahora no... pero estuve enamorado una vez, un amor sin esperanzas por lo demás. Figúrese que estaba enamorado de una estrella... cinematográfica. No había película filmada por ella donde yo no estuviera abriendo la boca. Conocía sus gestos, sobre todo uno que hacía con los labios cuando reía o lloraba... Su cuerpo era una obra de arte perfecta... Tuve oportunidad de comprobarlo cuando la ví en una película muy original: «Eva en Alaska»... curiosa interpretación de la Biblia, donde se demostraba que el Paraíso estuvo en Norte América... Era un paisaje de nieve...

— ¿De nieve?... ¡pobre Eva!... ¿No tendría frío?

— ¿Vergüenza, querrá decir?... No, no tenía... habría calefacción... Bien, estuve enamorado de esa mujer hasta tal punto que decidí un viaje a Los Angeles. Pero al averiguar detalles de su vida, me enteré que había muerto hacía ya tiempo, y sus «creaciones» sólo se daban en los cines de arrabal, donde yo iba... Estuve, pues, haciéndole el amor a la sombra de una sombra...

Ya se disponía la dulce Mirmilidona a expresarle a Picopete su tierna piedad, cuando se oyó retumbar por los patios, bóvedas y corredores, el rugido de los pumas, mientras los aligatores se arrastraban con sorda inquietud y los monos chillaban. Varios servidores llegaron, pálidos y jadeantes, a decir que los soldados de Barbarino habían escalado la altura y por varios senderos del bosque llegaban ya casi a las puertas del palacio, seguramente con ánimo de aprisionar al valiente señor y llevarlo a Carancho Asau, para que el tirano lo castigara.

Jarabín y Mirmilidona se miraron.

— No le queda más remedio que huir... — dijo ella. — ¡Ah!... usted seguirá su camino, libre, sin sentir su alma agobiada por los sufrimientos de la cárcel...

— ¡Jamás!... Nos salvaremos o moriremos juntos... Venga conmigo!

Y tomándola de una mano, corrieron hacia la puerta de salida que daba a la explanada. Pero ya las tropas de Barbarino se hallaban apostadas allí: veíanse relucir las bayonetas y el caño de los fusiles. Era una masa de soldados, cubiertos con la piel de guanaco y ceñidos con la vincha, traje que parecía ser nacional. Más que apariencia de soldados, la tenían de salvajes, si no hubiera sido por los fusiles y bayonetas, que les daban un aspecto de civilización.

— ¡Demasiado tarde!... — gritó Picopete. — Tratemos de escaparnos por otra parte...

Corrieron hacia las ventanas de los lados y miraron; grupos de hombres feroces, el ojo avizor, el fusil preparado, se distruibuían en abundancia por allí. De modo que ni un alfiler podría salir del palacio sin que ellos lo vieran.

— Siquiera estos animales pudieran servir para algo... — dijo Jarabín, — se los arrojaríamos a los soldados y, en la confusión, tal vez nos escapáramos...

Pero los pumas se hallaban transformadas en comadrejas, los cocodrilos se apilaban como un rimero de troncos y los monos se habían convertido en críticos literarios.

¿Qué hacer? Mirmilidona propuso:

— No nos queda más que el lago... huir por el lago... allí encontraremos mi canoa.

— Vamos allá...

Atravesaron corriendo los largos patios, pero una nueva decepción les esperaba: algún sirviente traidor había hecho desaparecer la canoa. Jarabín pensó que ya no tenían más recurso que tirarse al agua con una piedra atada al cuello... Si el lago llegaba hasta el otro lado de la tierra... conteniendo un poco la respiración... Pero no, tampoco. Su destino era morir a manos del sombrío tirano de Carancho Asau, después de apurar quien sabe qué refinados padecimientos.

— ¡Dios mío!... pensó Jarabín: esto de arriesgar la vida por la novia de otro es peor todavía que casarse por poder... ¿poder?... ¿felicidad?... ¡Ah! Tuto y Papalina... ¿por qué me habéis abandonado?

— Nadie lo ha abandonado, amigo, es usted que se lamenta de vicio... — oyó una voz que decía.

A su lado se hallaba el «Volatrix», con la portezuela abierta, como un automóvil que nos recoge a la puerta de calle.

— Suban... — les dijo Papalina. — Les preparo una sorpresa...

En seguida remontaron el vuelo, riéndose a carcajadas del ejército barbarinesco. Cuando ya estuvieron lejos, Jarabín les preguntó:

— ¿Y cuál es la sorpresa?

— Que tenemos a bordo al novio de Mirmilidona... y también ¿a que no se imaginan? Pues tenemos también a bordo nada menos que a Barbarino... Lo tomamos prisionero cuando escalaba la colina al frente de su ejército...

Y abrió una puerta: Mishio de Nascimiento y Mirmilidona cayeron en brazos, delante de Barbarino, que estaba atado por las muñecas a un picaporte y que los miraba hecho un basilisco. Papalina volvió a tomar la palabra:

— Estos muchachos se casarán en seguida y vivirán en Carancho Asau... y serán, seguramente, felices... En cuanto a Barbarino, también se casará: le tengo preparado el matrimonio con una vieja fea y bigotuda...

— ¡No, por Dios!... imploró Barbarino.

— ¡Sufra!... Sus propiedades serán confiscadas en provecho de ese pueblo, al que siempre dijo que servía, aunque lo que hacía era servirse de él... Y así queda resuelto, sin apelación... ¿No es verdad, Poder?... Porque yo nunca tomo una determinación sin tu consentimiento...

— Así es, m'hijita...

De pronto todo desapareció, y Jarabín encontróse paseando por las calles de Carancho Asau, entre la población más feliz del mundo, porque el bienestar reinaba en sus hogares. Barbarino ya no los tiranizaba y ahora era el hazmereír de todos. Picopete lo vió por una calle disparando de su mujer, que lo perseguía con una escoba, al salir del Registro Civil.

Fué testigo en la boda de Mishio y Mirmilidona, celebrada esa misma tarde. El cortejo era magnífico, lleno de chicos que llevaban flores y jovencitas que lucían bellos vestidos blancos... Una delicia.

— Que sean felices... — les dijo, dándoles un abrazo, mientras hacía ademán de marcharse

— ¡Adiós, mi salvador!... — exclamó Mirmilidona. — Cuando imprimamos el libro, la primera edición se la vamos a dedicar...

— Muchas gracias... — contestó Jarabín.



POR ERNESTO MARIO BARREDA

ILUSTRACIONES DE SIRIO

LA DIVA DE LA GUERRA
RECUERDOS DE TRIESTE
NOVELA DE HAIDE
ILUSTRACIONES DE BESARES



El domingo a las cinco... En la Sala Parnaso... ¿Se acordará?

— Sí; me acordaré.

— Tome el tranvía del Corso Garibaldi; vaya hasta el fin de la línea, y luego, a la izquierda, la tercera casa. ¿Ha comprendido bien?

— Sí, he comprendido bien. Ya he estado.

— Sala Parnaso, ¿eh?

— Sí, sí, Parnaso.

Los «síes», un poco descuidados, imperceptiblemente molestos, caían indolentemente de los labios de Elleri, el crítico teatral, labios sutiles e irónicos en el rostro moreno, delgado e inteligente, bajo el cabello castaño peinado hacia atrás. Y cada uno de nosotros, que esperábamos a dos pasos de allí, en la mesita del café «A la Estrella Polar», hacíamos poco esfuerzo para comprender que aquellos «síes» eran lanzados solamente en homenaje a la juventud y gracia de la interlocutora. Una gran capa de raso obscuro, llena de pliegues obscuros y luminosos, alrededor de su figura alta y sutil, de nerviosas piernas sobre sus zapatos de seda. Un amplio sombrero acampanado, de terciopelo negro ondulante, un gran zorro blanco sobre los hombros; y en medio de aquel blanco y negro, una linda carita lánguida y retocada, entre rizos vaporosos de un rubio, muy probablemente oxigenado. He ahí lo que podíamos ver a algunos pasos de distancia. Un último «sí» de escasa convicción de Elleri, y la amplia capa, la ancha corola de terciopelo, el gran zorro níveo, se alejaron en el inmenso reflejo de cobre de un fabuloso ocaso triestino, todo montañas de luz en el cielo, todo juego de llamas en el agua obscura de los canales, mientras el crítico venía a tomar puesto a nuestra mesa.

Alguien le preguntó:

— ¿Quién es?

Se volvió para mirar al interrogador, respondiéndole:

— ¡Cómo!, ¿quién es? ¿Ni siquiera la conocéis?— Y con una sacudida de cabellos, repitió la frase que era su *leitmotif* desde hacía dos años.

— ¡Claro, vosotros, que no estuvisteis en Trieste durante la guerra, no podéis comprender nada de nada!

Los demás, prófugos e internados, que pretendían haber sufrido su parte, protestaron como de costumbre; pero el crítico, sin prestarles atención — también según costumbre — comenzó a contar:

Fué a principios del año 16, cuando ello empezó. Trieste, antes de la guerra, vosotros lo sabéis, no era terreno propicio para los filodramáticos; alguna insignificante compañía vegetaba aquí o allá en la sombra de algún círculo semiclandestino. Pero el gran público deseaba grandes espectáculos; muy en serio, modistillas y obreros, presumiendo de conocedores, establecían sus paralelos entre Zacconi y Novelli, entre la Reiter y la Grammatica; y los actores más conocidos recordaban con alegría los entusiasmos locos de la «velada de honor», la satisfacción de ser coronados «campeones» por los aplausos de las bellas mozas de la galería.

Todo esto acabó en mayo del 15.

Trieste, tan apasionada por los espectáculos, se encontró de golpe separada de la vida y del arte, privada también de su pan intelectual. Nos llovían de Viena compañías de prosa, de ópera y opereta alemana, a las cuales no queríamos ir. Cinematógrafo y variedades, variedades y cinematógrafo, teníamos también hasta la hartura.



Entretanto, durante 1915, se iba pasando, como se podía. Igualmente para nosotros como para todos, brillaba el espejismo de la guerra breve, de la guerra de pocos meses, tras la cual los italianos llegarían en medio de cantos, músicas y banderas desplegadas triunfalmente, hasta nosotros, que permanecíamos aquí expresamente para esperarlos. Lo terrible comenzó después.

La ilusión se había desvanecido; ahora se comprendía que la guerra era un hueso duro de roer

por años y años, y que la vida se hacía más áspera cada día. Arrestos, internaciones, miseria, comercio nulo, estrangulación desvergonzada, colas de horas para conseguir un puñado de harina rancia, ningún contacto con el mundo, las noches sin luz, con la amenaza del escopetazo a quien encendiera un fósforo... La ciudad se sumergía cada día más en aquellas tinieblas de muerte, prestando siempre oído al cañoneo de la Hermada, pero sin la sacudida de alegre esperanza de los primeros tiempos. Se comprendía la necesidad de esperar, quién sabe cuánto tiempo, y se pretendía buscar un reactivo que procurase fuerza para ello.

El reactivo fué la «Compañía Triestina», de Nazareno Spiriti, que, justamente, el año 1916, comenzó a dar sus representaciones en el Politeama. Aficionados todos, en conjunto, ninguno hubiera soñado, en tiempos normales, tomar en serio la tarea. Recuerdo que la primera noche que asistí — llevaba aún la divisa austriaca: me habían atrapado en la última leva, y procuraba «escurrirme», con indisposiciones que me causaban cien porquerías que engullía, a fin de simular una enfermedad del estómago — la primera vez me encogí de hombros, quizá, no bien dispuesto a causa de una mala digestión. Pero la gente poco a poco le fué tomando gusto. *No había más.* Esta era una razón poderosa. Después, con eso de hablar siempre y sólo de la guerra, girar y revolver constantemente el mismo argumento, era de temer que acabásemos todos verdaderamente indigestados. Y, en fin, el arte que aquellos modestos actores honraban modestamente, era siempre, en cualquier forma, algo italiano, un eco de nuestra vida pasada, un albor de lo porvenir que esperábamos! Los autores, los poetas, a los cuales se interpretaba, sin que la policía permitiese publicar los nombres en los carteles, eran ciertamente los autores y los poetas de la patria, de la que estábamos separados a la fuerza. Poco a poco, en medio del mezquino entretenimiento ofrecido a gentes que no sabían cómo matar el tiempo interminable por algunos pobres diablos, que intentaban, entre el hambre general, un modo de que pasara lo mejor posible el calendario, la «Compañía Triestina» llegaba a encarnar un símbolo, asumía un significado político

Esto lo presentíamos, ciertamente; un nuevo orgullo, una nueva dignidad, se entremezclaba en su pequeña vanidad de cómicos de ocasión; los elevaba frente al público y ante su propia conciencia; los estimulaba e impulsaba a una emulación de la cual se hubieran creído incapaces; infundía en ellos el deseo de superar las propias fuerzas en el arte, para merecer la extraña suerte, lisonjera y dolorosa, que hacía de ellos luces vivas, en medio de las inmensas tinieblas que lo rodeaban todo.

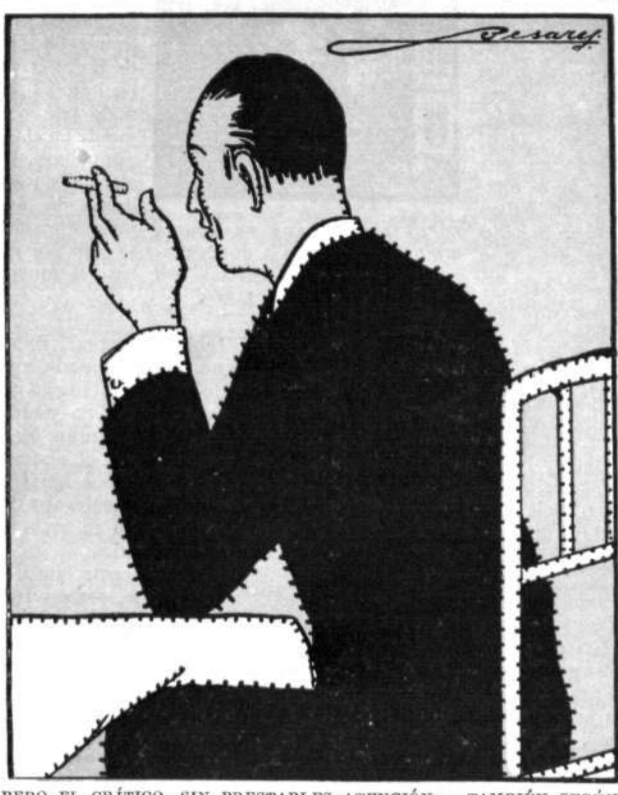
¿Tenían éxito?

¡Bah!, os digo la verdad, si al considerarlo ahora pudiera juzgar yo mismo. ¿Iban recitando ellos cada vez mejor, o era que nosotros nos acostumbrábamos a oír recitar mediocremente? Los casos pueden ser dos, según dice la canción.

El hecho real era que la inteligencia entre el público y los actores se hacía cada día más estrecha y completa.

El director era Nazareno Spiriti, un buen aficionado ya antes de la guerra, convertido en ídolo del público, con su nombre en grandes letras sobre el cartel, con multitud ruidosa en sus beneficios, con cartas apasionadas de bellas espectadoras, celos de maridos, dramas cotidianos entre bastidores. En torno al astro mayor se agrupaba una pléyade de otros aficionados, actorcitos jóvenes, actrices de diversa edad. Entre las actrices figuraba esta que habéis visto: Gina Sanzin, una ex dactilógrafa: veinticinco años, linda carita, bella vocecita, un poco de cultura, mucha ambición... El público también la amaba. ¡Bravo! Dos cosas son ciertas: una es que yo no he visto nunca eclecticismo semejante; la compañía interpretaba todos los géneros imaginarios, la tragedia y la *pochade*, la comedia dialectal y el drama burgués. He visto a la Sanzin, noche a noche, en *Gioconda* y *Dame de chez Maxim*, *Mia Fia* y *Fedora*, y así sucesivamente. La otra es que Gina era de una habilidad increíble en el vestir con los recursos que se tenían entonces, porque el público gustaba prodigarle obsequios en las veladas de honor: flores, brazaletes de oro y anillos, y aun algún salame o frasco de aceite de olivas comprado con colectas hechas entre los espectadores, a dos y tres coronas por cabeza, no faltaban. Pero nadie puede extraer sangre de un muro, y telas en Trieste, donde las damas elegantes se hacían vestidos con los forros de las capas viejas, y llevaban, en invierno, zapatos de tela blanca, por no andar sin ellos, no había de ningún modo. La Sanzin conseguía, sin embargo, vestirse para la escena y parecer linda con sus cuatro trapitos vueltos y revueltos de cien maneras. Era una cierta tela de raso violeta que descubrieron mis ojos malignos a través de diez metamorfosis inesperadas e ingeniosas: falda ornada de bandas rosa en *La Figlia di Jorio*, capa orlada de piel en *Infedele*, «écharpe» ondulante en *Salomé*, por fin, colcha en *Causa ed effetti*.

Le llamaban el vestido Sherlock-Holmes; y la ternura que, por encima de las observaciones burlescas, crecía cada vez más en nuestro corazón por la brava muchacha, capaz, en medio de tantas dificultades,



PERO EL CRÍTICO, SIN PRESTARLES ATENCIÓN — TAMBIÉN SEGÚN COSTUMBRE, — COMENZÓ A CONTAR:

de donar un poco de ilusión a nuestras almas, aniquiladas de dolor y de fatiga, aumentaba aún el fragor de las aclamaciones, siempre más entusiastas. Porque también debe pensarse que los años pasaban y una nueva generación crecía, surgida en la Trieste-prisión del tiempo de la guerra, generación que nunca había visto otros teatros ni otros espectáculos. A ella pertenecía mi sobrinita — la conocéis — Marucci Clascovich; quince años, fresca y punzante cual un capullo apenas abierto, insolentísima, pasta de cachetes y de besos, que alzaba los hombros cuando yo nombraba a la Duse y la Grammatica, a Benini y Ruggeri.

— Pero sí, sí, esa es gente pasada, cosa de tus tiempos, tío... yo encuentro que Nazareno y la Sanzin recitan muy bien.

Y como siempre estaba rodeada de un grupo y había decenas de niñas como ella, media platea parecía algunas noches la sucursal de un colegio, con el correspondiente agregado de festejantes imberbes que se creían en el deber de aplaudir hasta lastimarse las manos.

Recuerdo que en verano, actrices y espectadoras aprovechaban igualmente la moda para hacer economía de tela, tan útil entonces, luciendo escotes profundos y completa desnudez de brazos. Entonces yo tomaba mi desquite con Marucci, divirtiéndome hasta hacerla enojar:

— Pero ¿qué significan estos escotes? En mis tiempos — yo, a los 36 años era para Marucci, ciertamente, Matusalén — en mis tiempos, cuando una señora vestía un traje escotado, era algo digno de verse; pero ¿ahora? No ves que tú y la Sanzin y tus amigas y vuestras mamás sois todas igualmente flacas como espigas y estáis verdes como las coles que coméis mañana, tarde y noche?

En realidad, no se comía nada más. Por la noche, entre un acto y otro, después de haber hablado en voz baja del último arresto y de la última internación, después de haber hecho pasar en secreto, de un bolsillo a otro, aquel tesoro inverosímil que era un «Corriere della Sera» o un «Secolo» con fecha de un mes atrás, espectadores y espectadoras se hacían mutuas confidencias sobre la dirección de algún escondite en que había manteca a ciento cincuenta coronas el kilo, o se daban cita para la cola que debía hacerse al día siguiente a las 7 de la mañana, en la esperanza de obtener, quizá, un poco de leche... Luego se levantaba el telón; Nazareno recitaba el cuarto acto de la *Cena delle beffe*, Gina Sanzin, aparecía con su trozo de raso violeta, metamorfoseado una vez más en la vestidura medioeval de Ginebra, con su esbelta figurita, sonriente bajo los rubios cabellos, con la bella carita afilada por las privaciones; y nosotros, batiendo palmas a la obra maestra de Sem Benelli, teníamos la impresión de aplaudir a Italia en las barbas de la policía austriaca, recordando aquella representación de la *Gorgona*, que había sido la última gran demostración triestina en 1914, y volvíamos a encontrar, a través de los sufrimientos y las luchas, el ardor de entonces.

A la salida, volvíamos a emprender la vida. ¡Qué escalofrío en las noches de *bora* (1)—más frecuente por el arrasamiento de los bosques del Carso — al dejar el teatro tibio y luminoso como un gran faro, y encontrarnos casi en alta mar, en la ciudad negra, desierta y silenciosa, atravesada por ráfagas violentas, mientras buscábamos a tientas las calles, entre el silbido del viento y el paso cadencioso de las patrullas!

Otra noche, recuerdo, a principio de mayo. Era una noche divina, con gran luna blanquísima y manto de azul de plata sobre la ciudad, intenso perfume de lilas y todo el encanto voluptuoso de la naturaleza, indiferente a nuestro dolor. La multitud salía del Politeama, donde, justamente, la Sanzin había celebrado su beneficio; grupos compactos de espectadores se agolpaban alrededor del coche lleno de ramos de flores, al que la actriz subía, saludando y sonriendo.



EN LA PROFUNDA Y TRANQUILA NOCHE NAVEGABAN A OCHOCIENTOS METROS DE ALTURA DOS AEROPLANOS ITALIANOS.

De pronto, ¡pim!, ¡pum!, cañonazos, silbidos de sirenas.

En la profunda y tranquila noche navegaban a ochocientos metros de altura dos aeroplanos italianos. Naturalmente, no atacaban a Trieste; lanzaban sus bombas sobre los arsenales y la estación. Pero todos sabíamos que desde arriba no hay blancos que sirvan; era la muerte que volaba sobre nosotros, y cada cual se sentía en peligro. Sin embargo, todos se retiraban de mala gana a sus casas o se refugiaban en los portales, y mientras el fuego austriaco se intensificaba, una ansiedad muy distinta del miedo nos dominaba a todos: «¡Que no caigan, Dios bueno!, ¡que no los alcancen!» Ese ruego, en la expresión siempre un poco teatral de un rostro de actriz, se leía claramente también en los bellos ojos de la Sanzin, mientras de mala gana descendía del coche, con un ramo de flores en la mano. Me parece verla, bajo el pórtico del teatro, iluminada por la luna, mirando ansiosamente en el aire, sin cuidarse del propio peligro. Una vez más me pareció ella, la pequeña actriz, con las manos llenas de las flores que amaba, la personificación de Trieste, palpitante sólo por su bello ideal, sonriendo bajo la muerte...

¿Si tenía amantes? ¡Bah! Habían hablado de Nazareno, pero eso nada significaba. Se le habían atribuído tantos... Luego corrieron otros nombres, pero, en el fondo, no podría decir nada positivo. De haber tenido alguno, ése, de cierto, no pudo ser otro que Marazzi, el pequeño poeta. El también permaneció aquí por igual y contraria razón que la mía. Yo me consideraba demasiado viejo para la leva austriaca; él se creía demasiado joven. Los dos fuimos tomados.

Enviado al frente ruso, Marazzi consiguió, al cabo de un año, ser enviado de nuevo a Trieste. Era un bello muchacho rubio, inteligente, un poco afectado. Había padecido mucho en el frente, y era tratado como sospechoso, amenazado cada dos días con ser internado. Marucci y todas sus compañeritas estaban locas por él. Pero el poeta no tenía ojos sino para la Sanzin. Como los demás jovencitos, también soñaba en una gran actriz, la musa digna del genio que cada uno cree poseer a los 19 años. Empezó a rondarla; en seguida escribió para ella un discreto soneto, dedicado al beneficio de la artista;

(1) Viento norte.

después una «Oda a la luna», de «dannunzianismos» y alusiones políticas que la policía no adivinó al pronto, y que la Sanzin recitó ante un público delirante de entusiasmo. De parte de Marazzi, todavía bajo las armas, aquello era una grave imprudencia; pero, afortunadamente, el joven tenía un coronel checo amigo, el cual lo comprendió todo y fingió no comprender tampoco lo demás. Se salvó por milagro, con un mes de arresto y prohibición de publicar nada. Cuando salió, la Sanzin, que también había recibido de la policía una solemne reprimenda — no osaron internarla, porque ello habría significado una revolución, — la Sanzin, a los veintiséis años, cayó en los brazos del poeta de veinte, como una pera madura y rubia. Se hicieron inseparables; yo los llamaba la «pareja delincuente», y ellos se reían.

Luego vino Caporetto, el invierno horrendo, durante el cual el teatro salió adelante por milagro. En los entreactos, los espectadores se hablaban llorando. Sin embargo, no desesperábamos. Al contrario; habíamos aprendido también nosotros la canción del «Piave», llegada hasta aquí, sabe Dios cómo, a través de las trincheras. Los escolares, a la hora del recreo, la cantaban en voz baja: «No pase el extranjero». Marazzi escribía un drama para ser representado apenas vinieran los italianos, y la compañía, en secreto, estudiaba *Romanticismo*.

Y, finalmente, llegó el día en que pudo representarse. Quien no ha visto aquel primer espectáculo después de la redención, aquel teatro todo tricolor y todo gris-verde, lleno de liberados y libertadores que en medio de truenos de aplausos tendían los brazos hacia el palco escénico, Gina Sanzin envuelta en la bandera, de la que no surgía sino la carita delgada con los bellos y grandes ojos bañados en lágrimas; quien no ha visto aquello no puede imaginarse lo que fué tal velada...

Después...

Después, como sabéis, los italianos venidos de Milán, de Roma, vosotros mismos, prófugos, que regresabais de allá, todos empezaron a hablar de la «Compañía Triestina», con una simpatía diluída en compasión: «¡Bravos, bravos muchachos, llenos de patriotismo y buena voluntad! ¡Qué adorable aquella actriz! ¿Cómo se llama? Hace todo lo que puede...»

Y empezaron a venir las verdaderas compañías de prosa, las verdaderas actrices y verdaderos actores conocidos. Fué como una operación de cataratas. Vimos claro de un golpe, nos encontramos provincianos y ridículos, con nuestra admiración por una compañía de aficionados, por su eclecticismo mediocre, por su «mise en scène» remendada trabajosamente; fuimos, en suma, como se es casi siempre, ingratos y olvidadizos. El despego vino poco a poco. El público, que se agolpaba en los días tristes, disminuyó, escaseando mucho; la compañía sufrió el contragolpe de aquella frialdad, empeoró, se dispersó, vagando de acá para allá. Marucci, mi sobrina, descarada como una niña de la postguerra, me decía tranquilamente el otro día que ella había ido, sí, a las funciones de la «Compañía Triestina», pero ¡sin ningún entusiasmo!

La Sanzin recita ahora en un teatrito privado, en esa Sala Parnaso, llena del tufo de una curtiduría que hay debajo; de día trabaja nuevamente de dactilógrafa, y, como es inteligente, reúne sus seiscientas liras al mes y puede vestirse bien. Además, ha engrosado algo y se ha embellecido. Creo que acabará encontrando algún pequeño contrato, como Nazareno Spiritu, que trabaja para el cinematógrafo; pero, naturalmente, son cosas lentas, caminos que se recorren paso a paso, duros y ásperos para quien se había encontrado de improviso, por capricho del destino, colocado en alto, en una posición de sufrimiento y fatiga, sí, pero sostenido por una voluntad firme y aclamado por la admiración de una multitud enamorada.

Especialmente para la Sanzin hay algo aun más amargo. Para ella, la desilusión de arte se ha complicado con la desilusión de amor. Hace un momento, me hablaba precisamente de Marazzi, con los lindos ojos velados por las lágrimas, con el acento sibilante de Clotilde, en *Fernanda*. «Todo acabó entre nosotros. He aprendido a no fiarme de charlatanes sinvergüenzas...» No ha querido explicarse más, pero yo he comprendido en qué consiste la desvergüenza de Marazzi.

Parece que el poeta rubito, más ingrato que todos, tuvo el valor, hace tres meses, de presentar nada menos que a Irma Grammatica el manuscrito del drama compuesto para la Sanzin. Irma se lo rechazó, me olvidaba decirlo; pero el hecho llegó a conocimiento de Gina, y fué causa de la ruptura entre los jóvenes. Causa o pretexto, quizá. Tal vez aquella embriaguez que los había inflamado, locos de orgullo, de sufrimiento, de patriotismo, no podía durar fuera del ambiente excepcional que la había producido. El lazo entre el Poeta y la Musa, cadena hecha mitad de oro y mitad de similor, mitad de ardor italiano y mitad de vanidad ilusa, debía romperse fatalmente al primer choque con la realidad.

El hecho es que Marazzi ha partido para Florencia hace una semana y que la Sanzin se ha quedado sola, bajo el peso de su doble desilusión. ¡Buena muchacha! Le habría dado de todo corazón un beso, hace poco, si no hubiera sido por vosotros, inoportunos. Después de haberme hablado de Marazzi, ha agregado, con cierta tristeza, que la Sala Parnaso se halla, en verdad, algo a trasmano del público, que nosotros, los de la prensa, nos ocupábamos excesivamente poco de ella, y ha suspirado bajo su zorro blanco; pero, repentinamente, los ojos le han brillado como dos estrellas, y me ha dicho, como genuina triestina, en dialecto: «No importa por lo demás; no es nada; lo importante es que haya venido Italia, ¿no?» Y estoy cierto de que como lo dice lo siente.

Todavía una vez, la pequeña «Duse de la guerra» me parece un símbolo de Trieste, que soportó durante cuatro años su parte sublime y dolorosa, que se habituó a ser una de las capitales del sufrimiento europeo, pacientes y magníficas durante el huracán; y que ahora parecía sentenciada a descender de aquella altura heroica y volver a ser simplemente un emporio comercial, que trata sus negocios y se ocupa en su rico «hinterland». Sufre preocupaciones y desagrados, pero se consuela mirando el tricolor... No sé si iré esta noche a la Sala Parnaso. Creo que no. Ya estuve una vez. Me da tristeza; me parece ver decolorarse ante mis ojos lo que fué el escenario de una gran ilusión colectiva.

Sí, sí, sentimentalismo.

¿Qué queréis? Ya os lo he dicho: Vosotros, que no habéis estado en Trieste durante la guerra, no podéis comprender nada de nada.







EL REYEZUELO

TAMBIÉN le llaman *abadejo* y *régulo*. La primera de estas palabras es un diminutivo de abad y la segunda un diminutivo de rey. Reyezuelo y régulo significan, por lo tanto, lo mismo. Abadejo es al mismo tiempo uno de los nombres que el idioma español da al bacalao; pero en este caso tiene diferente etimología, según aseguran algunos autores, pues viene del escocés *bodach*.

El reyezuelo habita durante el invierno en los bosques de Alemania, Francia, España, Grecia e Italia. Es un lindo pajarito que no le lleva la contraria a nadie: siempre está diciendo *sí, sí*. Con este cantito, que él termina dando algunas notas agradables, el reyezuelo demuestra su alegría.

Pertenece este pájaro a la familia de los *sílvidos*, género *régulus*. Hay reyezuelos o abadejos *moñudos*, de *triple franja, tricolores*. Todos son muy graciosos por sus lindos vestidos, por sus vuelos rápidos y muy útiles a la agricultura por la encarnizada persecución que hacen de insectos dañinos. El reyezuelo vive en las ramas de los pinos y abetos. Llegan a Europa en los primeros días de otoño, estación que, como tú sabes, empieza para el hemisferio boreal en septiembre, cuando aquí en el hemisferio austral se inicia la primavera.

A propósito de primavera voy a decirte algo que ignoran casi todos los niños y muchos hombres. El día 21 de septiembre de este mismo año me dijo un alumno de quinto grado que la estación de las flores principia en dicha fecha. Yo le dije que no y él me dijo que así se lo había asegurado el maestro. El maestro no pudo nunca decir tal disparate, pues sabe que existe un fenómeno llamado *precesión de los equinoccios*. Pregúntale, lectorcito, que es eso de la precesión de los equinoccios.

Yo, sin tiempo para darte esa lección, te diré que las estaciones no principian en día y hora fija. La primavera de 1922, por ejemplo, comenzó el 23 de septiembre, a las 16 horas y 10 minutos.

Volviendo a nuestro pajarito te diré que es un animal bastante sociable. Reúnese con sus parientes y amigos para saltar de rama en rama, siempre inquieto y cantador. Durante estos saltos atrapa insectos nocivos, cacería que, como te aseguré líneas arriba, es de gran utilidad para los agricultores. Otros pájaros insectívoros cazan en verano; éste lo hace en otoño e invierno, época durante la cual los insectos son más raros.

Fabre, cuyo libro «Los auxiliares» te recomiendo, dice del reyezuelo: «Su nido es una bolita del tamaño del puño, abierta por arriba, artísticamente trabajada por fuera con musgo, lana y telarañas, y por dentro con el más suave plumón. Descansa de plano sobre alguna rama de abeto, a alturas inaccesibles. Los huevos, en número de seis a ocho, son de color uniforme de carne. Aunque de apariencia muy delicada, el reyezuelo soporta valerosamente el frío. A nuestro país (Francia) viene en bandadas pequeñas, hacia la época de las nieblas de otoño y de la caída de las hojas. Estas bandadas, en número de cinco o seis individuos a lo sumo, se esparcen por el bosque, por los paseos públicos y las huertas, para inspeccionar las grietas de las cortezas, registrar los montones de hojas muertas y visitar las yemas agarrándose al extremo de las ramitas más pequeñas».

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA

Página Infantil

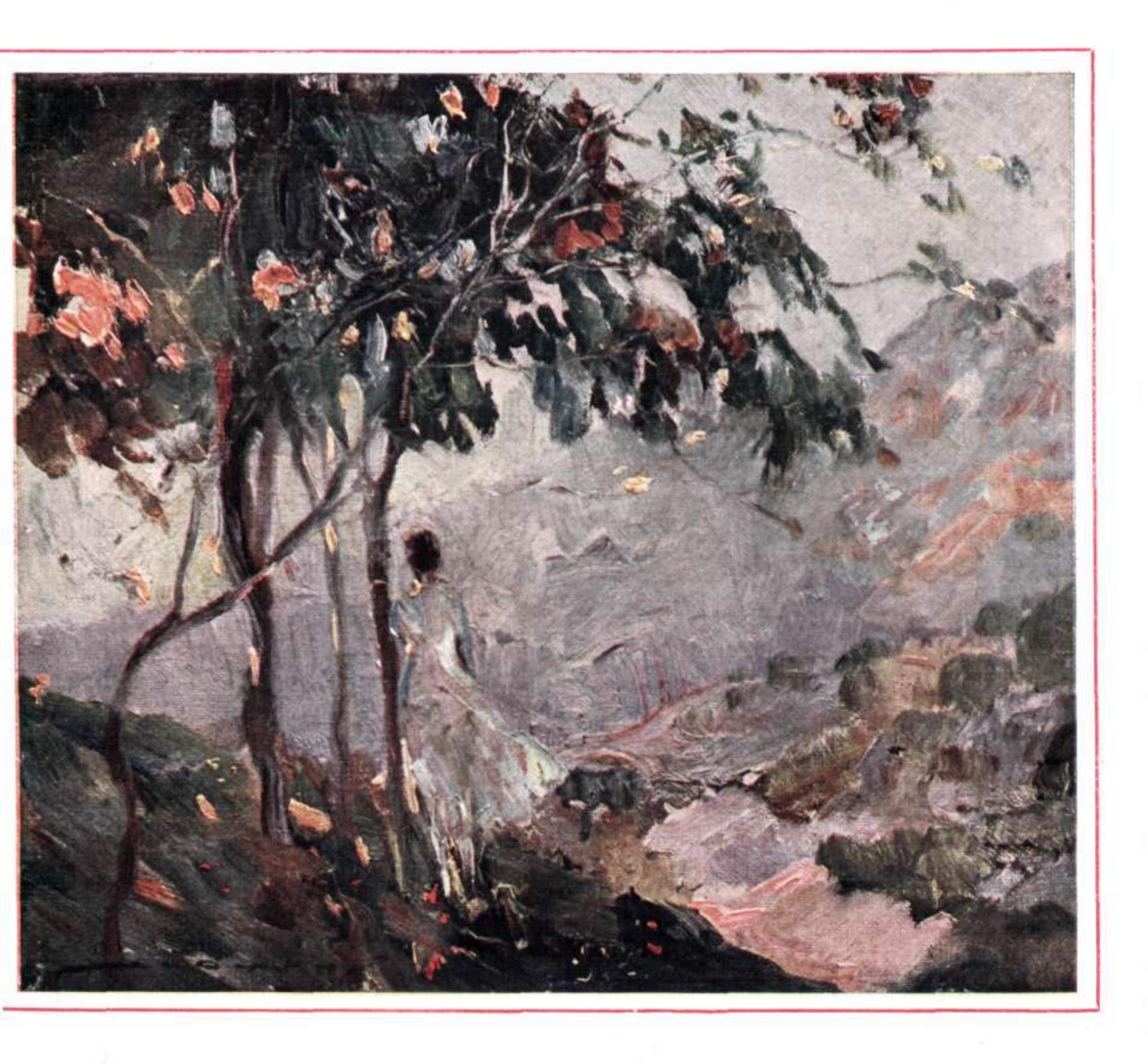
Esther y Martha Muñoz González



Chato M.



Barrientos Garzón



CÓRDOBA

MAÑANITA EN LA CUMBRE”

ÓLEO DE ALONSO

LAS REUNIONES PRIMAVERALES EN EL YACHT CLUB ARGENTINO



Conocidas señoritas siguiendo las incidencias originadas durante las regatas verificadas el día que se inauguró la temporada.



La señora Pacini de Alvear, acompañada de un grupo de damas, llegando al Yacht Club, en donde se celebraron las animadísimas regatas que fueron muy disputadas y que el primer magistrado presenció desde el yate Athair, propiedad de don Federico Leloir.



Un grupo de distinguidas señoritas invitadas a la brillante recepción ofrecida por el Yacht Club en honor del doctor Alvear y de su esposa doña Regina Pacini.



El Presidente de la República conversando con el ministro de Agricultura, doctor Le Bretón, al retirarse en el yate que lo condujo a la dársena Norte, acompañado por el ministro de Marina y los miembros de la comisión del prestigioso club.



Familias de la sociedad en los jardines del club, esperando la llegada del doctor Alvear.



El almirante Domecq García, comodoro del Yacht Club Argentino, y su familia, asistien- [illegible]



Grupo de espectadores celebrando, desde las hermosas terrazas, un final interesante.

LA MUJER EN LOS ALTOS PUESTOS PUBLICOS

LA SEÑORA LINA H. DE CASTRO

SECRETARIA PRIVADA DEL MINISTRO DE AGRICULTURA

A raíz de la designación de una mujer para ocupar el delicado puesto de secretaria particular del ministro de Agricultura, doctor Le Bretón, hubo un ligero movimiento de extrañeza en cierta parte de la opinión pública.

Tal nombramiento pareció desusado para el concepto de algunas personas, que no le encontraron precedentes; pero he aquí algunos datos que explicarán tal designación.

La flamante secretaria del doctor Le Bretón es la señora Lina H. de Castro, nacida en Alemania y educada en nuestro país desde muy niña, donde contrajo matrimonio con un argentino y donde reside con sus hijos.

Su ilustración abarca el conocimiento de los idiomas inglés, francés, español y alemán, que habla y traduce correctamente. Además, se ha dedicado al cultivo de granjas, poseyendo una en San Vicente, provincia de Buenos Aires, denominada «La Soledad».

Hace cosa de 5 años dió a la publicidad un interesante trabajo muy documentado y de índole agrícola, titulado «Manual del Futuro Granjero», que desde luego llamó la atención, entre otros peritos, de los agrónomos de la Exposición General de Córdoba.

Su preparación en estas materias es muy grande, lo mismo que su experiencia, adquirida prácticamente; y en las pocas semanas que lleva desempeñando sus funciones de secretaria se ha captado el respeto y la consideración de todos los funcionarios y técnicos del Ministerio de Agricultura, que la reconocen como modelo de mujer inteligente y laboriosa, digna por todos conceptos de servir de ejemplo.



Las labores más rudas no han sido nunca desdeñadas por la activísima secretaria del doctor Le Bretón; y así se la ve en la fotografía segando en su chacra ayudada por su hijo.

La señora de Castro al terminar de ordeñar su vaca favorita.

LA CONFERENCIA DE LAUSANA

Nota gráfica de las delegaciones que actúan en la trascendental reunión



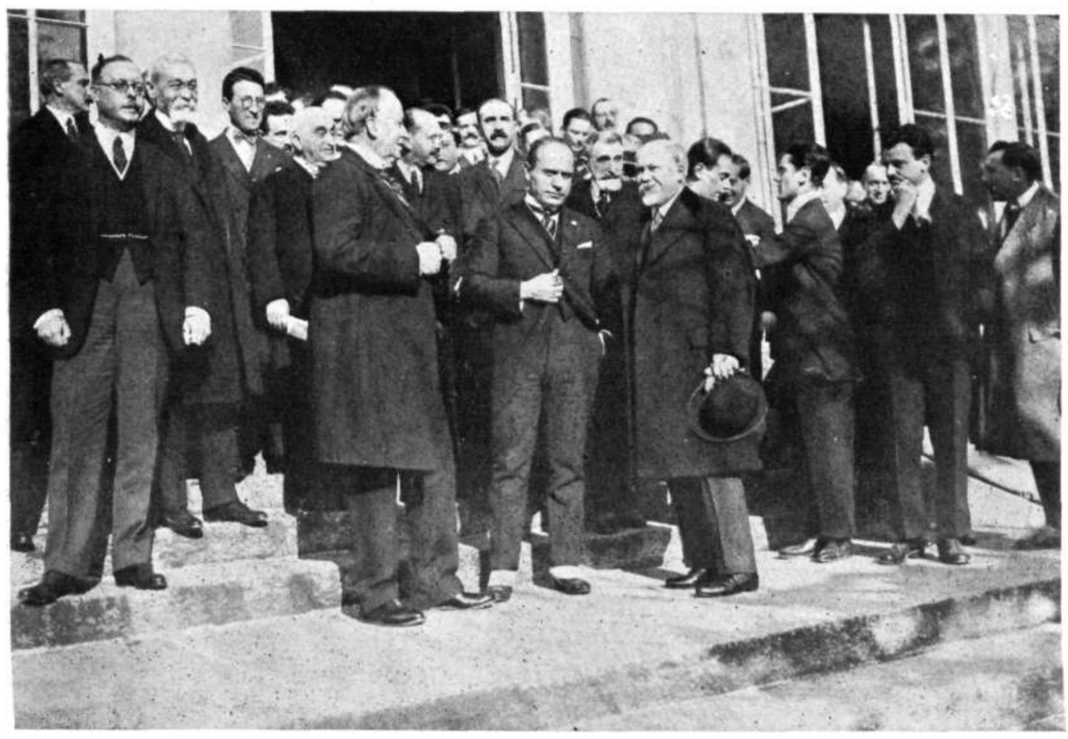
El embajador griego, señor Venizelos, acompañado de sus secretarios.



Los altos miembros de la comisión francesa, Mrs. Barrere y Bompard.



El embajador de Turquía, Ismed Bajá, y sus consejeros, después de la sesión inaugural.



Los embajadores de las potencias que toman parte en la Conferencia fotografiados en la escalinata del Hotel Beaurivage. En el centro se hallan el presidente del consejo de ministros de Italia, señor Mussolini; el presidente del gabinete francés, M. Poincaré, y el ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, lord Curzon.



Mr. Ishi, jefe de la delegación japonesa, y su secretario.



Lord Curzon, jefe de la delegación de la Gran Bretaña.



El barón Avezzana, embajador de Italia en Londres.



El almirante Lacaze y el general Weygand, de la delegación francesa.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL

Un aspecto del "banquete" con que la Municipalidad obsequió a un numeroso grupo de niños pertenecientes a la Colonia de Vacaciones para niños débiles que acaba de inaugurarse al aire libre en el parque de Avellaneda.

Las colonias para niños débiles

Inauguración de las vacaciones al aire libre

FOTOS DE ARROYO.

Digna por todos conceptos ha sido la iniciativa, ahora realizada, de la Colonia de Vacaciones para niños débiles que se inauguró nuevamente bajo el patrocinio de la Municipalidad.

Pasan ya del millar los niños inscriptos, lo que demuestra elocuentemente la necesidad que se sentía de un establecimiento de tal índole, protector de la infancia desvalida por medio de alimentos sanos, ejercicio al aire libre y distracciones durante un tiempo.

Tan humanitaria Colonia bien puede, desde luego, constituir un hermoso ejemplo que sin duda será imitado para beneficio de la numerosa clase de niños enfermitos, cuyo estado de anemia constituye una seria amenaza para las inmediatas generaciones.

Merecen, pues, los más sinceros plácemes tanto el intendente, doctor Noel, como cuantos le secundaron en tan noble tarea. Es de desear que el ejemplo cunda y que se multipliquen por todo el país estos filantrópicos establecimientos, de los cuales depende en tan alto grado la salud y la energía de los que nos sucederán en el progreso y cultura de las sociedades venideras.



Después del almuerzo, los "pibes" marchan en ordenado desfile para hacer la digestión, respirando oxígeno bajo los árboles y mirando con ingenua curiosidad cuando el fotógrafo los enfoca.



Niñas... Igual que los varoncitos, hacen su ejercicio, ya satisfechas, y saben sonreír a todos con esa sonrisa un poco débil que la sangre pobre permite... Seamos optimistas y esperemos que el milagro de la juventud resucite su lozanía.



Aquí están todos los asistentes... tropa menuda y pacífica, dóciles reclutas que merecen toda nuestra atención y todo nuestro afecto; como que son nuestros sucesores en la sociedad.



Los pequeños excursionistas, en plan de recreo, vuelven en tranvía a sus hogares.



Gimnasia al aire libre. Muy bien para todos, algunos de los cuales, como advertirá el curioso, saben ya encaramarse y adoptar posturas casi casi de circo.

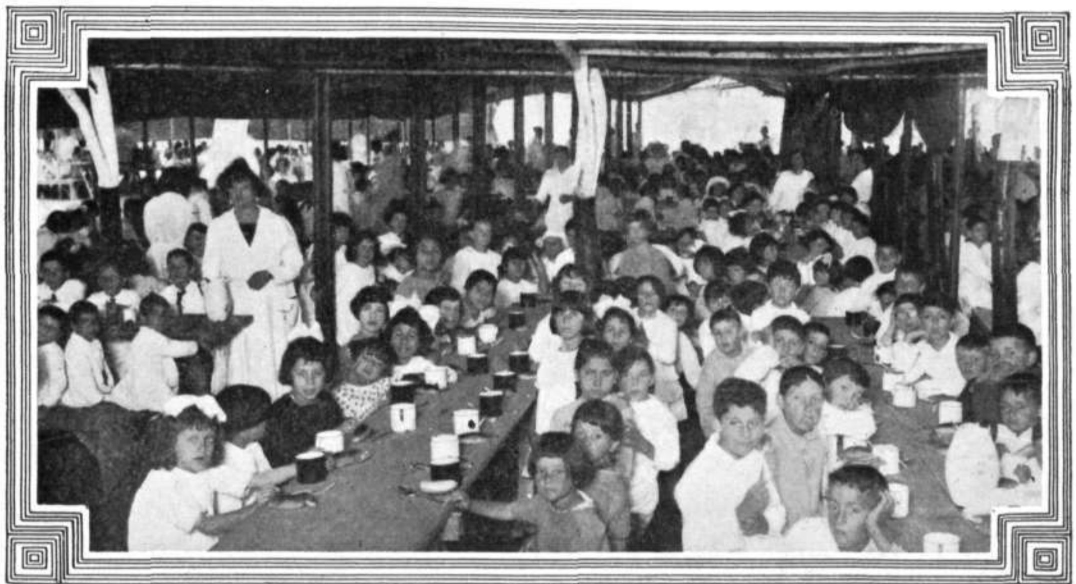


Un ligero aseo nunca está de más, sobre todo tratándose de niños que se han divertido.

¿Pide más el pibe? No, no; no pide más. Es que se lo dan de buena gana, porque él no se propasaría...



El señor Thamier, director general de Paseos, prueba y paladea la comida servida a los niños.



Sencillo y rústico aspecto, tanto por los simpáticos comensales como por las viandas, la vajilla y las mesas, sin olvidar lo fresco y pintoresco de la techumbre... Mirémoslos. Todos muéstranse contentos y sin duda particularmente agradecidos a las simpáticas celadoras que de ellos cuidan, [illegible] atendieron en dicho festival.

PARTIDO INTERNACIONAL DE FOOTBALL

Uruguayos y argentinos disputaron la Copa Newton



Tesorieri, en un momento de verdadero apremio a su valla, se arroja a los pies de los jugadores uruguayos para arrebatarles la pelota.



El guardavalla uruguayo luciéndose ante un potente "shot" de Badalini en uno en uno de los ataques llevados por los delanteros argentinos.

Un momento de intensa expectativa ante el arco de los uruguayos. Los hombres de la defensa empeñados en alejar el peligro, mientras el "goal-keeper" es substituído al verse obligado a abandonar el "goal".



Un ataque uruguayo frustrado por la defensa argentina, que rayó a gran altura en el partido jugado en el "field" del Club Sportivo Barracas.



Tesorieri "shoteando" la pelota para rechazar un avance de Scarone, en el segundo tiempo del match, cuyo resultado fué de 2 goals por cada bando.

DON PABLO DELLA COSTA



Una vez más tenemos que lamentar la desaparición de un colega que era un amigo. Para muchas gentes que no miran sino la superficie de las cosas es poco menos que axiomática la imposibilidad de un afecto sincero entre hombres del mismo oficio o profesión. Si esas gentes conocieran la vida íntima de un periódico como el nuestro, si pudieran apreciar cómo el logro del propósito común no solamente aúna las voluntades sino crea e intensifica diariamente los afectos, comprenderían que la muerte de don Pablo della Costa haya sido para nosotros tan singularmente penosa. Don Pablo della Costa, que había encontrado en CARAS Y CARETAS el campo último de sus actividades periodísticas y literarias, era un hombre de tanto talento como bondad. Desde muy joven se sintió atraído por esa Circe seductora y peligrosa que es la prensa, y hasta su muerte militó en el ejército del periodismo. Poseía las condiciones indispensables para el triunfo: laboriosidad, preparación, sinceridad, y triunfó. No fué la pluma, para él, arma accidental, tomada para el logro de fines transitorios: las letras fueron la verdadera vocación suya, y si, por una u otra causa, hubo de dar otro empleo a su actividad, fueron siempre las letras el deleite de su espíritu y la mira de sus aspiraciones más íntimas. Lector infatigable, su ilustración era vastísima, y aun en el aparentemente más insignificante de sus artículos, el ojo avizor del entendido descubría sin esfuerzo el cemento de una gran cultura. Su ingenio era muy fino, y había sacado de la vida una ironía amable, que ponía en sus escritos literarios un sabor particularmente agradable que se armonizaba muy bien con el calor humano que los animaba. En nuestro mundo intelectual la personalidad de don Pablo della Costa se destacaba, así, con caracteres propios, simpáticamente acentuados por las cualidades morales que le distinguían y que le hacían tan singularmente querido y respetado.

SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS DEL TRANVIA ANGLO ARGENTINO

INAUGURACION DEL CONSULTORIO CENTRAL



Galería del edificio de los nuevos consultorios mutualistas de la Compañía Anglo Argentina, institución que se inauguró con una lucida ceremonia.



Fachada del magnífico instituto, situado en Avenida La Plata y Rosario, cuya creación constituye un verdadero esfuerzo de la sociedad mutualista que funciona dentro de la empresa.

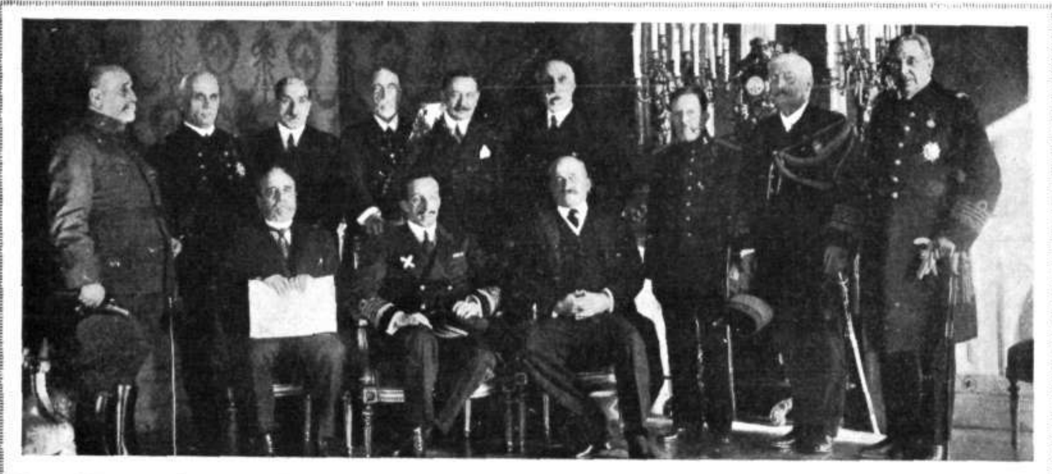


Un aspecto interior que deja apreciar un sector del amplio jardín, perfectamente acondicionado para recreo y restablecimiento de los convalecientes.

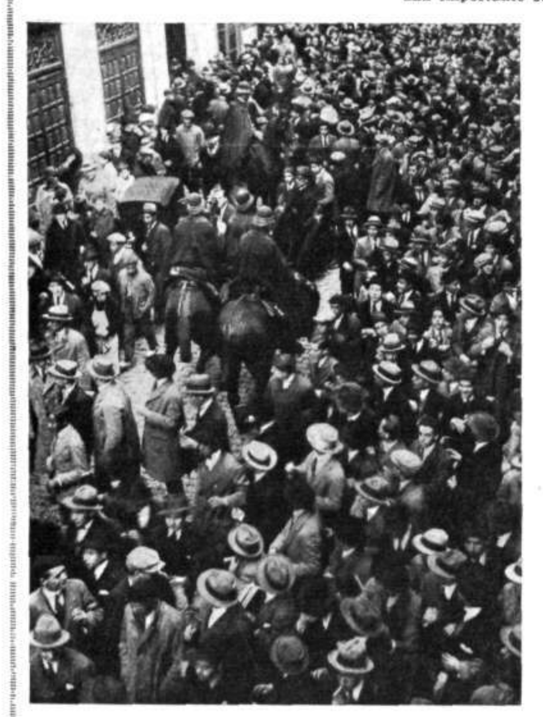


Al significativo acto de la inauguración concurrieron el doctor Alvear, el ministro de Guerra, coronel Justo, y el intendente, doctor Noel, que fueron atendidos por el ingeniero don José Pedriali, administrador de la compañía, el señor Cooper, subgerente, el secretario don José Murray, habiendo también asistido los señores Carlos Mohr, Samuel Hale Pearson, Charles Sanford, Hugo Wilson y otras distinguidas personalidades.

FOTOS DE ABRINES Y VARGAS.



El rey Alfonso con los señores Sánchez Guerra, conde de Romanones, Maura, marqués de Alhucemas, Allendesalazar, Sánchez de Toca y general Weyler, ilustres personalidades que forman la Junta Nacional de Defensa del Reino, después de celebrar una importante sesión bajo su presidencia.



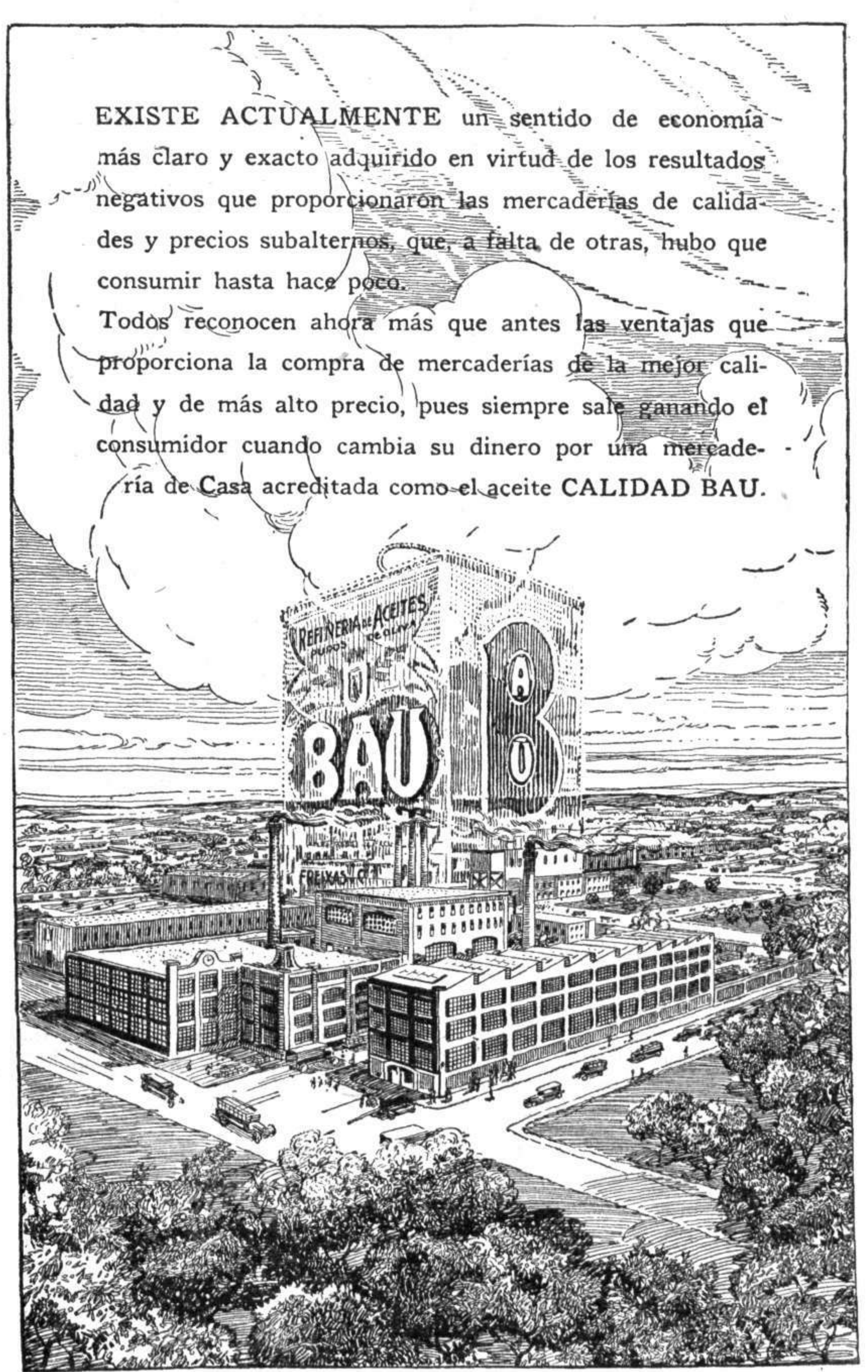
Fuerzas de policía disolviendo a la multitud frente al domicilio del teniente coronel Millán Astray, el popular ex jefe de los Legionarios en Marruecos.



Millán Astray, desde el balcón de su casa, dirigiendo la palabra a los numerosos manifestantes simpatizadores de su actitud contra las Juntas Militares.



Una escena de la leyenda criolla "El último gaucho", representada en el teatro de la Zarzuela por la compañía argentina Muiño-Alippi, que alcanzó un amplio éxito. "La Borrachera del Tango" y "Cuidado con los ladrones" fueron otros dos triunfos que público y crítica alabaron vivamente, ponderando por igual la presentación, la interpretación y las obras.


EXISTE ACTUALMENTE un sentido de economía más claro y exacto adquirido en virtud de los resultados negativos que proporcionaron las mercaderías de calidades y precios subalternos, que, a falta de otras, hubo que consumir hasta hace poco.
Todos reconocen ahora más que antes las ventajas que proporciona la compra de mercaderías de la mejor calidad y de más alto precio, pues siempre sale ganando el consumidor cuando cambia su dinero por una mercadería de Casa acreditada como el aceite CALIDAD BAU.
REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
BAU



27 de diciembre de 1813

EL PROCESO DE BELGRANO

Para ilustrar este hecho histórico, de tanta importancia para esclarecer sucesos lamentables, publicamos a continuación el decreto ordenando la sumaria, y la declaración de uno de los testigos:

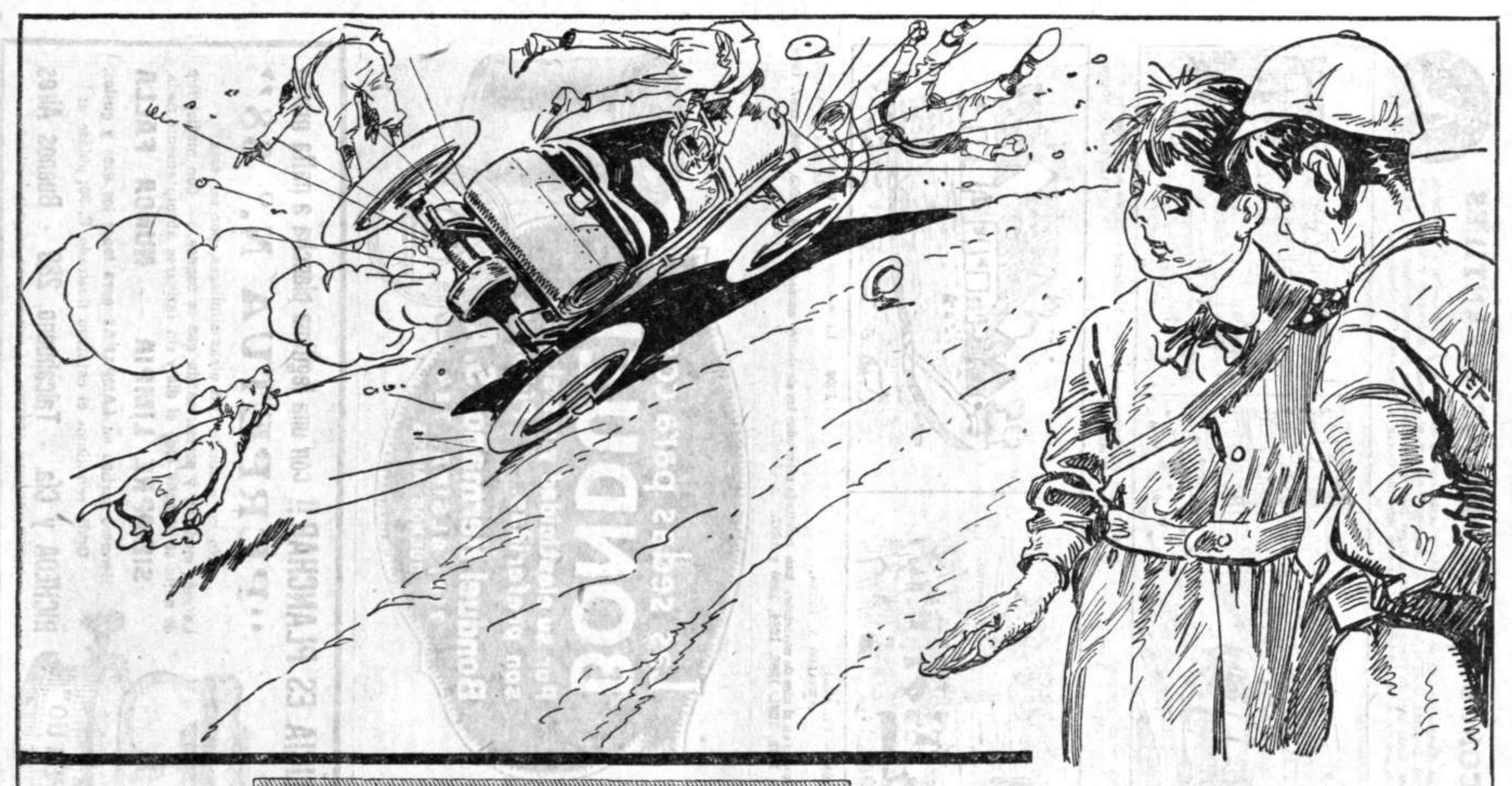
«Año de 1814. *Sumaria actuada para esclarecer qué causas influyeron en el mal resultado de las acciones de Vilcapugio y Ayohuma.* Fué formado por la comisión directiva encargada del arreglo del Alto Perú, y nombrada en el año anterior con acuerdo de la asamblea: la componían Ugarteche, Jonte y Justo José Núñez, secretario. El gobierno lo componían, al mandar formar el proceso, Juan Larrea, Gervasio Posadas, Nicolás Peña y el secretario Manuel Moreno. El tenor del decreto es como sigue, copiado del original.

«Siendo sumamente importante el averiguar los motivos de las desgracias sucedidas al ejército destinado a las provincias interiores, en sus dos últimas acciones al mando del general Belgrano, ha venido el gobierno en dar a V. S. la comisión bastante, como se confiere por la presente orden, para que sin pérdida de tiempo proceda a realizar la averiguación competente sobre las referidas desgracias, analizando por todos los medios la conducta de los jefes que dirigieron las referidas acciones, qué disposiciones tomaron para conseguir su buen éxito, con qué probabilidad la emprendieron, cuál fué su conducta, y qué causas hayan influído en su mal resultado, dando cuenta V. S. inmediatamente de todo. Buenos Aires, diciembre 27 de 1813. *Juan Larrea, Gervasio Posadas, Nicolás R. Peña, Manuel Moreno*, secretario. A la comisión destinada a las provincias interiores.»

Análisis de la sumaria. — La comisión empieza a actuar en Tucumán en 12 de enero de 1814, pidiendo informe a Díaz Vélez y Perdriel, y ordenando se tomen declaraciones a los oficiales que se hallan presentes.

A f. 1 vuelta empieza la declaración del capitán *don José María Lorenzo.* A f. 2 «que las disposiciones «que vió tomar en Potosí hasta la salida de las tropas, «fueron la de un continuado ejercicio militar por ma«ñana y tarde; la de salir las divisiones en orden, «habiéndolo ejecutado la primera el 5 de septiembre, «y sucesivamente las demás con intermedio de dos o «tres días, hasta el lugar que llaman Lagunillas, donde «se reunió, y de allí marchó a la pampa de Vilcapugio. (A «f. 2 vuelta). Que la fuerza efectiva era según su «cálculo de 3.500 hombres de las tres armas, en con«secuencia de la escandalosa deserción de cerca de «800 hombres (?) que tuvieron en Potosí, antes de «la salida del ejército. Que sólo 2.000 era tropa vieja «con que se podía contar, y los otros 1.500 reclutas «que a pesar de ser bien instruídos, no se habían ha«llado en acción alguna. Que la infantería y artillería «estaba muy bien dotada en armamento y municio«nes; pero que la caballería estaba muy mal mon«tada, por cuyo motivo no pudo operar como debía». A f. 3 preguntado sobre la opinión del ejército, dijo: «Que era la mayor confianza en la victoria». A f. 4 «que la señal de alarma era un cañonazo en la tienda «del general». El 1.° de octubre, de 5 ½ a 6, se hizo la señal, replegándose las avanzadas, que habían sido reforzadas durante la noche, y el enemigo bajaba en desfilada. A f. 4 se dice: «Sólo quedó el cuerpo de «reserva compuesto del número 1.°, *a veinticinco pasos «de distancia*, a retaguardia del número 8». «Rompió «el fuego la artillería con sus granadas, ocho no re«ventaron». A f. 4 vuelta: «En este estado (envuelta «el ala izquierda) se mandó desplegar el cuerpo de «reserva, y estando a la carga con los enemigos trató «de refugiarse a él el número 8, y como le faltasen los «jefes, se mantuvieron en un pelotón desordenado «delante de la línea del de reserva, y por mucho que «se quiso oblicuar a la izquierda, sólo pudo ejecutarle «la sección que mandaba el que declara, que cargando «a la bayoneta, al poco tuvo que desistir de ello, pues «los enemigos cargaban por ver la dispersión del 9». A f. 5. «En esta situación se observó una llamada «general de los demás cuerpos del costado derecho, «y trataron de replegarse hacia ellos, que ya se halla«ban en el cerro la mayor parte». A f. 5 vuelta, que se replegó al cerro de la derecha, donde encontró al general con alguna tropa y oficiales de varios cuerpos, que serían como 300 hombres, con la cual cargaron tres veces a paso de ataque, para volver a recuperar el campo de batalla; pero estaba fatigada la tropa y muerta de sed. Que estuvieron hasta las tres de la tarde, en que emprendieron retirada a Macha, y en el camino encontraron varios grupos. A f. 6 vuelta, que en Macha se reunirían como 800 a 1.000 veteranos de Chuquisaca (mandados por Ortiz Ocampo), que vinieron con caballos y municiones y seis piezas de a uno. De Potosí vino Díaz Vélez con los otros veteranos; Del Valle 200 reclutas, y Zelaya con los cochabambinos. A f. 7, la tropa bien mantenida de víveres, y se le dió una buena cuenta, *la artillería era de lo más malo*, por pequeña y por su mal estado; la caballería, por el contrario, lo mejor que se había visto. A f. 7 vuelta, calcula que la pérdida del enemigo fué de 900 entre muertos y heridos (lo que es exagerado). A f. 8, que se avanzó a Ayohuma para impedir que lo tomase el enemigo. A f. 8, empieza lo relativo a Ayohuma: el 14 por la mañana se avistó el enemigo a distancia de 6 a 7 cuadras *al frente*, luego formó su línea al *flanco derecho de los patriotas* — que tomó la *altura de ese costado*, y rompió el fuego por espacio de *una hora* sin que pudiese ser ofendido «por el inferior calibre de nuestra artillería». A f. 8 vuelta, que la línea patriota avanzó en algún desorden a causa del terreno, con zanjas y escalinatas. El ala izquierda patriota, compuesta del 1.° y 5.° arrolló al enemigo y tomó su artillería; todo lo demás fué derrotado por la tropa de los cerros, y por la metralla enemiga que operaba. A f. 8 vuelta, que bajaron y cortaron nuestra línea que se puso en fuga. A f. 9 vuelta, que a la señal de la bandera del general (pronunciada ya la derrota) se le reunieron como 500 hombres con armas, con los que llegó a Potosí. A f. 9, que la intención de Belgrano era sostenerse en Potosí. Según él, la causa de la pérdida de Vilcapugio, fué no haber sido apoyada la izquierda, y haberse tocado llamada, cuyo origen no se sabe; y en la de Ayohuma, la superioridad de la artillería enemiga, la altura ventajosa que ocuparon, no haberse aprovechado el momento en que desfilaba su ejército para operar, y el mal terreno que impidió obrar a la caballería, además de no ocupar las alturas que eran la llave del campo.»





NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

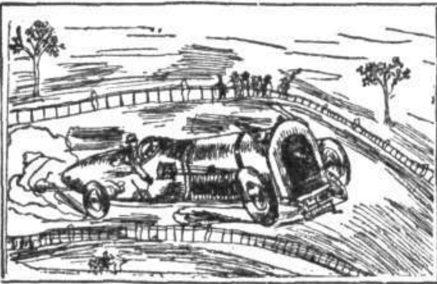
— ¡Me da una rabia bárbara, me da...!
— ¿Por qué?
— ¡Porqué yo iba a salir de paseo con esos amigos en el automóvil y papá no me dejó! ¡Figurate lo que me hubiera divertido.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1305 — Una curva en el camino.
CARLITOS J. THEULÉ.

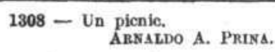


1306 — En el almacén.
WLADIMIRO RIBOLINI.

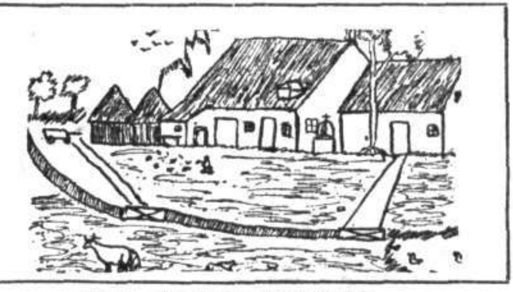


1307 — Vendiendo diarios en el tranvía.
CARMELO TOSCANO.





1308 — Un picnic.
ARNALDO A. PRINA.



1309 — La estancia de mi abuelita.
GERMÁN DE WITTE.

De los dibujos publicados en el mes de noviembre han resultado premiados los siguientes números: 1264, 1265, 1266, 1267, 1268, 1269, 1272, 1274, 1275, 1278, 1281, 1282, 1284, 1285 y 1287.


Valiosos regalos
para las consumidoras del
Polvo Graseoso LEICHNER
Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el Polvo Graseoso Leichner, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo, que consiste en lo siguiente:
A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el Polvo Graseoso Leichner, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.
El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.
Para optar a los obsequios es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de Polvo Graseoso Leichner, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.
Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.
No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de Febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esa fecha.
REGALOS A ADJUDICARSE:
1.º— 1 regalo de $ m/n 1.000.— en cédulas del Banco Hip. Nacional
2.º— 2 regalos " " " 500.— c/u. " " " " " "
3.º— 4 " " " " 250.— " " " " " " "
4.º— 10 " " " " 100.— " " " " " " "
5.º— 40 " " " " 25.— " " " " " " "
6.º— 500 " " " " 3.50 " " caj. de Pol. "Si tu voulais...!"
7.º— 1.500 " " " " 1.50 " " caj. de Pol. Graseoso Leichner
Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.

EL VESTIDO NUEVO

Por ADELIA DI CARLO



AQUELLA noche Lita se acostó vestida sobre su camita. Experimentaba un malestar que alejaba el sueño. Un sentimiento, mezcla de amargura y de rebelión, atenaceaba su corazoncito. Ella no era envidiosa, ni quería mal a nadie, y era muy chiquita aún para sustentar teorías demoledoras, pero frente a su amiga Isidora, que luciría al día siguiente, en la festividad del Año Nuevo, un primoroso vestido de gasa azul con florcitas rococó, mientras que ella no poseía más que uno solo de percal a cuadros, que estaba llamado a eternizarse, adquiría una vaga idea de lo que es la desigualdad y la injusticia.

Aquel suceso, para Lita extraordinario, la inquietaba, privándola del sueño tranquilo y profundo hasta entonces en su existencia solitaria y feliz.

Comenzaba a reinar en la casita el silencio; por la ventana abierta del humilde y pequeño cuarto de Lita penetraba un airecillo agradable que acariciaba a la niña suave y casi imperceptiblemente. Aunque se tengan pocos años una preocupación quita siempre el sueño, pero al fin la naturaleza triunfa y cierra lentamente los ojitos rebeldes.

Los latidos de su corazón fuéronse calmando poco a poco e inconscientemente sus pensamientos tornábanse hermosos, devolviendo una dulce tranquilidad al alma sencilla de la niña.

Nada turbaba ya la profunda quietud en aquella soledad que para Lita estaba llena de vida. Su imaginación íbase poblando de fantasías encantadoras: princesas, hadas, séquitos reales, ágiles corceles y genios alados cruzaban por el bosque, produciéndole un gran regocijo.

Estos sueños rosa y oro de indescriptible encanto llenaban de alegría el espíritu inocente y candoroso de Lita. El sentimiento de la Divinidad, la idea de lo sobrenatural, iban adquiriendo sobre ella su predominio pleno.

Al final de aquel bellísimo cortejo, Lita vió una blanca paloma mensajera de paz que volaba en torno a su casita.

Cuando ella corría a anunciar a su mamá la llegada de aquella ave simbólica vió que una dama de noble aspecto abría despacito la puerta de su alcoba y penetraba en ella llevando un paquete en las manos. Al retirarse la señora corrió Lita con gran ansiedad a su habitación para saber lo que contenía el paquete que allí le dejara.

Su sorpresa no tuvo límites: eran gasas rosas, blancas, azules, verdes, en cantidad tal que podían confeccionarse muchos vestidos!

. . . .



Con los albores del día aquellas visiones piadosas se esfumaron. Pero en el alma infantil los sueños rosados habían hecho florecer la Alegría y, cariñosa y buena, la mano de la madre había dejado sobre una silla un vestido azul, que no era de gasa sino de ligera y vaporosa sedalina, y que estaba hecho por unos dedos que saben del Amor más sublime! Por obra de esa Bondad pudo tener Lita, en el amanecer de otro año, su vestido nuevo!

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E.; Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.º piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Perelch, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.









Hace que todos se ¡Detengan! ¡Vean! ¡Escuchen!

El sonido majestuoso de la Bocina Stewart es conocido en todas partes.
Se oye en las montañas y campos; en los bosques, en las riberas de los ríos y lagos, en los boulevares y en las ciudades, donde hace que las multitudes se DETENGAN, VEAN y ESCUCHEN.
Ninguna otra es mejor y todas cuestan más.

En la Bocina STEWART todas las piezas van remachadas o aseguradas con pernos, lo que les da una larga duración, sin importar la cantidad de trabajo a que se sometan. No tiene partes soldadas que se aflojen con la vibración.

Los engranajes de esta Bocina STEWART no son piezas estampadas ligeras y frágiles, sino son engranajes cortados y de cara ancha, de superficie endurecida. Cada engranaje va puesto en un árbol, cuyos extremos corren en cojinetes de acero endurecido, todo lo cual significa mayor facilidad de operación.

Una presión completa del émbolo produce 192 impulsos de sonido distintos en el gran diafragma, con el resultado de rendir una nota de aviso maravillosamente efectiva, de tono lleno, voluminoso, positivo, profundo y penetrante que sobrepasa a cualquier otra cosa que se haya puesto en el mercado. La presión más ligera sobre el émbolo hecha con la mano, el brazo, el codo o el dedo, produce un aviso rotundo que «hace que la gente preste atención».

La Bocina STEWART tiene una abrazadera doble de soporte. Sea cual fuere la presión que se ponga sobre el émbolo, la abrazadera no sufre ni se debilita.

La abrazadera STEWART se hace también con un eslabón giratorio, asegurándose una parte a la barra del automóvil y siguiendo su figura, en tanto que la parte que retiene la bocina gira sobre esta barra de apoyo y puede ajustarse de modo que la bocina siempre quede señalando al frente, directamente por delante del automóvil.

La STEWART constituye la señal de aviso segura mejor que cualquiera otra bocina que se haya llegado a fabricar, y con todo, es la primera que se ha ofrecido a precio popular.

Hace que la gente preste atención.

MODELO DE MOTOCICLETA

Tiene un proyector más corto y abrazaderas especiales.

Wm. COOPER & NEPHEWS Ltd.

MAIPU, 87 - BUENOS AIRES **URUGUAY, 820 - MONTEVIDEO**

HAY SIEMPRE UN SURTIDO COMPLETO DE PIEZAS DE REPUESTO

CADA BOCINA "STEWART" LEGITIMA LLEVA NUESTRA GARANTIA ESCRITA

De venta en todas las principales casas de Automóviles y Accesorios, así como en los garages.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 89

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.º 88 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Aragonez, Lázaro.
Arcos, J. J. de.
Agulla, Miguel A.
Andino, Estela H.
Amorortu, Alicia.
Bustos, César A.
Bianchi, Meyer B.
Baratti, Isabelita.
Blinkhorn, Wilson S
Bunge, Clotilde.
Bottiroli, Ernesto.
Campiantico, Q.
Casario, Eduardo.
Cardeñosa, Elena.
Canesa, Aurora.
Carrasco, C. Martín.
Cequeira, Ramona.
Calcagno, Domingo F.
Cascales, M.
Cervetto, José.
David, Melamia.
Depetris, José A.
Del Gizzo, N.
De Simone, María T.
Dotti, Andrés R.
Frachetti, Aníbal.
Flores, Alejandro.
Figallo, Luis J.
Fosa Carbalho, M. de las M.
Guevara, José.
Ghio, Emilia.
Galbiati, Jorge.
Gavalio, Carlos J.
Gómez, Leonor A.
Gaitán, Justo.
Girona, Luis.
Godino, Alberto.
Gainza, Juan F.
Gil, Leticia.
Giménez Pintos, J. R.
García (hijo), A.
Gazzera, Crede.
Goñi, Bonifacio.
Haurie, M. L.
Hernández, Juan.
Hernández, Jorgelina.
Iglesias, Angel.
Ibarola, María L.
Junqueros, Isidro H.
Lier, Alvaro.
López, Héctor R.
López Duhalde, M. C
Lértora, María A.
Morales, Julio.
Martínez, Alicio.
Moretti, Luisa C.
Marrone, Nélida.
Mariategui, Alberto.
Miñola, Clotilde.
Mariñas, Roberto L.
Mazzoni, Vezer.
Moreno, Florentino.
Martín, Martín.
Nieto, Ezequiel.
Noceti, Alba E.
Olivella, María E.
Ortega, Sixto.
Piccardo, Emma C.
Peláez, Bernardo.
Pastor, Reynaldo H.
Patiño, Ximter F.
Picoli, Dora.
Pietroni, Bruno.
Prato, María M.
Plantón, Eduardo E.
Perroud, Adolfo.
Roca Costa, M. J.
Rocha, Rodolfo.
Rivero Maciel, F. C.
Rutili, Aida.
Sanucci, Omar.
Sánchez, Julia.
Savalio, C. J.
Supetti, Juan.
Spessot, Eduardo.
Sandrino, Juan.
Soto, Alfredo A. de.
Sureda, Jaime.
Stefanelli, L. C.
Schmidt Di Ferrante, E.
Tabares, Víctor M.
Tumburús, Emilia.
Urrúnaga, Rafaela T.
Urquiola, Victoria.
Villanueva, María T.
Villar, Héctor M.
Welbekina, Marthe.
Walther, Enrique.
Wilson Raggio, C.
Zabala, Horacio R.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 3 y 4 de Enero de 1923, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.



Desde Córdoba. — Doña Panchita





La cola que ha dejado esa dichosa expedición patagónica en busca del plesiosaurio! A mi llegada a Córdoba visité, como era mi deber, a todas las redacciones de los colegas de la ciudad. ¡Muy atentos, muy amables, exquisitos!... Lo que no es ninguna novedad, pues sabemos que la cultura es una tradición característica, sagrada, de la «docta». Pero concluidos los cumplidos de costumbre, me salían con la mismísima preguntita maliciosa:

—¿Y qué nos dice del plesiosaurio?... ¿Hay noticia de que ande por estos pagos? ¿Se habrá refugiado en las sierras?

Y esto, dicho con tonadita y todo... ¡pueden figurarse!... Me quedaba como una niña que escucha un piropo medio... medio atrevido y daba vueltas y más vueltas al sombrero, pues no van a creer lo que soy de tímido... Corto, corto. En seguida me abatato por cualquier cosa, así que balbuceaba:

—Por las sierras... no... no me parece... Pero me consta que Onelli, el distinguido ciudadano que maneja la suerte de las fieras encerradas en nuestro zoo, este año también va a soltar una manada de hombres de pelo en pecho y juramentados...

—¿Juramentados, dice?

—¡Juramentados, sí, señor!... Hombres que, antes de salir, tendrán que jurar solemnemente que no dejarán escapar, ni tanto así, de lo que vean allá en las inmensas soledades patagónicas... Me lo aseguró él mismo, en persona, el otro día cuando estuve a visitar a los nuevos elefantes traídos por el ingeniero Scherer...

—¡Ah!... ¿El ingeniero Scherer?... El mismo que organizó a nuestro Jardín Zoológico... ¿Conoce usted nuestro zoo?... ¿No visitó nuestro parque¿

—Presencié los primeros trabajos... Casi puedo decir que asistí a sus comienzos...

—¿Entonces no es la primera vez que pone pie en Córdoba?...

—¡Qué esperanza! La primera vez fué allá por el año 97... El otro día...

—¡Ah, ah!... Y como encuentra usted la...

—Encuentro que es irreconocible... En las calles centrales el movimiento resulta asombroso...

—¿Y no ha dado todavía con alguno de los tipos característicos que sabe usted pintar en sus crónicas?

—Déjenme llegar, señores... Ya los encontraré... si tengo suerte.

Casi no había terminado de pronunciar estas palabras cuando anunciaron una nueva visita, que deseaba hablar con el señor director de «Los Principios».

—¡Qué pase!...

Y tuvieron lugar las presentaciones:

—El señor Fulano de Tal de CARAS Y CARETAS, el señor Metelo Retaroli, segundo jefe de investigaciones...

—¿Segundo jef...? Usted, señor, me viene de perilla...

—A su completa disposición... ¿Qué le pasa?

—No se entusiasme... No me han robado nada... No soy víctima de ningún delito...

—No importa...

Lo dijo con cierta decepción, como si en lugar de «no importa» hubiese querido decir: ¡paciencia!... ¡Lo que es el oficio!... Y agregó:

—A su completa disposición...

—No lo diga dos veces, que se va a arrepentir...

—Dos y tres veces también...

—Pues aprovecho entonces... Desde ya lo voy a embargar por mi cuenta, para que me acompañe y me sirva de guía...

—Con mucho gusto... ¿Quiere que empecemos ya nuestra jira?

—Eso es... Mejor no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy, ¿no le parece?

Subimos a un coche, y, como naturalmente me sentaba a la derecha, gracias a mi condición especial de huésped... distinguido, he podido saborear a gusto la emoción de una serie interminable de saludos tributados por el personal de policía escalonado en las calles.

—¿Por dónde quiere ir?... — insistía el segundo jefe de investigaciones.

—¡Usted sabrá, señor!... Usted ha de conocer todo esto al dedillo.

—¿Cómo llaman este barrio?

—El nombre es macabro: el Triángulo de la Muerte.

—¿A qué se debe ese nombre trágico, a algún asesinato?

—No... Es porque este barrio reune la gente de mal vivir, mujeres de vida airada, con toda la inevitable legión de hombres que rodean a esa clase de seres... Este... ¡Cochero!... Vamos al Alto del Parque... Quien sabe si la encontraremos... Si podemos dar con ella va a ver usted una viejita interesante. La conocen todos los muchachos... ¡Muy alegre la viejecita!... Tenemos que bajar aquí... Allá arriba debe vivir ella... Tal vez la encontremos...

Subimos una barranca, procurando mantener a raya la perrada brava que nos salía al encuentro.

Nuestra llegada despertó, no diré alarma, sino desconfianza en los vecinos de la ranchería, que adoptaron inmediatamente esa cara de personas que no saben nada de nada:

—¿Está doña Pancha?

—¿Qué dice?

—Doña Pancha...

—No sé, señor... Pregunte arriba..

Y arriba era lo mismo... Nadie sabía nada. Pero por fin la inocencia habló:

—¿Doña Pancha? Vive allá...

El lugar señalado se parecía más bien a un chiquero que a una habitación... Digo por las cuatro tablas en cruz que cerraban la entrada, la altura de la pieza y demás.

Golpeamos repetidamente, pero doña Pancha no aparecía. No era mucha indiscreción mirar a través de las tablas, pues el... panorama de la pieza se presentaba casi solo a los ojos de los menos curiosos.

¡Vacío completo!...

—Estará de recorrida como de costumbre... Vámonos no más...

Pero antes de salir se le ocurrió al segundo jefe de investigaciones preguntar por el dueño de esos seis o siete ranchos de los alrededores...

—La dueña, querrá decir... La dueña es doña Pancha...

—¿Doña Pancha tiene propiedades?... ¡Si anda como una harrapienta!...

—Y bueno... Sin embargo, es ella...

Tomamos rumbo al centro de la ciudad y al pasar por delante del Mercado del Norte un montoncito de trapos se movió en dirección opuesta a la nuestra:

—Ahí va la Pancha...

El señor Retaroli bajó rápidamente del coche:

—A usted la voy buscando...

—¿A mí, señor? Si yo no hice nada malo, señor... Si soy una pobre viejita.

—Ya sé... No es por eso... Este señor quiere...

—Ah... ¿Este no será el señor Villar?... Bendito sea, señor... Permítame que me arrodille y le bese los pies...

Sin esperar el permiso correspondiente la vieja se me arrodilló en plena calle, intentando llegar no diré a los botines, pero por lo menos a las rodillas.

La escena me parecía demasiado fuerte, pero mantuve una actitud digna y muy seria.

—¡Levántese usted, señora!... No soy ningún Villar...

—Se le parece como dos gotas de agua...

—Será muy cierto, pero en todo caso yo soy la otra gota...

—¡Qué alegrón que me ha dado, señor!... Yo soy



DE MI DIARIO

POR EL

DOCTOR A. VACCARI



una pobre mujer y ver a una persona tan distinguida que pregunta por mí, me llena de dicha... Que Dios le bendiga... ¡Vivaah!... ¡Vivah!

— Señora, por amor de Dios no arme un escándalo... Sujete sus entusiasmos... ¿No ve que se reune la chiquilinada?

El señor Retaroli tuvo la buena idea de pedir unos minutos de hospitalidad a una casa de comercio de por ahí, y los tres nos metimos adentro, seguidos por una columna de curiosos que tuvo que conformarse con formar masa compacta delante de la puerta de la casa de negocio.

Doña Pancha parece una ardilla, y si no fuera por las arrugas que hacen de su cara un pequeño mapa geográfico se podría creer que es una mujer de 50 años.

Se sentó y aprovechando de un descuido me besó las manos.

— ¡No haga eso, doña Pancha... no haga eso!... ¿Cuántos años tiene usted?

— Noventa y cuatro, señor... Soy sanjuanina... Panchita García, una servidora...

— ¿Viuda?

— Soltera, señor, y soltera como es debido...

— Ah... ¿Así que nunca ha tenido usted pasiones mundanas?...

— Nunca, señor...

— ¿Simpatías tampoco?...

— Una que otra vez, pero como no querían casarse por la Iglesia, nunca les llevé el apunte... Para mí no hay otro casamiento que el de la Iglesia. Mis hijos son los hijos de los demás... Todos los niños me quieren, me hacen fiestas y les voy diciendo cuentos...

— Dígame un cuento a mí también... Los viejos nos volvemos niños...

— ¡Qué va a ser viejo el señor!...

— ¿No le parece?... Soy tan viejo que podríamos formar una linda pareja los dos...

— ¡Ay, señor!... Cómo podría usted llegar hasta esta pobre servidora... Usted señor no es de mi condición...

— Pero usted debe saber, por haberlo oído decir, que el amor es ciego...

— No tanto... Por ciego que sea, como no va a ver lo que soy yo...

No quise insistir porque a pesar de los 94 y de la seriedad de la soltera «como es debido», si empujo un poco nos comprometemos ahí no más... Y lo peor del caso que había testigos presentes: un funcionario público que podía dar fe de lo que había oído.

— Casarme, me casaría siempre que fuera por la Iglesia...

Era mejor cambiar de tema.

— Estee... ¿A ver entonces un cuentito?

Doña Pancha, algo excitada por la fugaz visión de felicidad que había entrevisto y que podía darle esperanzas de un instante de dicha, antes de cerrar los ojos, se puso de pie y saludó como hacen los niños que dicen el sermoncito de Navidad:

— Una vez había un barquito — que no podía navegar. — ¡Hacía uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete! — Los víveres aminoraban ya... — Si el cuento le parece corto, se lo volveré a contar... — ¡Vivah!...

— Muy bien!.. Muy bien...

Una vez encaminados por las sendas de la literatura, doña Pancha ya no se sujetaba tan fácilmente.

— ¿Quiere que le diga una adivinanza? Oiga que bonita... ¡A ver si adivina! ¡Dos hermanitos vigilantes — que caminan sin compás — el pico para adelante y los ojos para atrás!... — ¿A ver qué es?

No hay cosa peor que adivinar... una adivinanza. No le hace ninguna gracia al que propone el... problema. Y es mejor hacerse los que inútilmente procuran dar en el clavo. En este caso yo no necesitaba fingir ignorancia, porque de ninguna manera me era posible resolver la explicación.

Doña Pancha esperó un tiempito prudencial, luego con una sonrisa bondadosa me vino en auxilio:

— ¡Las tijeras, señor, son las tijeras!... El pico para adelante y los ojos para atrás...

— Cierto, ¿eh?... ¡Qué bien!...

Doña Pancha desde el momento en que pudo entrever la posibilidad de un matrimonio por la Iglesia, quiso deslumbrarme con sus gracias, pues no debía ignorar que la mujer es preciso que alegre al corazón del hombre.

— Voy a decirle, señor, unas relaciones: ¿le gustan las relaciones?

— Sí, señora... cuando son lícitas y bendecidas por la Iglesia...

— Que pícaro este señor... Permítame que le bese los pies...

— Pero hágame el favor, señora: usted tiene una debilidad con los pies del prójimo... No me bese nada... En todo caso si logramos entendernos nos besaremos como dos recién casados y como es debido...

Era imposible ruborizarse. A esa edad creo que nadie se ruboriza. Ni las solteras como es debido. Sin embargo, doña Pancha tuvo bastante feminilidad como para esconder el rostro detrás de las manos abiertas.

— ¡Lo que dice ese señor!... Bueno: oiga: Yo soy como la aceituna — pendiente del olivar... — Yo no creo en los mozos — aunque los vea llorar...

— ¿Doña Pancha, no querrá usted burlarse de mí?...

— ¿Por qué, señor? ¡Dios me libre!...

— Que tiene que ver usted con las aceitunas y... ¿por qué me sale con estas indirectas?... Eso me fastidia...

Doña Pancha se puso seria y haciendo que rascaba las cuerdas de una guitarra empezó a imitar el sonido de este instrumento:

— ¡Frín, frín, frín!... ¡Brulúm, brulúm, frín, frín!... Aún cuando me ves chiquita — no creas que no sé querer — también las chiquitas saben — amar y corresponder... — ¡Vivah, vivah!...

Esta vez fuí yo el que tuve que bajar los ojos, porque se puede decir lo que se quiere, pero un escopetazo así a quemarropa impresiona siempre al más curtido. Así que empecé a menear la cabeza con cierta lentitud y le dije como suspirando:...

— ¡Si lo sabré, doña Pancha, si lo sabré!

— Ay... Permítame que le bese los pies...

Y... se abalanzó como para ejecutar sus... humildes propósitos... ¡Pero que ocurrencia!

— ¡Y como le da a usted por ese lado! Le digo que no quiero que se humille de esa manera... ¡¡Absolutamente!!

— Señor, yo soy un abrojal — y es usted un jardín... — ¡Frún, frún, frín, frín!... — Usted, señor, es luz, — yo soy la obscuridad; — es usted una alta cumbre, — yo soy un tacurú... — ¡Frín, frín, frín... frú, frú!...

Doña Pancha quiso deslumbrarme con sus gracias y empezó un bailecito que tenía algo de la zamacueca y... como pudo realizó unos movimientos fascinadores, voluptuosos, que si los hubiera conocido Salomé, consigue no solamente la cabeza de San Juan Bautista sino el permiso para cosechar cuantos mates andan por ahí y no le resultan simpáticos.

Yo tuve que cerrar los ojos, porque le tengo miedo a las seducciones femeninas. ¡No hay edad que tenga! ¡Los hombres viejos el día que rodamos... no les digo nada donde vamos a parar!

Cerré los ojos y en cuanto doña Pancha terminó de tocar la guitarra y bailar, le dije sujetándola de la mano para que no se me echara a los pies:

— ¿Pancha García se llama usted? Bueno... Hay una gran equivocación, señora... Debería llamarse usted doña Pancha Gracia... ¡Es usted la gracia en persona!...

— Permítame que le...

— ¡Ah eso sí que no!... ¡Déjese de embromar!...


Asociados de la "Unión Magdalenense" que concurrieron al pinnic organizado por la comisión directiva de dicha entidad.

LAS MAYORES ALTURAS Y PROFUNDIDADES

La expedición al Everest y los grandes viajes aéreos vuelven a hacer de actualidad la cuestión de las mayores alturas que puede alcanzar el hombre. Hasta ahora la elevación mayor que conocemos es de 37.700 metros, así como la mayor profundidad, aparte de los grandes fondos submarinos, es de 2.250 metros. Más arriba o más abajo, nuestros actuales medios de investigación nos dejan en la ignorancia más absoluta. El punto más bajo adonde el hombre ha podido descender es un pozo de mina de la Silesia. Al abrirlo, se ha podido comprobar que la temperatura aumenta un grado por cada cuarenta metros de profundidad. La mayor altura alcanzada es la de 12.445 metros, adonde ha llegado el avión del teniente Macready, y donde la temperatura es de unos 50 grados bajo cero. Más arriba, sólo se ha llegado con los globos sondas, uno de los cuales ha llegado hasta 37.700 metros.




TRAPICHE
Trapiche
Reserva
Indispensables cuando se prefieren
los mejores VINOS.
BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
771-FLORIDA-771
BUENOS AIRES
U. T. 1752 y 7365, Av.
Coop. T. 3708, Central

De Haedo (F. C. O.)

Aspecto del salón del teatro Rivadavia durante la velada del día 9 del corriente, en el festival que dió la agrupación artística "Amigos del Arte", estrenándose el drama "La luz mala", del señor Raúl A. Goyaud, que tuvo un éxito extraordinario; siendo entusiastamente aplaudidos el autor y los intérpretes de la obra. — En ángulo: Una escena de dicho drama.



FERNET-BRANCA



La difusión mundial del FERNET - BRANCA

es debida únicamente a sus cualidades higiénicas; es un verdadero elixir estomacal, cuyos consumidores son sus mejores propagandistas.

Unicos Concesionarios:

HOFER & Cía.

Buenos Aires

De Roque Pérez



Caracterizados vecinos de este pueblo que asistieron a la fiesta de San Rafael, organizada por los señores Fabrasil, Sánchez y Defelippes.

LOS PAÍSES DE LA PLATA

Actualmente los Estados Unidos ocupan el primer puesto como país productor de plata, pero lo deben a las adversidades que Méjico ha venido padeciendo, pues esta república cuenta con minas de plata que la colocan a la cabeza de todos los países mineros del globo.

El Canadá es nuevo en la producción de este metal, y sin embargo en cortísimo tiempo ha conquistado el tercer puesto entre los países productores del precioso artículo.

Casi toda la plata del Canadá se exporta; una gran parte para Inglaterra y el resto para los Estados Unidos.

Perú ocupa el cuarto lugar entre los países productores de plata; tiene minas que se vienen explotando desde hace siglos y han producido milones; pero la mayor parte de la plata peruana se encuentra en las minas mezclada con cobre.

Desde mediados del siglo XVI Bolivia y Chile figuraron por algún tiempo como grandes productores de plata. Las minas de Potosí y las de Huanchaca fueron famosas, y todavía contribuyen a la producción mundial, pero los yacimientos chilenos de Huantajya, Condoriaco y Chanarcillo, antes tan celebrados, no tiene hoy producción importante.

Los principales países europeos como productores de plata son España, Portugal y Alemania. La producción en España está ligada con la de cobre, y en Alemania sucede también que la plata se extrae del mineral de cobre. Lo mismo ha de afirmarse en cuanto a Portugal. En el Japón, la gran mina de cobre de Kosaka se explotó al principio como mina de plata. Pero luego aparecieron ricas vetas de cobre, y en 1916 se extrajeron 1.100.000 onzas del primero y 22.600.000 libras del segundo. Las otras minas notables del Japón son las de Innai, Kanagas y Okasa.

En Australia se encontró plata por primera vez en 1839, pero no fué sino cincuenta años después cuando se emprendió la explotación en grande escala, al descubrirse en 1882 el principal filón de las minas de Broken Hill.

CARETAS

POR

LUZ Y SOMBRA

Enero. El año nuevo. Un año más para añorar... si tuviéramos tiempo. Pero el hoy apremia, el mañana encierra todas nuestras esperanzas, los problemas que vienen nos hacen olvidar los que se han ido.

Enero nos ofrece una linda variedad en cuestión de moda: El Carnaval. Los disfraces, lujosos conjuntos de armonías añejas o excéntricas disonancias ultramodernas, que nos darán la ilusión de una hora, atavíos costosos que vivirán tan breve vida, exigen una elección largamente pensada.

La hora apremia. Ya las orquestas se alistan, y las jóvenes señoras preparan las intrigantes caretas. Es hora también de pensar en los niños, para los cuales los bailes de disfraz y los concursos son acontecimientos trascendentales. He aquí algunos disfraces bonitos, dibujados para vuestros hijitos.

La red. — Sobre un forro de crepe de chine o tela de seda verde mar se coloca un filet sostenido por finos aros. Un poco de seda verde recortada simulará las algas y peces varios. Un gorro verde completa este original disfraz.

Jefe africano.—Vuestro bebé, señora, quedará «a croquer» como dicen los franceses, con este traje, sobre todo si el niño es moreno. Se podrá acentuar su tinte con un poco de polvo ocre. El traje se compone de una colutte amplia, un bolero y una capa árabe en algodón blanco.



El sombrero da la nota más característica al disfraz. Es muy ancho, de paja, doblado de papel plissé verde y adornado por una cordeliére verde o colorada con tres grandes bellotas colgantes adelante. Babuchas de cuero rojo.

Campesina. — Disfraz que favorece mucho a cualquier muchacha muy joven. Se compone de una pollera blanca con rayas azules, corpiño de tussor, fichú hecho con un gran pañuelo con dibujos vivos. El delantal es de pongée cereza adornado con motivos recortados en cretona y aplicados. El sombrero, en estilo, es de organdí blanco.

La Gavilla. — ¿No es acaso exquisitamente original y un poco «nuestro» aunque de aspecto un poco rígido, este vestido en tejido de rafia natural, hecho de volados sobrepuestos? Los volados han sido deshilados para dar al conjunto el aspecto desgreñado propio de la gavilla. El sombrero es del mismo género, adornado de amapolas, coronillas y espigas.

Boxeur. — Malla blanca de seda, con echarpa nacional y guantes de box.

La fantasía encuentra mayor campo de acción en los trajes de papel, que por su ligereza se pueden armar mejor y hasta forrar de alambre si es preciso. De ellos hablaremos la próxima semana.



Loción
MARLISE
$ 4.20
el frasco.
Extracto
MARLISE
$ 9.50
el frasco
Precios en la
Capital Federal
Extracto Si
tu voulais...!
$ 9.50
el frasco.
Extracto
ANITRA
$ 9.50
el frasco.
Precios en la
Capital Federal
El hábito de perfumarse es un refinamiento social que sólo ejerce favorable influencia cuando los perfumes son sutiles y delicados, de alta calidad y de evidente buen gusto. Los extractos, polvos y lociones de la
Perfumería MENDEL
están fabricados de acuerdo con estas exigencias y con los deseos más escrupulosos de la gente verdaderamente chic y distinguida.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires — Guardia Vieja, 4439
Montevideo — Paysandú, 1178
SEÑORAS
Por sólo $ 0.45 vendemos, a título de reclame, un lindo perfumador de cristal, con cierre de metal y tapón con espiga para aplicar la esencia, propio para cartera o bolsillo, y lleno de cualquiera de los riquísimos y delicados extractos ANITRA, MARLISE o SI TU VOULAIS...!, de la PERFUMERIA MENDEL. Enviando $ 0..0 más se remiterá por correo, certificado.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires - Guardia
Vieja 4439

De Rosario



Equipo ganador de la Copa Santa Fe en el campeonato provincial.

Teniente coronel Arana, señor Martino y A. Rico, que obtuvieron el trofeo Vasalli.



Señor J. J. Guido, campeón de cuerpo.

Señor Domingo Rebecchi, campeón de conjunto.

Señor Juan Papis, campeón de rodilla.

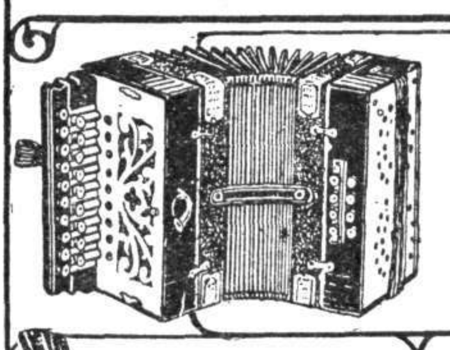


General Broquen, director del Tiro Federal.

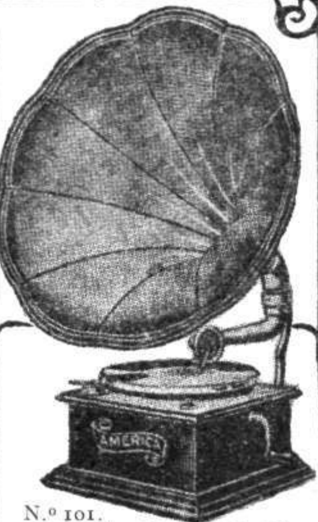


Señor H. Gainza. Señor A. Arana. Ganadores en el campeonato individual de pie, cuerpo y rodilla.

NUESTRAS GRANDES OFERTAS AGUINALDO



N.º 6010.—**HERMOSO ACORDEON** marca CORNETA, de 8 bajos y 19 voces de acero. Construcción esmerada, sonido fuerte y vibrante. Precio excepcional con método para aprender sin maestro.. $ **15**



N.º 3015. — **PRECIOSA GUITARRA "AMERICA"**, en nogal extrafino, tapa armónica con adornos de mosaico y filetes. Cenefa alrededor. Precio excepcional con método para aprender sin maestro y embalaje gratis,

$ 17.-

Otros modelos desde pesos **9.50** hasta pesos **500.**

Solicite catálogo.

N.º 5613. — **RICO MANDOLIN,** modelo de CATANIA, con lindo escudo calado. Precio rebajado con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.

$ 24

Otros modelos, desde pesos **11.—** hasta pesos **500.**

Solicite catálogo.

N.º 101.
Regio Grafófono "América", con corneta amplificadora. Motor suizo sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora. Su precio es de **$ 59.50.** Nuestra oferta extraordinaria por pocos días.$ **49.50**

Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis. Otros modelos, desde $ 35.—

VIOLIN modelo STRADIVARIUS construcción esmerada, voces melodiosas. Precio especial de propaganda

$ 35

Con estuche arco, pez y embalaje gratis.

Otros modelos, desde pesos **25.—** hasta pesos **1.000.**

Solicite catálogo.



CONCERTOLAS

Los Grafófonos más perfeccionados.

N.º 451.—**BONITA CONCERTOLA** con persianita. Precio con 6 piezas y 200 púas.......... $ **45.00**

N.º 310. — **RICA CONCERTOLA** con puertita. Precio con 6 piezas y 200 púas.......... $ **55.00**

N.º 2. — **HERMOSA CONCERTOLA** con puertas y persiana. Con 6 piezas y 200 púas......... $ **85.00**

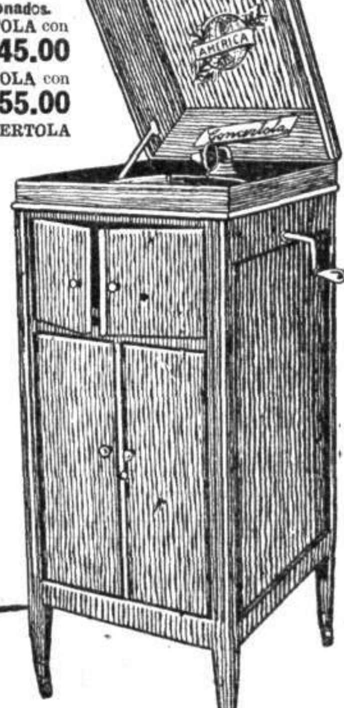
N.º 341.—**PRECIOSA CONCERTOLA** con tapa y cerradura. Con 6 piezas y 200 púas.... $ **99.50**

N.º 4.—**CONCERTOLA** gran formato con tapa y puertas. Con 6 piezas y 200 púas... $ **125.00**

N.º 4bis.—**CONCERTOLA** de Cto. Con 6 piezas y 200 púas, $ **150.00**

N.º 8. — **CONCERTOLA** de Salón. Rico mueble terminación caoba con armario guarda discos. Con 6 piezas y 200 púas, pesos......... **175.00**

N.º 5. — **GRAN CONCERTOLA** de Lux. Con armario guarda discos. Precio con 12 piezas y 600 púas........ $ **250.00**



CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979 - BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES **NO CERRAMOS LOS SABADOS**

Poderoso "eleven" "Newell's Old Boys" campeón de la temporada de la Liga Rosarina que se adjudicó la copa Intendente Rouillón en el partido disputado con los uruguayos. —En ángulo: Artística copa de plata instituida por el señor Rouillón, y que obra en poder de dicho club. —Aspecto de la tribuna oficial el día en que se jugó el partido con el team combinado de los clubs uruguayos Nacional y Dublin.



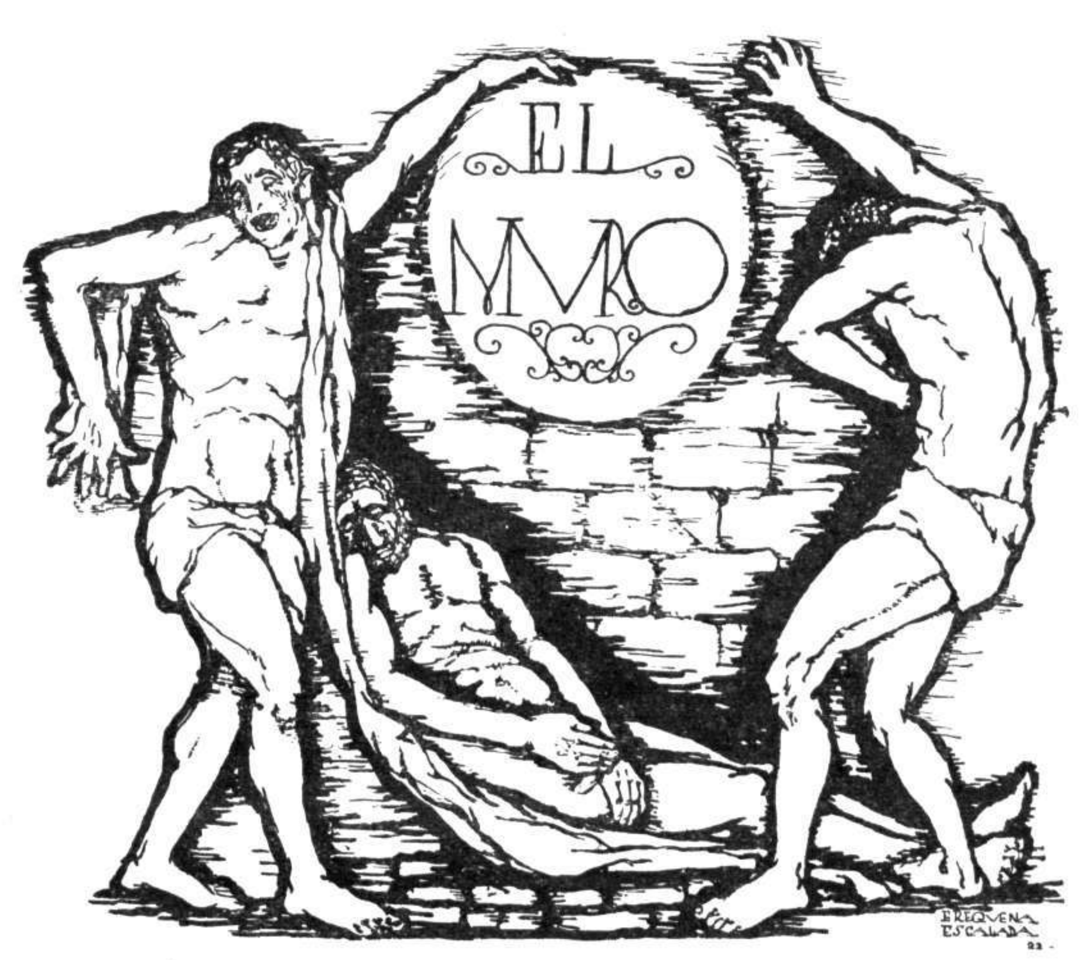
Vinos Arizu

El Orgullo de la Producción Nacional

Soc. Anón. Viñedos y Bodegas "ARIZU"

Avda. de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032

Los atletas de natación en la iniciación de la temporada en la espléndida pileta del Jardín Zoológico, que reune todas las comodidades y condiciones que exige la higiene moderna.



OTRO leproso y yo nos arrastramos con precaución hasta el pie del muro y miramos hacia arriba. Desde el lugar en donde estábamos no se veía el final del muro, que se elevaba recto y unido y parecía dividir el cielo en dos. La mitad del cielo que nosotros divisábamos tenía un color negro, de tempestad, que se azulaba hacia el horizonte, hasta el punto de que no podía verse dónde acababa la tierra sombría y dónde empezaba el cielo. Aplastada entre la tierra y el cielo, la noche siniestra jadeaba con gemidos penosos, sordos, y a cada suspiro expulsaba de su seno una arena incandescente que pisaba y quemaba nuestras llagas.

—Vamos a escalarlo — me dijo el leproso.

Su voz era tan repugnante y gangosa como la mía. Se inclinó un poco y subí a sus espaldas, pero el muro seguía tan alto como antes. Dividía la tierra como el cielo; se levantaba como una enorme serpiente satisfecha; caía en el precipicio; se elevaba sobre la montaña, y ocultaba su cola y su cabeza detrás del horizonte.

—¡Vamos a abatirlo! — propuso el leproso.

—¡Vamos! — convine.

Empujamos el muro con el pecho, y el muro se tiñó con la sangre de nuestras heridas, pero permaneció sordo e inmóvil. La desesperación se apoderó de nosotros.

—¡Matadnos, matadnos!—gemíamos. Y empezamos a arrastrarnos. Pero todos los ojos se apartaban de nosotros con disgusto, y sólo vimos espaldas temblorosas que causaban una repulsión profunda.

Así llegamos hasta el hombre hambriento. Estaba sentado, apoyado contra la piedra, y parecía que el granito mismo sentía dolorosamente el contacto de sus omoplatos salientes. Estaba completamente desprovisto de carne y sus huesos entrechocaban a cada movimiento. Crujía su piel seca, su mandíbula inferior colgaba, y del obscuro orificio de su boca salía una voz brusca:

—Tengo hambre.

Esto nos hizo reír y seguimos arrastrándonos más de prisa, hasta que chocamos con cuatro hombres que estaban bailando: se acercaban, se apartaban, se abrazaban, daban vueltas sobre sí mismos. Sus rostros, pálidos y huraños, no sonreían. Uno de ellos empezó a lloriquear, porque estaba cansado de aquella danza sin fin, y pidió permiso para reposar; pero otro se cogió a él silenciosamente y volvieron a bailar, acercándose y apartándose de nuevo; y, a cada paso, una lágrima turbia caía de sus ojos.

—Yo quiero bailar — dijo mi camarada con voz gangosa.

Le arrastré un poco más lejos. El muro siguió ante nosotros. Muy cerca, dos hombres estaban acurrucados. El uno golpeaba a intervalos el muro con su frente, luego perdía el conocimiento y caía desplomado, mientras el otro le consideraba con gravedad, ponía la mano sobre su frente y, cuando recobraba el sentido, decía:

—Más, más, que ya queda poco.

El leproso se echó a reír.

—Son imbéciles — dijo inflando jovialmen-

te las mejillas. — Son imbéciles. Creen que al otro lado del muro está la luz. Pero hay tanta obscuridad como aquí; también allí se arrastran los leprosos y gritan con voz suplicante: "¡Matadnos!"

—¿Y el viejo? — pregunté.

—¿El viejo? — replicó el leproso. — Es una bestia ciega que no entiende nada de nada. ¿Quién ha visto el agujero que ha abierto en el muro? ¿Lo has visto tú? ¿Lo he visto yo?

Aquello me irritó, y golpeé a mi camarada furiosamente en las ampollas que cubrían su cabeza, gritando:

—Entonces, ¿por qué has trepado tú mismo?

Rompió a llorar, lloramos los dos, y seguimos a rastras exclamando:

—¡Matadnos, matadnos!

Pero las cabezas se apartaban de nosotros con repulsión y nadie quería matarnos. Mataban a hombres hermosos y fuertes; pero a nosotros les daba miedo tocarnos. ¡Qué vileza!

II

El tiempo no existía para nosotros. No había ni ayer, ni hoy, ni mañana. La noche no nos abandonaba nunca; jamás se iba detrás de las montañas para volver fuerte, tranquila y negra. Por eso estaba tan fatigada, tan deprimente, tan huraña. Era mala. A veces le resultaba insoportable oír nuestros gemidos y nuestras lamentaciones, ver nuestras llagas, nuestra miseria, nuestra mentecatez; entonces en sus profundidades tenebrosas se agitaba un furor de tempestad.

Rugía la noche como una fiera cautiva, alocada, y guiñaba ferozmente sus ojos horribles, llenos de fuego, iluminando negros abismos sin fondo, el sombrío muro, erguido orgullosamente, y los lamentables despojos de las gentes que temblaban. Nos abrazamos al muro como al pecho de un amigo y pedíamos socorro. Y era nuestro enemigo eterno. La noche se indignaba de nuestra falta de coraje, de nuestra cobardía, se echaba a reír en tono amenazador, sacudiendo su manchado vientre gris, mientras las viejas montañas, calvas, acompañaban con su eco aquella satánica risa.

El muro, asustado, le respondía con voz resonante y loca, lanzándonos piedras, que nos aplastaban la cabeza y desgarraban el cuerpo. De esta suerte se divertían aquellos gigantes y se llamaban los unos a los otros. El viento les silbaba una melodía salvaje, y nosotros, el rostro contra la tierra, escuchábamos aterrados cómo algo enorme se movía en las profundidades de la tierra y gruñía sordamente, pidiendo la libertad. Y suplicamos de nuevo:

—¡Matadnos!

Pero a fuerza de morir a cada segundo éramos inmortales como dioses.

El ímpetu de cólera y de alegría había pasado; la noche lloraba lágrimas de arrepentimiento y suspiraba penosamente, como una enferma, escupiendo sobre nosotros su arena húmeda. Nosotros se lo perdonábamos, nos reíamos de ella, tan débil, tan agotada, y estábamos alegres como niños. Las lamentaciones de los hambrientos nos parecían canciones dulces y mirábamos con envidia a los cuatro que se acercaban los unos a los otros, se apartaban, daban vueltas ligeramente en una danza sin fin.

Yo, leproso, también hallé por un instante compañera. Aquello fué muy divertido. Yo la abrazaba y ella se reía. ¡Y sus pequeños dientes eran tan blancos, tan blancos, y sus pequeñas mejillas tan rosas, tan rosas! ¡Qué gracioso!

No sé cómo ocurrió, pero los dientes que reían empezaron a crujir, los besos se hicieron mordeduras, y, con un aullido en el que subsistía un residuo de gozo, comenzamos a entredevorarnos. Y ella golpeaba sin descanso mi débil cabeza enferma, y con sus pequeñas uñas puntiagudas horadaba mi pecho, tratando de alcanzar el corazón.

Me pegaba, me pegaba a mí, el enfermo, el leproso, el pobre hombre. Aquello era más terrible que la cólera de la noche y que la risa cruel del muro. Y yo, el leproso, lloraba y temblaba de miedo, y a hurtadillas, para que nadie pudiera verme, me abrazaba al pie innoble del muro y le suplicaba que me dejase pasar, a mí solo, al otro mundo, allí donde no hay locos ni gentes que se matan unas a otras. Pero el infame muro no me dejó pasar, y yo, enfurecido, le di de puñetazos y exclamé:

—¡Mirad este asesino que se está riendo de nosotros!

Pero mi voz era gangosa, nauseabundo mi aliento y nadie quería escucharme, a mí, el leproso.

III

El otro leproso y yo volvimos a arrastrarnos; el ruido nos rodeaba por todas partes, y los cuatro danzaban silenciosamente, sacudiendo el polvo de sus trajes y lamiendo sus heridas sangrientas. Pero estábamos cansados, doloridos y el fardo de la vida nos oprimía. Mi compañero se sentó y, golpeando la tierra con su mano hinchada, suplicó con vehemencia:

—¡Matadnos, matadnos!

Con un movimiento brusco nos pusimos en pie y nos lanzamos en medio de la multitud; ésta se abrió ante nosotros y no vimos más que espaldas. Y saludamos a las espaldas gritando:

—¡Matadnos!

Pero aquellas espaldas permanecían inmóviles y sordas como un segundo muro, y era horrible no ver rostros humanos, no ver más que espaldas inmóviles y sordas.

Mi compañero me ha abandonado ya. Ha visto un rostro, un rostro humano parecido al suyo, repugnante y cubierto de llagas. Era el rostro de una mujer. Entonces ha empezado a sonreír, a dar vueltas alrededor de ella, alargando el cuello y desprendiendo un olor nauseabundo. Y ella también sonreía con su boca descarnada y bajaba sus ojos sin pestañas.

Después se casaron, y todas las miradas, por un instante, se volvieron a ellos, mientras una risa prolongada y sonora sacudía a los espectadores.

¡Qué ridículos eran aquel hombre y aquella mujer que se acariciaban mutuamente! Yo, el leproso, también me reía, porque es estúpido casarse cuando uno es tan feo y está tan enfermo.

—¡Imbécil! — le dije sarcásticamente. — ¿Qué quieres hacer con ella?

El leproso, sonriendo, me respondió:

—Vamos a comerciar con las piedras que caen del muro.

—¿Y vuestros hijos?

—¡A nuestros hijos les mataremos!

¡Qué absurdo crear hijos para matarlos!

Y, además, ella le engañará. ¡Tiene unos ojos tan hipócritas!

IV

El que golpeaba el muro con su frente y el que le acompañaba habían acabado su trabajo, y cuando me acerqué a ellos vi que el primero se había ahorcado en una argolla de hierro, mientras su compañero tarareaba una canción alegre.

—Anda, ve a comunicar la noticia al hambriento — le ordené.

Y, dócil, se fué, tarareando siempre. Luego vi que el hambriento se apartaba de su piedra. Tambaleándose, titubeando, dando a todo el mundo con sus puntiagudos codos, venía hacia el muro donde colgaba el ahorcado; crujían sus dientes y se reía muy dichoso, como un niño. No quería más que un pedacito de pie. Pero era demasiado tarde; otros más vigorosos se habían adelantado. Atropellándose los unos a los otros, mordiéndose, arañándose, rodeaban el cadáver del ahorcado y roían sus pies con voracidad. El hambriento estaba el último; se acurrucó, vió cómo comían sus rivales y se lamió los dedos con su lengua flaca. Un gruñido continuo salía de su boca vacía:

—¡Tengo hambre!

¡Qué ridículo era aquello! Aquel hombre había muerto para el hambriento y el hambriento no había obtenido el más pequeño trozo de su cuerpo. Yo me reía, reía el otro leproso también y su mujer abría y cerraba cómicamente sus ojos hipócritas; no podía entornar los párpados porque no tenía pestañas.

El hambriento gritaba cada vez más fuerte, con más furia:

—¡Tengo hambre!

Desapareció el estertor de su voz, que se elevó en un sonido neto y metálico, claro y penetrante. Chocó contra el muro, saltó, voló sobre los precipicios sombríos, allende las cumbres de las montañas grises.

Todos los que estaban cerca del muro se pusieron a aullar; semejaban una plaga de langostas. Como ellas, estaban ávidos y hambrientos, y parecía que hasta la tierra calcinada sufría dolores insoportables, abriendo por completo su garganta de piedra. Como un bosque de árboles secos, doblados hacia el mismo lado por un viento de tempestad, las manos huesosas y suplicantes se tendían hacia el muro, y había tanta desesperación en aquel gesto, que las piedras temblaban y las nubes melancólicas y azules huían cobardemente. Pero el muro seguía allí, alto e inmóvil, y repetía los aullidos que, como láminas de acero, cortaban el aire denso y nauseabundo.

Después, todos los ojos se volvieron hacia el muro, que lanzaba rayos luminosos. Todos creían que el muro iba a desplomarse y que iban a descubrir un mundo nuevo. En la ceguera de la fe, veían ya tambalearse a las piedras, mientras una sacudida hacía estremecer de la cabeza a la cola a la pétrea serpiente, cebada con sangre y con cerebro humano. Acaso eran las lágrimas que temblaban en nuestros ojos, pero creímos que era el muro, y nuestro grito se hizo aún más penetrante.

Resonaban en él la cólera y la alegría de la victoria próxima.

V

Y he aquí lo que sucedió entonces. Una vieja flaca, de mejillas colgantes, y cuyos cabellos desgreñados semejaban las crines de un viejo lobo hambriento, se subió en una piedra. Su traje, desgarrado, dejaba al descubierto sus hombros amarillos y huesudos y sus fláccidos senos, agotados por la maternidad, vacíos por haber dado la vida a muchos seres. Extendió la mano hacia el muro y todas las miradas estaban fijas en ella; y en su voz había tanto dolor, que el aullido desesperado del hambriento se detuvo, lleno de vergüenza.

—Devuélveme a mi hijo — suplicó la mujer.

Y todos nos callamos, con una amarga sonrisa, en espera de lo que el muro iba a responderle. Una mancha gris y sangrienta dibujada sobre el muro era el cerebro de aquel a quien la vieja llamaba su "hijo". Aguardábamos, impacientes, la respuesta del innoble asesino. Reinaba tal silencio que oíamos el rozamiento de las nubes que se movían sobre nuestras cabezas. La noche negra contenía en su pecho los sollozos, y con un silbido ligero escupía la arena menuda y ardiente que quemaba nuestras llagas. De nuevo se elevó la voz trágica y dura, que reclamaba:

—¡Cruel, devuélveme a mi hijo!

Nuestra sonrisa se hacía cada vez más amarga y amenazadora. Pero el muro innoble se callaba. Entonces, un viejo venerable, de facciones severas, se separó de la multitud y fué a colocarse al lado de la mujer.

—¡Devuélveme a mi hijo! — exclamó.

Aquello era atroz y divertido a la vez. Mi espalda se crispaba de frío, mis músculos se contraían bajo la acción de una fuerza poderosa y desconocida, y mi compañero me empujaba con el puño, dando diente con diente, mientras, en una oleada larga y silbante, un aliento infecto salía de su boca podrida.

Otro hombre se separó de la multitud, gritando:

—¡Devuélveme a mi hermano!

Y otro distinto se acercó, diciendo:

—¡Devuélveme a mi hijo!

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se iban separando de la muchedumbre; extendían las manos, y un conjuro implacable resonaba despiadadamente:

—¡Devuélveme a mi hijo!

Entonces yo, el leproso, me sentí lleno de vigor y coraje, y, adelantándome, grité en voz alta y amenazadora:

—¡Asesino, devuélveme a mí mismo!

El muro se callaba. Trapacero, ignominioso, fingía no oír nada. Una risa perversa sacudía mis mejillas desgarradas y un furor insensato inflamaba nuestros corazones oprimidos.

El muro, impasible y estúpido, callaba siempre. La mujer, entonces, agitó con cólera sus manos amarillas y esqueléticas y lanzó un anatema al muro:

—¡Maldito seas, tú, que has matado a mi hijo!

El viejo venerable de severas facciones, repitió:

—¡Maldito seas!

Y, desde toda la tierra, millares de voces respondieron en un gemido prolongado:

—¡Maldito seas! ¡Maldito! ¡Maldito!

VI

La noche suspiró profundamente, y, como el mar que el huracán coge para lanzarlo contra las rocas con toda su violencia, todo el mundo visible se agitó. Los pechos inflamados y furiosos fueron a chocar contra el muro a millares. Muy alto, hasta las nubes que se movían pesadamente, saltó una espuma sangrienta que las tiñó de

púrpura; las nubes se hicieron ígneas y terribles y proyectaron un resplandor rojo sobre la tierra, donde algo pequeño, negro, feroz, pero monstruosamente sumieroso, vivía, gruñía, hacía ruido. Con un lamento, lleno de dolor indecible, que helaba el corazón, ese algo fué retirándose mientras el muro permanecía inquebrantable y silencioso.

Mas su silencio no era tímido ni vergonzoso; la mirada de sus ojos informes era sombría, amenazadora y soberbia como la de un rey, y por sus hombros, como un manto de púrpura, resbalaba, rápida, la sangre, que iba a perderse entre los cadáveres desfigurados. La vigorosa ola de los cuerpos empezó a mugir de nuevo y golpeó el muro con todas sus fuerzas. Después se retiró, para empezar, de nuevo, muchas veces, hasta que quedó vencida por la fatiga, en un sueño parecido a la muerte. Y yo, el leproso, estaba al pie del muro y veía que, orgulloso, el rey empezaba a tambalear y que el terror de la caída se propagaba convulsivamente entre las piedras.

—¡Ya se cae! — exclamé. — ¡Hermanos, ya se cae!

—Te engañas, leproso — me respondieron.

Entonces empecé a suplicarles:

—¡Qué más da! ¡Que siga en pie! Cada cadáver será una grada que nos permita llegar arriba. Somos muchos, y nuestra vida es ruda. Sembremos la tierra de cadáveres; sobre estos cadáveres pondremos otros, y así llegaremos a lo alto. Y si al final no queda más que un solo hombre, este hombre verá el mundo nuevo.

Miré en derredor, lleno de una alegre esperanza, pero no vi más que espaldas indiferentes, rendidas y gruesas. Continuando su danza infinita, los cuatro seguían dando vueltas, acercándose, separándose los unos de los otros; la noche negra escupía, como un enfermo, la arena húmeda, y el muro erguía su invencible masa.

—¡Hermanos! — supliqué. —¡Hermanos!

Pero mi voz era gangosa, mi aliento nauseabundo y nadie quería escucharme a mí, el leproso.

¡Desgracia!... ¡Desgracia!... ¡Desgracia!...

DIBUJOS DE E. REQUENA ESCALADA

LEONIDAS ANDREIEV

De Córdoba

Familias de los asociados que concurrieron al picnic organizado por el Centro Unión Almaceneros Minoristas.



PALACIO DE LOS JUGUETES

LA GRAN JUGUETERIA DE MODA

CARLOS PELLEGRINI, 340

A los señores clientes del interior que lo soliciten, se les remite gratis nuestro gran Catálogo de Juguetería en general.

OFRECEMOS

PARA AÑO NUEVO Y REYES

nuestros afamados CAJONES de juguetes surtidos, muy bien seleccionados y revisados:

N.º 0.	Cajón para varón	(22 juguetes)	$ 10.—
N.º 1.	» » »	(18 »	» 15.—
N.º 2.	» » »	(27 »	» 20.—
N.º 3.	» » »	(15 »	» 20.—
N.º 4.	» » niña	(24 »	» 10.—
N.º 5.	» » »	(18 »	» 20.—

MANDAMOS a cualquier punto de la República, libre de flete.

ACEPTAMOS giros postales, bancarios y órdenes de pago.

SUCURSALES:

"CASA BURLANDO". — Corrientes 961
"CASA BURLANDO". — Suipacha 254

CASTA V. DE BURLANDO



EL CINEMA de la BUENA SALUD



Millones de personas deben su buena dentadura a ***Sozodont.***

Cinta No. 1

Escena No. 1

La estadística prueba que 95% de los escolares deben su atraso a mala dentadura.

Escena No. 2

Sozodont ayudará a corregir esto. A los chicuelos les gusta debido a que tiene un sabor agradable.

Escena No. 3

La buena dentadura hace sanos a los niños y les permite masticar sus alimentos propiamente.

LAS MADRES

Deben a sus hijos un buen comienzo en la vida. El uso de **Sozodont** en la edad temprana dos veces al día, y seguido de un buen masaje de las encías, garantiza buena dentadura y encías sanas.

Un diente no debe ser más sano que la encía que lo rodea.

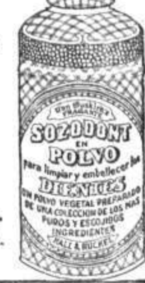
Recomendamos que la limpieza de los dientes se suplemente con un masaje de las encías.

Fabricantes

HALL & RUCKEL
Incorporated
153 Waverly Place
N. Y., U. S. A.

Representantes

Harold F. Ritchie & Co.
171 Madison Ave., N. Y., U. S. A.





CONCEPCION DEL URUGUAY. — Grupo de alumnos del colegio nacional últimamente egresados.


PRODUCTOS
SUPREMA
Un "bouquet" de rosas...
que extasian con su fragancia y belleza inusitada . . . Así, tan lindo como ellas, será su rostro si lo hermosea con los delicados
PRODUCTOS SUPREMA
POLVO GRASOSO SUPREMA
Concede al cutis un encanto admirable. La caja, pesos.......... 1.10
AGUA COLONIA SUPREMA
Delicadamente perfumada, suaviza y refresca la tez. El frasco.... $ 2.20
SE VENDEN EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES PRODUCTOS SUPREMA
P. BURS & Cía.
Bolívar, 1725-Bs. Aires
A toda dama que lo solicite enviamos gratis una muestra del Polvo Grasoso.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
SUPREMA

PARANA. — El rector del Colegio Nacional, señor Juan de Dios Fernández; el vicerrector, señor Juan Herrera, y el profesor señor Juan Correa con el grupo de estudiantes recientemente egresados.

AGRICULTURA

MEJORAMIENTO DE LOS TRIGOS

Hablando de nuestra producción agrícola, hemos visto en números anteriores cómo ella puede llegar a rendimientos máximos notables de 4.400 kilogramos de trigo por hectárea y de clase tan elevada que alcanza a 87 kilogramos de peso por hectolitro; pero es natural que estas cifras son casuales y excepcionales, siendo en cambio el promedio de rendimiento de la república bastante pobre, pues no pasa de 700 kilogramos por hectárea. Aun así los máximos anotados demuestran que, haciendo un buen cultivo, podríase *lograr un promedio mucho más elevado* del que anotamos.

Ahora bien; entre las numerosas deficiencias que desde el punto de vista técnico es dable anotar en los procedimientos culturales en uso en nuestras campañas, el empleo de las semillas pobres y degeneradas es quizás una de las más importantes y trascendentales; en efecto, las malas labores, las malezas que invaden los sembrados, las siembras en destiempo, la semilla que nunca es renovada, cambiada o seleccionada, y la estación no siempre favorable, son otros tantos factores negativos que influyen directamente en el producto, que constituye también la semilla que se emplea en el año siguiente en la siembra, semilla que resulta así pobre y degenerada.

Para mejorarla hay diversos procedimientos que están al alcance del agricultor: el cambio de semilla de una zona a otra, la importación del extranjero, la selección en masa o fisiológica y la selección mecánica de las que hemos hablado otras veces; pero hay otros procedimientos que son más fundamentales, más trascendentales en sus efectos, aunque más difíciles por su ejecución y que, por esto mismo, solamente están en manos de los agrónomos especialistas: la «selección genealógica» y la hibridación.

«La selección genealógica», o de «pedigree», o de «puras líneas», toma por base del mejoramiento de la variedades existentes un solo individuo, una sola espiga, cuyos granos se siembran aparte y cuyos productos se van seleccionando durante varios años consecutivos, hasta fijar, en las generaciones sucesivas, los caracteres y cualidades perfeccionados y exaltados.

Por la hibridación, en cambio, cruzando, como suele decirse vulgarmente, una variedad con otra, elegidas previamente, y eliminando en las generaciones sucesivas los productos que no reunan de manera fija y estable las cualidades requeridas, se obtiene variedades nuevas con caracteres propios, o asociados, o acumulados.

Unos y otros procedimientos aplican las leyes de la herencia en forma admirable y exigen una suma de labor, de paciencia, de investigación y de práctica en esta técnica, que es patrimonio exclusivo de los que con especialidad y aptitud se han dedicado a esta clase de trabajos.

Con el fin, pues, de mejorar la semilla de trigo y maíz que se emplea en la Argentina, el Ministerio de Agricultura de la Nación ha contratado los servicios del profesor Nazareno Strampelli, quien en cuanto llegó se puso en campaña para estudiar *de visu* nuestra producción triguera, en sus zonas propias y características y antes de que llegue a las parvas; de sus estudios, de sus investigaciones, de sus comprobaciones, resultará el plan de la obra que ha de trazarnos, para implantar en el país los sistemas y procedimientos, ya por medio de la selección de las variedades nuestras o por hibridación de las mismas, tendientes a lograr el fin propuesto, esto es, a formar semillas puras, sanas y fuertes, que den productos de clase inmejorable, resistentes a las enfermedades y de alto rendimiento.

El profesor Strampelli es director de la Estación de Cerealicultura, de Rieti en Italia; en sus veinte años de trabajo se ha dedicado exclusivamente a la selección e hibridación de cereales; ha creado cerca de 350 híbridos de trigo, algunos de los cuales, como el Apulia, Gargano y Dauno, tienen cualidades excepcionales de resistencia a la sequía; otros, como el Carlotta Strampelli, son inmunes al polvillo y de rendimientos tan elevados hasta parecer inverosímiles.

Es, pues, no solamente un hombre de ciencia sino también de vasta experiencia y de mucha práctica en su técnica; debemos por tanto esperar confiados, no diremos milagros, pero sí notables y seguros resultados en pro del mejoramiento de nuestra producción agrícola nacional.

PLAGAS DE LOS ALFALFARES: LA CUSCUTA

Entre los diversos enemigos de la alfalfa, la cuscuta es, quizás, el más conocido y el más perjudicial; su semilla de forma ovoidal, de color rojizo moreno hasta pardo, según las especies, se desarrolla en el terreno con prontitud; de ella nace la planta constituída por filamentos de color amarillento rojizo, que se extienden en el suelo hasta encontrar una planta a qué adherirse, por medio de órganos especiales chupadores; estos filamentos se multiplican, e invaden en seguida otras plantas, envolviendo todas sus partes y formando a veces una alfombra que cubre el suelo por algunos decímetros de espesor y ahogan las plantas de alfalfa, a las cuales absorben los jugos nutritivos; pronto en los filamentos salen unas florecitas blancas, que madurando se transforman en frutos que contienen numerosas cápsulas de 2 a 4 semillas cada una. La cuscuta se propaga, pues, por semilla, por filamentos y por tubérculos situados al pie de la planta, y su poder de invasión en los campos alfalfados es tanto más rápido por cuanto sus semillas conservan su poder germinativo durante 3 ó 4 años y aun después de pasar por el tubo digestivo de los animales.

Ahora, para precaverse de la difusión de la cuscuta, el único medio es la selección de la semilla de alfalfa libre de esta plaga, empleando semilla procedente de campos inmunes de cuscuta, o si no con certificados expedidos por el Ministerio de Agricultura.



La cuscuta de la alfalfa.

Cuando la cuscuta se haya desarrollado en un alfalfar, la lucha es posible, aunque no siempre de resultados seguros. Lo mejor es cortar toda la zona infestada y buena parte de la limítrofe, cortando la alfalfa lo más cerca posible del suelo, separando luego el pasto que se quema en otro lugar. Después, sobre el terreno limpio, se lleva paja o pasto seco, y se quema, o bien se riega copiosamente el suelo con una solución de sulfato de hierro al 10 por ciento (10 Kg. de sulfato en 100 litros de agua) o con un sulfato de cobre al 5 por ciento, y, en fin, esparciendo sobre el suelo nitrato de soda en razón de 40 gramos por metro cuadrado.

Pero repetimos que a los medios curativos hay que preferir siempre los preventivos, es decir, sembrar semillas limpias en absoluto de cuscuta.

HUGO MIATELLO
ING. AGRÓN.

Conscriptos del regimiento 16.º de Infanteria, 5.ª compañía, bajo el mando del teniente 1.º Parodi, que fueron licenciados; siendo premiados este último y un conscripto con una medalla de oro por su ejemplar comportamiento.


Estilo, siempre Estilo
Le agradará vestirse eternamente con trajes de la sastrería M. ALVAREZ.
El estilo de los trajes hechos por M. ALVAREZ es tan cuidadoso que no escapa detalle alguno.
Nuestro éxito lo debemos al impecable estilo y a la insuperable calidad de nuestra ropa.
Tenemos en existencia una variedad inmensa de gustos para que usted "elija" y de "estilo" para cada ocasión.
Los modelos hechos para la exposición de nuestras vitrinas los vendemos con objeto de liquidarlos, a $ m/n 65
LA SASTRERIA DE LUJO
(LA MAS GRANDE EN SUD AMERICA)
M. ALVAREZ
B. AIRES
B. MITRE ESQ. ESMERALDA
NO TENEMOS
SUCURSAL

CONSULTORIO

N.º 1947. — ¿Hay algún pueblo en que las mujeres usen pantalones?

DON TRIFÓN. — Ciudad.

El que inventó la frase "ponerse los pantalones", para indicar la acción de apropiarse la mujer los derechos y autoridad que al hombre corresponden, no debía estar muy fuerte en etnografía; de estarlo, hubiera sabido que hay muchos pueblos en que esta prenda forma parte integrante de la indumentaria femenina, y que precisamente en ellos es la mujer humildísima compañera del hombre, cuando no sierva humillada. Nadie se atreverá a decir que en el Oriente es la mujer la que manda en su casa; sin embargo, muchas mujeres orientales, las persas entre ellas, gastan pantalones muy ceñidos para estar en el harem, y bombachas para salir a la calle. Verdad es que sobre ellas llevan una falda, pero sumamente corta, como tonelete de bailarina; de manera que el pantalón queda casi del todo al descubierto.

Las mujeres chinas, cuyas posición en la sociedad tampoco es muy envidiable, llevan también amplios pantalones, que si bien en las damas de rango van ocultos bajo larga bata, en las hijas del pueblo y en las muchachas jóvenes, de todas las clases, no van acompañados más que de una blusa corta. En otros pueblos de Asia encontramos la prenda en cuestión con mil distintas hechuras, ya ancha y abotinada, ya corta y ceñida.

El clima de los países árticos obliga a las mujeres que en ellos viven a usar pantalones, por ser de más abrigo que la falda, y así los hallamos entre las tchukchis de Siberia, y entre las esquimales de la América boreal.

En Suiza, entre las montañas del cantón de Valais, está la aldea de Champéry, donde la parte masculina de la población es famosa por su holgazanería, no haciendo otra cosa que servir de vez en cuando de guías a los viajeros. La mujer lleva allí una vida de verdadera esclava; ella es la que apacienta el ganado, la que corta leña, etc.

Ahora bien; el traje de las mujeres de Champéry se compone de una chaquetilla, un pañuelo rojo anudado a la cabeza y unos pantalones; pero no ya de forma extraña o coquetona, sino verdaderos pantalones de hombre. La contradicción no puede estar más evidente.

Las moras granadinas, cuando en Granada había moros, también gastaban grandes bombachas, según se deduce de los documentos que de esa época quedan.

N.º 1948. — ¿Cuál es la isla menos visitada de Europa?

JOSÉ PALERMO. — Olivos.

El doctor Charcot, tan conocido por sus exploraciones antárticas, ha visitado este verano la isla de Rockall, situada a quinientas millas al noroeste de Irlanda, que es probablemente la isla menos visitada de Europa, lo cual se explica por tratarse de un macizo peñascoso muy escarpado, y enteramente vertical en uno de sus lados. Antes de Charcot, sólo habían estado en ella unos marinos de guerra ingleses en 1810, otros en 1862, dos pescadores de las Faroes en 1887 y 1888, y otro pescador de Grimsby en este último año. En 1904, durante una niebla, chocó contra ella el vapor danés Norge, hundiéndose en pocos minutos y pereciendo seiscientos emigrantes. La leyenda de San Brandano, monje irlandés que en el siglo VI viajó por el Atlántico, refiere que este religioso estuvo en Rockall y encontró allí un ermitaño llamado Pablo, y otra versión pretende que el solitario no era otro que Judas, que expiaba así su traición. Por cierto que algunas de estas leyendas pretenden que Rockall es un enorme témpano de hielo, sin duda porque en ciertas épocas aparece la isla casi enteramente blanca por la gran cantidad de guano que la cubre, procedente de millares de aves marinas que son sus únicos habitantes.

Está demostrado que Rockall es el pico más elevado de un gran continente sumergido, acaso de la "tierra hundida de Buss" de que hablan los viajeros del siglo XVI. Este hecho es considerado por algunos hombres de ciencia como una demostración de la existencia de la antigua Atlántida, aunque hay motivos para creer que el famoso continente perdido se hallaba mucho más hacia el sur.

Una de las particularidades de esta isla, que el hombre sólo ha pisado seis veces, es que toda ella está constituída por un mineral peculiar, que ha sido por esta razón designado con el nombre de "rockallita".

N.º 1949. — ¿Quién fué Pascal?

PEDRO RIVOLTA. — Ciudad.

Blas Pascal fué un célebre filósofo geómetra francés, que nació en Clermont-Ferrand en 1623 y murió en París en 1662.

Su padre, que era un sabio matemático y presidente del Tribunal de Contribuciones en Clermont, observando la inteligencia de su hijo, determinó trasladarse a París para consagrarse por completo a la educación del pequeño Blas.

Este a los 12 años demostró tal afición por las matemáticas, que sin ayuda alguna, y meditando él solo, descubrió y resolvió 32 proposiciones geométricas de Euclides.

A los 18 años escribió una obra sobre matemáticas tan notable que asombró a Descartes, quien creyó era de alguno de los maestros de Pascal.

Después este sabio descubrió el Triángulo Aritmético, que facilita grandemente la resolución de gran número de problemas de matemáticas. Luego se dedicó a estudiar física, donde también hizo valiosos experimentos y descubrimientos.

Aunque de naturaleza muy enfermiza desde su niñez, Pascal nunca interrumpió sus estudios.

En 1656 tuvo una disputa contra los jesuítas, por cuyo motivo escribió sus célebres "Cartas Provinciales", obra de tal mérito, que provocó la admiración de Voltaire.

En 1670 publicó, por primera vez, sus "Pensamientos", obra trunca, en donde se proponía hacer la apología de la religión cristiana, y que es considerada como una notable obra filosófica.

Su vida fué, en sus últimos días, un modelo de virtud cristiana, y dejó a la posteridad varias obras, de las cuales las más notables son, además de las ya citadas, un "Tratado sobre los números", "Del espíritu geométrico" y "Tratado del triángulo geométrico".

Pascal, escritor, sabio, moralista y filósofo, fué combatido y denigrado por Voltaire y Condorcet en el siglo XVIII; pero como dice el profesor Archambault: "la posteridad lo ha desagraviado cumplidamente."

N.º 1950. — ¿Qué premio exigió el que inventó el juego de ajedrez?

P. G. — Ciudad.

El origen del noble juego del ajedrez es una de las muchas cuestiones que se hallan sin dilucidar, por perderse en la noche de los tiempos.

Algunos atribuyen su origen al general griego Palamedes, hijo del rey de Eubea. Hay otros que opinan que lo ideó Sarsa, filósofo caldeo (quinientos sesenta años antes de J. C.), y no falta quien atribuye su invención a los chinos, unos trescientos años después de Confucio.

Ahora bien; la pregunta del señor P. G. implícitamente indica otro origen al noble juego, que es el que Cantú apoya en su "Historia universal", y, según el cual, su origen se halla en la India, donde se conocía con el nombre de Schaturanga.

La leyenda dice: Que deseando el bramín Sissa domar la altivez y el orgullo de Sirbam, emperador de Dejbi, ideó un juego en el cual el rey no pudiese hacer nada sin el concurso de sus vasallos, aun siendo él la pieza principal.

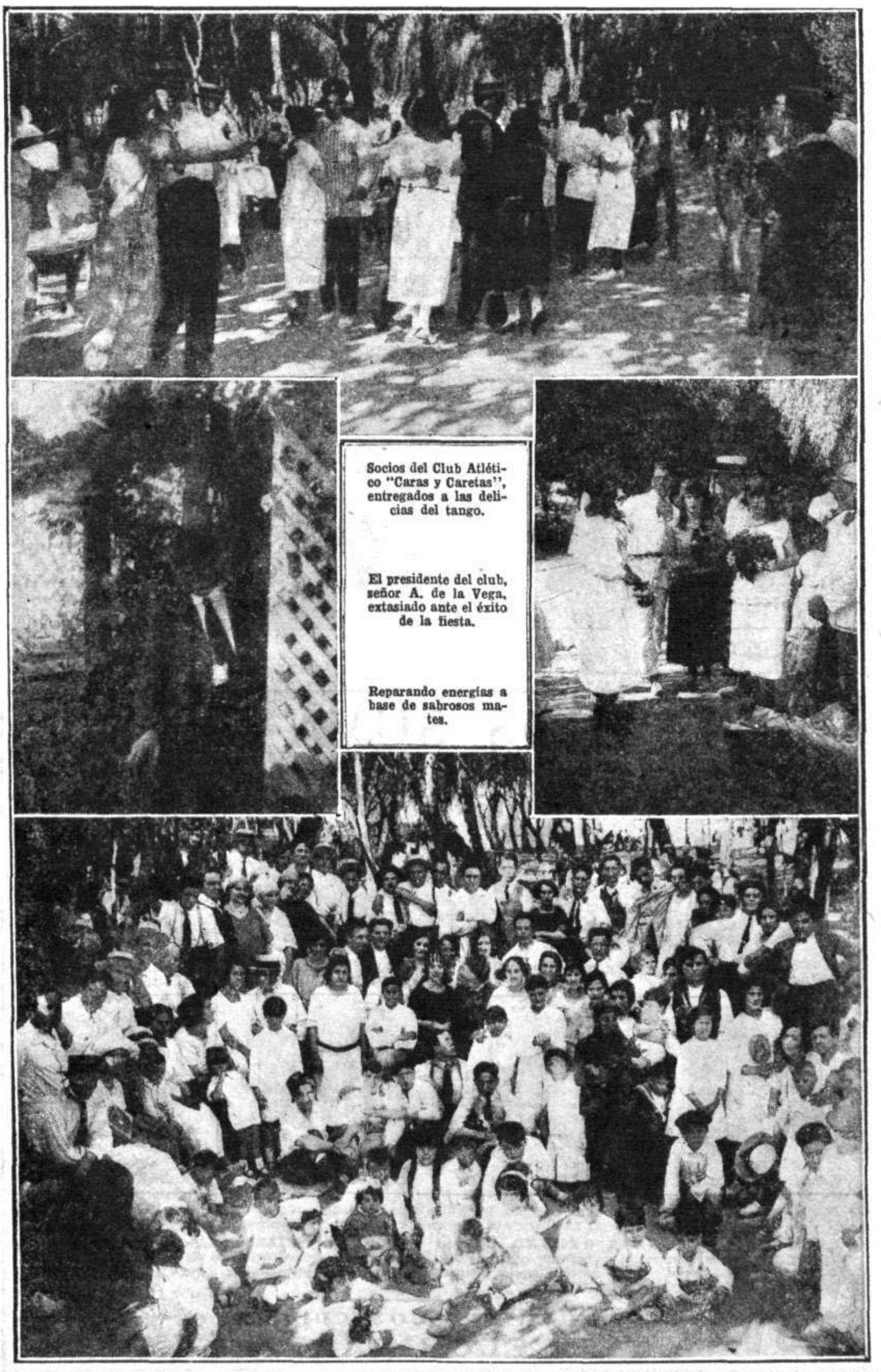
Sufrida por el emperador esta primera humillación en su orgullo, quísole dar una prueba de su poder diciéndole que le pidiese una gracia, y nuestro bramín contestó que se contentaba con un grano de trigo en la primera casilla del tablero, dos en la segunda, cuatro en la tercera, ocho en la cuarta, y así doblando, hasta la 64 casilla del tablero. El soberano tuvo que sufrir otra nueva humillación, pues la cantidad ascendía a la cifra de 18.447.734.073.709.551.615 granos de trigo. Cantidad que no se cosecharía en el mundo en muchos años.

Con el fin de responder a las numerosas consultas que nos hacen, hemos resuelto contestar en este lugar, desde luego en forma muy breve, aquellas preguntas que se nos formulen y que sólo puedan tener importancia para el interesado. Las que creamos de mayor interés para el resto de los lectores seguirá teniendo su respuesta, como hasta ahora, en el "Consultorio".

A Kurioso:

Como muy bien lo supone no se trata de ningún parásito. Lo que ese huevo contenía entre su albúmina eran dos tumores de distinta naturaleza; uno de ellos era un tumor calcáreo de la misma constitución de la cáscara, el otro era un tumor fibroso que no sabemos si habrá sido involucrado dentro del huevo, al constituirse éste, o si se formó posteriormente, a expensas de alguna de las distintas células del huevo.

Club Atlético Empleados de "Caras y Caretas"



Socios del Club Atlético "Caras y Caretas", entregados a las delicias del tango.

El presidente del club, señor A. de la Vega, extasiado ante el éxito de la fiesta.

Reparando energías a base de sabrosos mates.

Parte de los asistentes a la hermosa fiesta que puso una vez más de manifiesto los vínculos de solidaridad y compañerismo que existen entre los empleados de nuestra casa.

De San Luis

Distinguidas señoras de la sociedad puntana que concurrieron al gran baile organizado en honor de la esposa del gobernador, señora Almeira Novillo de Guillet, por la comisión de Damas de Beneficencia.

S. E. el gobernador y su esposa durante el lunch.

Aspecto del hall de la residencia del doctor Arancibia Rodríguez, donde fuera celebrado el baile.



Instale un aparato Radiotelefónico en su hogar.

La Radiotelefonía proporcionará muchas horas de alegría a su familia. Es una fuente inagotable de diversión sana e instructiva. Piense Vd. en lo maravilloso que es oir desde su casa, sin molestarse, las mejores melodías de orquestas famosas, conciertos, conferencias, noticias deportivas, de última hora, etc.



El aparato Receptor AR-1300 y Amplificador AA-1400 que ilustramos en esta página es de calidad insuperable y el más completo que se conoce. Su costo es moderado. Su mantenimiento es muy económico.

Solicite detalles y demostraciones en las siguientes casas:

A.E.G. Comp. SUDAMERICANA DE ELECTRICIDAD. Alsina, 434.

AGAR, CROSS & Co. Ltd. Paseo Colón esq. Venezuela.

ANGLO-ARGENTINE GENERAL ELECTRIC Co. Rivadavia, 1475.

BUXTON GUILAYN & Co. (Soc. en Comandita) Suipacha, 602.

Comp. WESTINGHOUSE ELECTRIC INTERNACIONAL. S. A. Av. de Mayo, 1035.

GENERAL ELECTRIC, S. A. Av. de Mayo, 560.

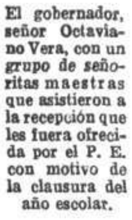
PRATT & Cía. Sarmiento, 636.

SIEMENS-SCHUCKERT, S. A. Bdo. de Irigoyen, 330.



RSA

De Tucumán



El gobernador, señor Octaviano Vera, con un grupo de señoritas maestras que asistieron a la recepción que les fuera ofrecida por el P. E. con motivo de la clausura del año escolar.



Alumnas de la escuela pedagógica Sarmiento, recientemente egresadas.



«El collar de los Borgia»

Es un melodrama con puntas y ribetes de histórico, confeccionado al gusto norteamericano y desarrollado sin escrupulosos miramientos a la lógica natural de los acontecimientos.

Una muchacha bastante mal educada se burla, entre otras muchas cosas, de un viejo infeliz pedagogo, alma sana y soñadora que en vano pretende enseñarle sus muchos conocimientos. La endiablada discípula no respeta sus canas y juega con su paciencia inconmovible... hasta que un tío, de esos tíos que están para las oportunidades, al despedirse, bien a su pesar, de las delicias mundanas que le proporcionaban sus millones, ya para expirar, recuerda el hombre que tiene una sobrina y le deja su fortuna.

Dorita, que así se llama la colegiala, al enterarse de la herencia pega brincos de contenta y se posesiona de los millonecetes sin sospechar todavía, la muy ingenua, que otra mujer muy ladina, ex amiga del fallecido, está dispuesta a intrigar más que un procurador hambriento con tal de pellizcarle la fortuna; y después de muchas peripecias, intrigas y habilidades escénicas, todas ellas bastante divertidas, triunfa en toda la línea la traviesa ex colegiala, que, *además*, se enamora y se casa, y colorín colorado.

Nos ha gustado esta cinta porque logra distraer por lo movidos de sus diversos episodios.

«El comisario de la mano muerta»

A base del artista Jack Hoxie, es una película rural del género «lejano Oeste». Relatar el argumento es, poco más, poco menos, repetir los diez mil y pico que ya conocemos, salvo las naturales variaciones que establecen el paisaje, los actores y algunos detalles secundarios. También esta producción cumple su cometido artístico-literario, distrayendo agradablemente al espectador sin «complicarle» las entendederas con escenas artificiales y tendenciosas, tal como sucede con otras de carácter social y de la misma marca.

«Un hombre infortunado»

La interpreta el conocido William Farnun, actor de talento, el cual, entre bromas y veras, nos representa aquí, con un argumento cualquiera, un desfile de acontecimientos perfectamente fotografiados, amenos y hasta sentimentales. Esa mezcla — tan difícil — de lo cómico y lo dramático se resuelve en esta cinta sin desdoro artístico, alternando ambos sentimientos con discreto buen gusto.

«La trampa dorada»

Quiere ser un alarde de film al aire libre, pasional y enérgica, en la que los intérpretes, personajes de acción y de ambición, luchan por conseguir sus propósitos... los propósitos de siempre: fortuna y amor.

Ruth Reinick, la protagonista, nos gustó por su simpática expresión de mujer que sabe posesionarse de su papel, y Wallace Boery la secundó muy discretamente.

TEATRO DEL SILENCIO

Sin embargo de todo esto, esta *cinta deja algo que desear, no* sabemos qué...

«Los hombres de Zanzibar»

Es una producción «exploradora» que se desenvuelve por tierras africanas entre aventuras y contrariedades, en cinco actos un tanto más cuanto aburridos a pesar de su carácter de «episodio de camino».

Gracias a que el excelente actor William Rusell nos entretiene y a que, en cuanto a la parte artística, la cinta nos resultó recomendable; porque, fuera de estas dos circunstancias afortunadas, no hubiera interesado a nadie lo que hacen «los hombres de Zanzibar».

«La flor de Irlanda»

Es una película tendenciosa en el buen sentido de la palabra. A Dios rogando y con el mazo dando... Esta producción nos presenta las sostenidas luchas entre fenianos e ingleses y nos zurce un drama interesante en que las traiciones y los sobornos andan de por medio, tratando de acogotar a la virtud, personificada en dos muchachas.

Afortunadamente todo concluye a satisfacción de los protagonistas, y nada menos que tres bodas cierran, digamos que con broche de oro, la puerta dorada de este sentimental episodio.

Un puñado de noticias frescas

Todas alrededor de Cinelandia, acabamos de leer en el último correo procedente de Yanquilandia.

Lo que desde luego interesará a nuestras lectoras es el viaje del famoso modisto francés M. de Poiret, el cual, apenas se enteró por una clienta de que en Estados Unidos *todavía* se usaban las faldas cortas habiéndose ya «promulgado» su alargamiento, dispuso en el acto sus maletas y tomó pasaje en un trasatlántico.

— ¡Dios de Dios! — dicen que exclamó este *arbiter elegantiarum*, herido en lo más profundo de sus elegantes sentimientos. — Esos yanquis siempre despreocupados, siempre antojadizos. ¿Pues no se ha dicho ya que las faldas cortas pasaron a la historia?

Quince días después, en su departamento del hotel, M. de Poiret recibía la visita de un comerciante neoyorquino, hombre de imaginación.

— ¿En cuánto calcula usted que perjudica al comercio — productores y confeccionadores — la falda corta? — preguntó, sin andarse por las ramas, el yanqui aritmético al francés.

— ¡Oh, oh! Es imposible decirlo así, de golpe, pero usted considere, mi querido amigo y cliente, los millones de metros de telas preciosas que no se venden, y además...

— Solamente en Nueva York — interrumpió el yanqui — se podría calcular en veinte millones de metros anuales la tela que se «deja» de vender por las malditas faldas cortas, y si nosotros...

— ¿Qué? — inquirió ansiosamente el modisto.

— Muy sencillo — explicó el yanqui. — Con un millón de dólares yo me comprometo a que las faldas se alarguen. ¿Está usted dispuesto a entrar en la combinación?

— ¡Oh, oh! Usted dice propaganda... yo conozco, sí; pero ser mucho dinero y la guerra me ha perjudicado mucho. Yo...

— Usted ganará y yo también. Tengo un plan.

A la semana siguiente y comentado por diversas publicaciones, unas estupendas «girls» y entre ellas, dando la norma, algunas «estrellas» cinematográficas, aparecían en público luciendo magníficos vestidos con las faldas largas y hacían «interesantes» declaraciones acerca de su elegante conveniencia, etc.

Ruth Roland, Theda Bara y la sugestiva Leatrice Joy, campeonas de este retroceso modisteril, fueron entrevistadas y retratadas docenas de veces en tanto que el yanqui despachaba, en su lujoso establecimiento de la Quinta Avenida, un «metraje» enorme — tan largo como el de las películas por series — de sus últimas «novedades» en telas, y M. de Poiret, en su recibidor del hotel, se multiplicaba sonriente para atender a su numerosa y distinguida clientela.

«Madona de las rosas»

Es una película española, argumento del eximio Benavente, que, según nuestros informes, acaba de estrenarse con buen éxito en la Habana y que, dentro de algunos meses, será exhibida aquí por un conocido empresario.

Parece ser que esta producción constituye un significativo esfuerzo en pro del arte cinematográfico peninsular por lo bien que se han logrado las escenas y por la delicadeza literaria que entraña el argumento.

Trabajan en ella Emilio Thuiller, Asquerino y la Moragas.

Tras de esta película, que ahora comienza a recorrer los salones de Hispanoamérica, se anuncian otras de autores españoles de fama, tales como Armando Palacio Valdés, Martínez Sierra, Rusiñol y algunos otros.

En Barcelona se piensa constituir una fuerte sociedad con estudios propios en algunas capitales y con sucursales en América, con el objeto de explotar la producción de cintas de carácter racial.

Nos enteramos también de que la *artista cinematográfica* Olga Petrova, que hace poco visitó España, se sintió «bolchevique» y escribió un drama titulado «El Pavo real Blanco», cuyo asunto quiso ser «castizo», de puro estilo español, resultando un verdadero mamarracho al decir de la prensa.

En fin, todo un fracaso.

Narciso Robledal.



MONTEROS. — Grupo de distinguidas familias que asistieron al homenaje que el personal docente de la escuela normal rindió a su director, señor J. M. Monzón, con motivo de su jubilación.

EMPLEO DEL COMBUSTIBLE LÍQUIDO Y SUS VENTAJAS

La destilación de los petróleos brutos deja, a temperaturas relativamente bajas, el éter del petróleo, empleado como disolvente en industrias químicas; continuada la destilación a mayor temperatura queda la llamada esencia de petróleo y el petróleo del alumbrado.

Al detenerse en este punto la destilación, queda un residuo que es un 50 por 100 de la materia prima empleada, al que se denomina fuel-oil o mazout, que es un combustible industrial de primer orden, quemado hoy día en gran parte de los hogares de buques y en las máquinas del sistema Diesel, rival, en fin, de la hulla, sobre la cual posee ventajas que pasamos a exponer:

Poder calorífico. — Un kilogramo de la mejor hulla produce 8.800 calorías, mientras que la misma cantidad de mazout da 11.000.

Rendimiento. — Un quemador de petróleo puede regularse tan fácilmente como un mechero común de gas, permitiendo utilizar así mejor y más oportunamente el calor que produce su combustión.

Se almacena con gran economía de espacio. Exije menor mano de obra para su aplicación y uso.

Por todo lo cual es preferido en la navegación, donde reduce también el personal de fogoneros en un 70 por 100, a la par que aumenta el radio de acción en un 60 por ciento.

PRODUCTOS
CALIDAD
Armour

Para todas sus comidas...

en las que Vd. desee esa fragancia deliciosa que excita el apetito y ese rico sabor que deleita el paladar, use usted siempre las excelentes

Grasa de Vaca **y Grasa de Cerdo**

Oleo MARGARINA **Marca ESCUDO**

Son de manteca en rama extraída de la mejor parte del animal. Puras y bien derretidas.

Reemplazan con ventaja al mejor aceite porque en su uso resultan tambien más económicas y agradables.



De Tucumán

Grupo de señoritas que han obtenido su título de maestras en el Colegio del Huerto.

Alumnas de la escuela pedagógica Sarmiento recientemente egresadas.



MADRINA

Sin levantar los ojos, porque ya la luz de la lámpara era demasiado fuerte, y le hacía mal, la señorita Josselot, preguntó:

— ¿Qué hora es?

En ese mismo instante se oyó tocar las ocho, y la brisa movió fuera a la arboleda. Un gesto de sus dedos alargados, tradujo, a pesar suyo, su contrariedad, y agregó:

— ¿Cómo es que Luisa no ha llegado aún?

— Los trenes andan de mal en peor — respondió la señora Bern, su vecina.

— Ya lo sé... pero a pesar de eso... ¿Está usted segura de que le hicieron el telegrama?

— He sido yo misma quien, al ir ayer a la farmacia, lo puse en el correo.

La señorita Josselot reflexionó:

— El telegrama debió llegar entonces a las cinco, a las seis a más tardar. Luisa lo ha hallado al volver a cenar. Pudo tomar así el tren de las nueve y cincuenta...

Por décima vez repetía el cálculo. La vecina dijo:

— Y si ella ha sido retenida más de la costumbre por el trabajo... Los fin de mes...

— Es cierto — convino la señorita Josselot. — ¿Pero en ese caso, por qué no haber tomado el de esta mañana?

— ¡Sale tan temprano!... Y sobre todo que usted no quiso que se le inquietara, y con lo que no hizo usted mal, porque su estado no tiene la gravedad que se supone, habrá tomado el de las tres y treinta que la hará llegar a eso de las nueve. No hay por qué hacerse mala sangre ni malquererla.

— ¡Oh! — exclamó la señorita Josselot — ¡no es para tanto!... es que estoy inquieta, lo que es cosa distinta. ¡En fin! esperemos, hasta las nueve...

— Es claro. Y si yo fuera usted, procuraría dormirme. Que al menos, la encuentre con una cara reposada... La veo agitada, su frente traspira...

La señorita Josselot se echó sobre la almohada. La señora Bern volvió a su lectura. De tiempo en tiempo, cada una de ellas, creyendo no ser descubierta por la otra, aguzaba el oído, hacia los ruidos que venían de fuera. Por fin una locomotora silbó a lo lejos y las dos cesaron de hacer como que dormían y que leían. Los minutos que desde la mañana habían pasado tan lentos se apuraban ahora, y la media hora ya había pasado hacía un buen momento cuando la vecina aseguraba aún:

— Son las ocho y cuarto., y veinte.

La señorita Josselot se volvió sobre la cama para inquirir por cuenta propia la hora que marcaba el péndulo y encontrando extraño el retardo, se lamentó:

— ¡Sería tan triste que ella no llegara mientras yo puedo todavía hablar!... ¡Tengo tanto que decirle!... Nadie sabe en este mundo cuánto quiero a esa chica...

— Ella la quiere igualmente.

— No de la misma manera...

De nuevo se calló. De cuando en cuando sus párpados movíanse y su dedo índice parecía ordenar atención. Cuando ya perdió toda esperanza de que la que esperaba no llegaría con el último tren como no había llegado con los otros, su estado de sopor cambió, agitóse.

— Mi destino ha querido que yo no conozca las alegrías que la vida no niega a ninguna mujer...

La vecina, creyendo que el delirio comenzaba, le rogó no perdiera la tranquilidad. La señorita Josselot, respondió:

— Estoy nerviosa... Pero le pido disculpas... Sin embargo, ¡piense usted!... Esta chica, mi buena amiguita... esta chiquita no es mi ahijada: es mi hija! Mi falta — si puede ser una falta el querer sin estar casada — no atañe hoy a otros que a Dios y a mí. Quise ocultarla, por la inocente, por el mundo. Así me privé de la felicidad de sentir que me llamaran «mamá», y Luisa creció llamándome «madrina». ¡Cuántas veces, siendo ella niña, luego cuando ella fué señorita, no debí morderme los labios para no decirle la verdad!... Cuando era pequeña pensaba: «no lo comprenderá». Más tarde: «lo comprenderá demasiado». Entonces escondí mi pena, esperando que una circunstancia feliz me obligara a declararle todo. Pero el azar no se produjo y el instinto no muestra esas cosas tan serias. En fin, usted se lo explicará, lentamente. ¡Es, no obstante, cruel, muy cruel!... Me parece que si una vez tan sólo ella me hubiera llamado «mamá» mi muerte hubiera sido más dulce...

De pronto se sentó en la cama.

— ¿Oye usted?... ¿Un coche se detiene?... ¿No son sus pasos?... Sí... sí..: oigo su voz...

En el mismo momento la puerta se abrió y Luisa apareció.

— ¡Eres tú!... tú! — gritó la señorita Josselot

abrazándola contra su pecho. ¡Cómo llegas tan tarde!... ¡Lo mucho que te he esperado!...

Bajo la débil luz que vertía la lámpara no se veía su rostro macilento; la alegría, la emoción aclaraban la opresión de su voz y Luisa dijo, sentándose a los pies de la cama, teniendo entre sus pequeñas manecitas frescas, las dos manos frías:

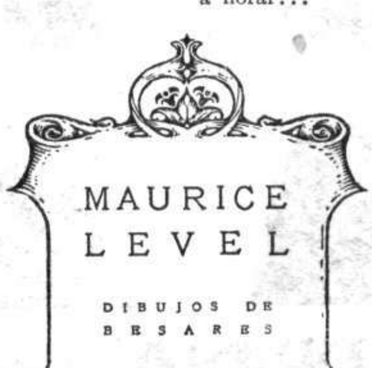
— No hay que echarme la culpa... madrina. Unos amigos se ofrecieron a traerme en automóvil... Hacía un tiempo tan lindo... nunca he tenido ocasión de hacer un viaje igual... ¿Me perdona?... ¡Cómo es de buena!... ¿Y cómo se encuentra usted? Tuve miedo al recibir el telegrama...

— ¡Chiquita!... ¡Chiquita! — murmuró la señorita Josselot.

— Desde lejos uno ve una gravedad que felizmente no es tal, — repuso Luisa. — A Dios gracias, usted no tiene fiebre...

La vecina se retiró discretamente. Luisa puso su abrigo sobre una silla.

— ¡Hace calor aquí!... Piense usted... después de seis horas de automóvil... ¡Cómo me felicito de encontrarla mejor!... ¡Qué hermoso viaje, madrina!... Ningún accidente, ningún obstáculo. Desde Chartres hasta aquí es una alfombra el camino... No se imagina cómo está el campo en esta época... Almorzamos en una hostería...



El viento había cacheteado sus mejillas. Sacudía la cabeza como un pequeño y vigoroso animalito, gozando de una sensación infantil, charlatana, feliz de todos los detalles del viaje. De cuando en cuando la señorita Josselot decía, contractando los dedos:

— ¡Chiquita!... ¡Chiquita!... — Entonces Luisa se inclinaba, le besaba la frente y le respondía enternecida:

— «¡Madrina!» «¡madrina!»

Por fin la señorita Josselot dijo:

— Tú debes estar cansada, mi pequeñuela... Acuéstate.

Pronta a irse Luisa, le recordó:

— Pero ya sabe, madrina, si esta noche necesita algo no deje de llamarme...

— Sí... sí — dijo la señorita Josselot... no te preocupes. Dile a la señora Bern de venir un rato para levantarme... ella tiene la costumbre.

La puerta se cerró. La señorita Josselot echóse a llorar...

— ¿Y?... — preguntó sonriendo la vecina al entrar. — ¿Ya está contenta?... ¿Ha visto a su pequeñuela...? ¿Le contó la verdad?...

— No — respondió la señorita Josselot — no. Estaba tan satisfecha de su viaje... No tuve fuerzas para quitarle su placer... Una madrina no será nunca nada más que una madrina... mientras que una madre... Ya tendrá tiempo de saber la verdad, de estar triste... y de sufrir...


El encanto y la sugestión
que encierra
un estuche con extractos de los más embriagadores perfumes es el motivo por el cual nuestros clientes, que han adquirido la buena costumbre de hacer con ellos sus mejores regalos, nos obligaron a contar en nuestras
SECCIONES PERFUMERIA
con lo más selecto y caprichoso que en el renglón se fabrica. Es una señal de tan particular buen gusto en nuestros clientes el hacer estos obsequios, que son muchos cada año los que los imitan.
Estas secciones de nuestras farmacias están atendidas por señoritas y despachamos en el día los pedidos para el interior.
Diego Gibson
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168, DEFENSA, 192
Unica Sucursal:
FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)
U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida

De Mendoza

El señor Antonio González Llosa y señora acompañados por las familias de López, Andrade, Villalón y González, en el jardín de su residencia.



La triste quimera

El eco de las notas ejecutadas al piano llenaba la sala de aquel artista ardoroso y culto. Julio Hermida era ciego. En el asilo en que fué alojado desde su primera edad aprendió música y adquirió conocimientos asombrosos. El arte, en muchas de sus manifestaciones, no tenía secretos para él. Indudablemente la falta de su vista había contribuído poderosamente en su aplicación a la música.

Aquella noche, que se hallaba ejecutando un cuaderno de Listz que le había sido signado recientemente, tenía el ciego una causa poderosa para sentir intensamente la emoción de la música: llevaba en sus oídos el eco armonioso de una voz de mujer y su compañero, más que un lazarillo, pudo demostrarle que la mujer de quien conservaba el recuerdo de la voz había demostrado éxtasis al escuchar la interpretación que hiciera de una obra de Grieg. Como otras muchachas de la ciudad, Sara Maidana solía hablar con aquel ciego portentoso. En general, todas lo querían además de admirarlo. Se le mimaba, pues unía a la bondad de su trato una humildad infinita de su carácter. Sara Maidana era una de las que menos lo habían tratado, pero la que más lo convenciera. La voz metálica, franca y dulcísima de aquella muchacha tenía algo de esa música que arrancaba lágrimas cuando el ciego la ejecutaba. El solía decir que a las mujeres se las debe querer por la voz...

Sara Maidana era bonita y joven y en realidad había algo de sublime en su voz, en la suavidad de esa voz, que hacía grato al oído cuanto decía. Ciego o no, quien la oía llevaba de ella un recuerdo perdurable, obsesionante, intranquilizador...

— Es bonita — le decía el compañero a Julio Hermida.

— Bonita... bonita... A ver, descríbemela.

— Oye; es como una flor...

— No me digas así las cosas...

— A ti se te debe hablar precisamente así.

— Bueno: ¿como cuál de las obras maestras de la música es ella?

— Como cualquiera de las de Verdi...

— ¡Como las de Verdi! Entonces... ya la imagino. Alegre... triste... siempre suave...

— Sí.

— Fresca.

— Sí; muy joven.

— Ahora su perfil... ¡si acertara!

— Esbózalo.

— Pelo ondulado, suave, de seda...

— Sí, y rubio...

— Eso es. Además, blanquísima...

— Como una flor, sí...

— ¿Y los ojos? Escucha... — y meditó el ciego: — grandes, pardos... Ah, y brillantes. Han de ser como la luz, porque la luz es brillante... ¿verdad?

— Sí. Pero ¿tú distingues los colores?

— Todos. ¿Lo dudas?

— Si lo dices, no hay por qué.

— El más dulce es el blanco, el más amargo es el negro. El blanco yo lo tengo en el alma, en las ilusiones, en el recuerdo, en Sara Maidana... El negro, en cambio ¡aquí, por Dios, aquí en los ojos!

El pobre muchacho se apretó los ojos en un arranque terrible de desesperación, y agregó, sofocado por el dolor:

— Tú no imaginas lo que sufro por Sara Maidana. Ya la quiero, y tanto, que me parece que sin ella, nada. Cometí el error de no hacerla apartar de mí cuando empecé a quererla. Ahora ya es tarde y necesito que me quiera con toda su alma.

— Ella te quiere.

Para hablar con su compañero había hecho girar el taburete en que estaba sentado, quedando de espaldas al piano; así que volvióse al teclado, ex-



¡UN DON JUAN!

— En fin, señorita; ¿qué encuentra usted de risible en que yo le hable de amor?



LA VUELTA DEL PRODIGO

— ¡Cielos! El ternero ha crecido.



tendió sus manos finas y blancas sobre las teclas, levantó su cabeza como en una evocación dibujada en la extorsión de su boca y empezó a ejecutar una obra nueva, absolutamente desconocida para su compañero, quien dióse a escuchar lleno de emoción... El ciego poco a poco inclinaba su busto sobre el teclado, bajando cuanto le era posible su cabeza que parecía ceder al peso de las ideas... Las últimas notas eran casi un sollozo, casi un suspiro nacido del infinito...

— ¿Has oído?

— ¿De quién es eso? ¿Quién te ha pasado esa música?

— Sara Maidana... La tenía en el alma... y salió así en el piano. Esta romanza la compuse hace diez días.

Julio Hermida había compuesto su primer fantasía espiritual como otros escriben el primer verso o dan un primer beso: con todo cariño, con mucha emoción...

II

Las entrevistas de Sara Maidana y Julio Hermida eran ahora frecuentes. Ella le proporcionaba los medios de hablarla y por cierto no ocultaba a nadie su cariño por el ciego. Ponía cierto orgullo y alguna satisfacción en divulgarlo, pues consideró siempre que las condiciones personales de aquel hombre eran realmente virtuosas. Ella le quería. Esto se lo declaraba con absoluta seguridad. Hermida era feo, y ciego por añadidura. Su cabello, siempre crecido y desigual, dábale un aspecto de abandono extraño, originalísimo. Cuando ejecutaba las rapsodias de Listz, que ponía a prueba su fuerza artística, con aquellas hebras de cabellos en mechones sobre la frente y el rostro arrugado en un gesto enérgico y vehemente, cobraba su físico una aspereza varonil que encantaba a Sara Maidana. Ella esbozaba esos rasgos físicos con firmeza de palabra, encantadísima de ellos.

Hermida, por su parte, trazaba en su imaginación la semblanza de su novia. Por cierto, todos los sentimientos de aquel hombre se reconcentraron en ese sólo cariño. Hablaba de ella como de la música. Su pasión pasaba los límites comunes. Toda su atención, ensimismada, reconcentrábase en su recuerdo. Frecuentemente pensaba en el porvenir... Había sentido el cariño por Sara Maidana con una emoción profunda, al extremo de que cuanto ejecutaba al piano le daba la impresión de oirla. El la quería, sin duda, por la voz... Lo había dicho muchas veces. Carente de la facultad de ver, poseía con exceso la de oir. El ruido más leve tenía en sus oídos una repercusión clara y especial. El solo andar de las personas le denunciaba el estado de ánimo de las mismas; en esto pocas veces se equivocó. Ahora se puede suponer con cuánta más razón no descubriría en la voz el alma de la mujer amada... Hablando con Sara Maidana él percibía perfectamente el grado de inquietud del corazón de su novia. Algunas veces ella quiso demostrarle situaciones fingidas para no intranquilizar a su pobre ciego, pero él demostrábala que no era así. Hallándose con ella cerca del piano en casa de una amiga de Sara, manifestaba sus dudas respecto del porvenir, pues adivinaba en la voz de su novia el pesar que ella experimentaba:

— No... no es cierto, Sara. Tus padres se oponen... Y tienen razón porque es lógico pensar que un ciego es una carga enorme para la vida de cuantos tienen que atenderlo...

— Eso no, Julio, porque en este caso sería yo quien tendría que ocuparme de ti.

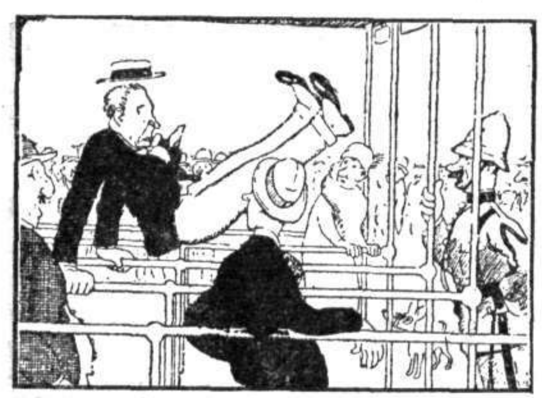
— Eres buena y encuentras el justificativo. Pero, dime la verdad: ¿es cierto que hoy has tenido un disgusto en tu casa, por esto mismo?

— No... ¡no! — Cerró la admiración con presteza y la ausencia de testigos permitió que le echara sus manos sobre el cabello como si hubiera querido apagar en esa cabeza la fiebre que le producía la duda.

Y no era la primera vez que se cortaba así un diálogo. Las manos finas y suaves de Sara Maidana acariciaban la cabeza del ciego mientras los dedos delgados y nerviosos de éste se estremecían al hundirse en el hueco de sus ojos secos, para terminar agitándolos sobre el teclado que llenaba la sala con la riqueza de las notas, como en un desahogo magistral de su fuerte temperamento...

III

En semejantes condiciones no era posible que sus cuitas siguieran desarrollándose sin otros entorpecimientos más poderosos. Los padres de Sara



¡CULTIVAD VUESTROS MUSCULOS!

El guardia. — ¡Oiga! ¡Estas paralelas están hechas para esperar que venga el tranvía!

El gimnasta. — ¡Bueno! Pero este ejercicio no es ninguna tontería para poderlo tomar cuando llegue...



— ¿Estás segura de que le amas?

— Segurísima, queridas mías. He estado para casarme tres veces y conozco perfectamente los síntomas.



Maidana arreciaban en la oposición a ese casamiento, llegando a provocar escenas de una violencia singular con su hija, que defendía con energía heroica los derechos del corazón.

— Y mira, mamá — decíale una vez; — tú te opones y ayudas a papá en su negativa. Al fin, ¿quién cargaría con el dolor sino yo? Y dolor por dolor, ¿cuál deberé aceptar, mamá? ¿El que me proporcionaría su separación, sin ningún goce, sin ningún egoísmo satisfecho, o el que pudiera producirme la vida a su lado, si lo produce, habiendo satisfecho al menos la ilusión, la esperanza de hacerlo feliz?

— Te ilusionas aún más y es mi deber llevarte a la realidad... Tú no vivirás tranquila a su lado, porque será humano si Hermida te esclaviza y somete a sus celos... ¿Crees que el matrimonio alimenta fantasías, criatura desventurada? ¿Crees que la piedad o la lástima son conciliables con el matrimonio? ¡Hija, hija! ¡vives de libros... de palabras... de música, como él!

Sara Maidana, cuando quedaba sola ante el único testimonio de su conciencia, volvía a su pregunta que en base de ser lógica la convencía:

— ¿Cuál de esos dolores es menos dolor...?

IV

Al cabo de algún tiempo, como persistiera porfiadamente aquella chicuela en el propósito de casarse con el ciego, los padres, siempre empeñados en «hacer la felicidad» de esa hija ilusa, cambiaron de residencia. Fuéronse a provincia, convencidos, por lo demás, de que Sara olvidaría aquel romance como olvida tantos la vida, pero ella llevóse su honda tristeza... Antes de abandonar la ciudad escribió a su ciego:

« Me llevan, no me voy; pero « creeme, Julio, que no conseguirán separarme de ti un solo « instante, pues a tu lado queda « mi espíritu. No te diré que no « pienses en mí; por el contrario, te pido que pienses « mucho.



« Al no poderte ver, han perdido su valor mis « ojos, única causa de celos que tuviste... Nuestra « quimera es triste, quizás porque se juega demasiado amor en ella. »

Esta carta, signada con la clave que sirve a los ciegos para realizar sus estudios y lecturas, le fué entregada a Julio Hermida cuando Sara Maidana estaba ya en viaje. De otro modo, lo habría interrumpido quizás. Ella no le decía a donde iba ni si volvería. Parecía más bien que se proponía alejarse para siempre y que se despedía con una frase sentimental para no hacer tan violenta la separación. Hermida sufrió en silencio la nueva adversidad de la vida, resolviendo volver al instituto de ciegos en calidad de profesor de música. El retiro de aquella casa le proporcionaba la paz y el silencio tan propicio a la meditación.

Nuevamente internado, destinó el resto de su voluntad a la enseñanza y a pensar en Sara Maidana. El recuerdo dispensábale todo el dolor que él ahora necesitaba para estar satisfecho de su devoción por la ausente, que al fin hízole concebir la ilusión de la felicidad.

En esa tarea de alternar, con el recuerdo de su novia, la enseñanza de la música, pasaron algunos meses. Un día aquella serenidad debió ser quebrada por una noticia que se llevaba al instituto para serle comunicada: Sara Maidana había muerto.

Hermida no respondió, ni con una palabra, a aquel informe terrible. Quedóse erguido, la cabeza levantada, los brazos rectamente tendidos hacia abajo, cerrados los puños. Sus labios únicamente se habían movido en una contracción nerviosa y trágica. Así un instante, quizás un minuto, le vieron el director del instituto y el padre de Sara, que fuera con la terrible noticia. Al cabo de ese minuto, de las cavernas de sus ojos secos brotaron algunas lágrimas, muy pocas... En ellas se iba también su vida, y como la dulce Dea, Hermida creyó ver... Era la visión espiritual de Sara, blanquísima, con su pelo ondulado, suave, de seda...



MATEMATICAS

— ¿Cuántos niños tiene ahora?
— No sé; hace seis meses que no he vuelto a casa.



EL INGLES TAL COMO SE HABLA

— Señora, ¿quiere decirme como se dice "roto" en inglés?
— Se dice "broken".
— Entonces, el jarrón chino es "broken".

Equipo de primera división del Club Sportivo, campeón de 1920-21-22, con los trofeos conquistados en las tres temporadas.



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

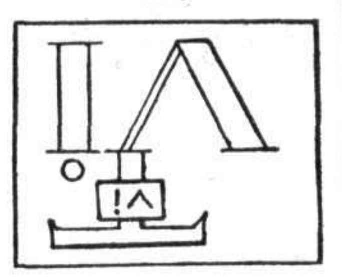
N.º 1
Comprimido, por Ricardo Rivas (Habana, Cuba)

ALIMENTO TA 50 50 VOCAL

N.º 2
Comprimido, por Ricardo Rivas (Habana, Cuba)

00 6 DE ENERO

N.º 3
Comprimido, por Ricardo Rivas (Habana, Cuba)



N.º 4
Triángulo numérico, por «Edward» (Rosario

1 2 3 4 5 6	Nombre de varón
2 3 2 5 6	Mes
5 4 3 4	Batracio
4 5 6	Alhaja
5 2	Nota
6	Vocal

N.º 5
Comprimido, por «Edward» (Rosario)

PRIMAVERA NOMBRE DE MUJER

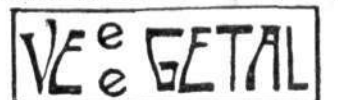
N.º 6
Charada relámpago, por «Edward» (Rosario)

CANARIO - NOMBRE
TODO: PLEGARIA

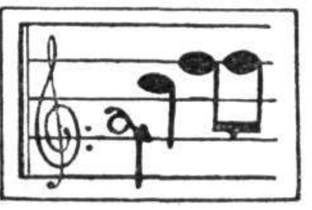
N.º 7
Comprimido, por Alcides Bonini (ciudad)



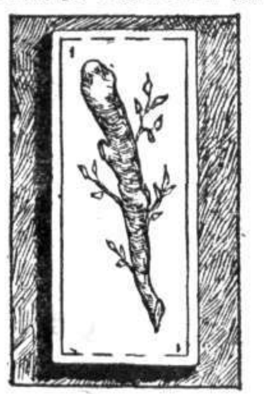
N.º 8
Comprimido, por Alcides Bonini (ciudad)



N.º 9
Comprimido, por Alcides Bonini (ciudad)



N.º 10
Comprimido, por Alcides Bonini (ciudad)



N.º 11
Aviso comprimido, por «Bolita» (ciudad)



N.º 12
Intercalación, por «Centenari» (El Palomar, F. C. P.)



N.º 13
Logogrifo-jeroglífico, por «Centenari» (El Palomar, F. C. P.)

LAGARTO

4 1 5 3 6 2

N.º 14
Substracción silábica, por «Centenari» (El Palomar, F. C. P.)

Sin la 1.ª: Dios
Sin la 2.ª: Para jugar
Sin la 3.ª: Clase de juego
TODO:
De las lejanas tierras viene amarrado con la sentencia de muerte de ser quemado.

N.º 15
Pensamiento de Lomm, por «Bolita» (ciudad)



CONCURSO DE PASATIEMPOS
DICIEMBRE DE 1922
CUPON N.º 1264.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Nota.—Los pasatiempos bajo el seudónimo de "Rino" se les conceptúa fuera de concurso, en lo que a colaboraciones se refiere, pero figurarán en el cómputo del concurso de soluciones.

De Territorios



GENERAL PICO. — Grupo de jóvenes deportistas a cuyos esfuerzos se debe la fundación de varios clubs de football que hoy militan en los primeros puestos entre sus similares de la localidad.



Equipo del "Argentino Football Club", vencedor del campeonato del año 1922, uno de los conjuntos más fuertes del territorio.



Primera División del "Pico Football Club", de destacada actuación en el último campeonato y que obtuvo durante el año numerosos premios.



CASTEX. — Team del "Racing Sportivo", que viene destacándose como uno de los equipos más poderosos, y que también tuvo una lucida actuación en el campeonato local.



El regalo para Navidad y Año Nuevo que con verdadero placer han de recibir en todos los hogares, es un aparato parlante

VICTOR y VICTROLA.

En las casas de familia donde prima el confort y buen gusto es de imprescindible necesidad un aparato **VICTOR y VICTROLA**, pues además de proporcionarle el placer de poder oir la música de su agrado, ya sean: óperas, canciones, piezas populares y de actualidad, es un mueble de lujo, el que denota el espíritu artístico de su poseedor.

Solicíten el catálogo de discos y aparatos **VICTOR y VICTROLA** que enviamos gratis.

Tenemos 28 modelos diferentes de aparatos **VICTOR y VICTROLA** desde **$ 90.—** hasta **$ 1.350.—**, y un selecto e importante surtido de discos Victor.

Unicos distribuidores Victor en la Argentina:

Pratt & Cia.

626 - Sarmiento - 636
Anexo: G. Güemes
Buenos Aires

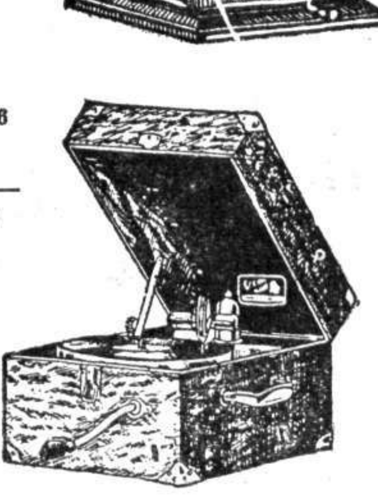
Maipú esq. Córdoba
Rosario

San Martín, 89
Córdoba



Los pedidos del interior acompañados de su importe o contra reembolso se despachan en el día





Señor Daniel Yavalayos, presidente del Club Atlético Posadas.

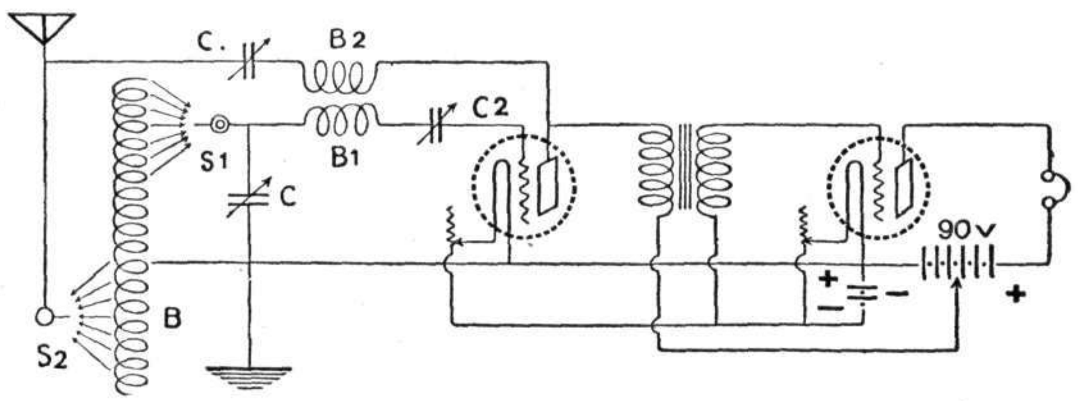
Hermosas copas que obran en poder de dicho club, y que fueron ganadas en brillante forma.

Señor Benjamín Estévez, secretario del club.

POSADAS (Misiones). — Arriba: Equipo del Atlético Posadas Football Club, campeón de la temporada 1922.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

UN CIRCUITO PARA RECEPCION PRACTICO Y SELECTIVO



En algunos puntos donde existen varias estaciones transmisoras, y la estación del aficionado está situada en la proximidad de las mismas, es muy importante tener un receptor que presente la característica de la selectividad que en esos casos es muy apreciada.

Como en la actualidad únicamente es en Buenos Aires donde puede presentarse un caso semejante, es a estos aficionados a quienes convendrá el empleo de este sistema.

Encontrándose en funcionamiento las estaciones de la Compañía Radio Sud América, Teatro Coliseo y Gran Splendid, con corrientes elevadas en el circuito de antena, es fácil comprender que a un aficionado que desee hacer una recepción apropiada como para dar un pequeño concierto con un alto parlante, le es muy importante no correr el riesgo de que en momentos en que la audición sea perfecta se oiga al mismo tiempo otra de esas estaciones que se encuentre próxima y que pretenda distraer a su auditorio con un programa a base de discos de fonógrafo.

Un circuito que evite estos inconvenientes, es decir que permita una selección perfecta, será muy apreciado por los aficionados.

El circuito que se describe a continuación ha dado muy buenos resultados entre los aficionados de los Estados Unidos e Inglaterra, siendo interesante recordar que los aficionados del primero de los países nombrados trabajan aproximadamente sobre una misma onda, de modo que un receptor de gran selectividad es imprescindible.

La bobina B de sintonización se hará sobre un tubo de cartón de 10 centímetros de diámetro por 15 de largo, debiendo hacerse un bobinado de 82 espiras con alambre de cobre de 0,5 milímetros aislado con dos capas de algodón, del empleado para el bobinado de motores.

Se hacen 12 derivaciones en dos secciones, una de 5, en una extremidad, y 7 en la otra, considerando como una de ellas los dos extremidades del bobinado.

Se comienza el bobinado y se sacará una derivación de la espira N.º 6, luego de la N.º 11 y de las siguientes: 15, 18, 20, 21, 22, 52, 57, 62, 72 y 82.

Las 7 primeras corresponden a una sección y se conectan a una serie de siete topes de contacto colocados en semicírculo, en cuyo centro va la manija selectora, y se procede igualmente con la otra sección de 5 derivaciones. Para obtener la reacción necesaria se emplea un juego de bobinas, B1 y B2, colocadas una dentro de la otra como un variómetro, con la diferencia de que ambas no están conectados en serie. Puede hacerse sobre dos tubos de cartón de 11 centímetros de diámetro para el exterior y de 8 centímetros para el interior, ambos de un ancho de 4 centímetros.

Se bobinan 26 vueltas del mismo alambre en dos secciones de 23 vueltas cada una, dejando en el medio un espacio para que pueda pasar el eje que ha de hacer girar el bobinado interno.

Se requieren tres condensadores variables: el C de 0,0005 de microfarads — o sea de 23 placas — y los C1 y C2 de 0,001 de microfarads, o sea de 43 placas.

Al circuito se le ha agregado un amplificador de baja frecuencia gracias al cual se han obtenido espléndidos resultados, pero si el aficionado no tiene la lámpara audión y el transformador necesario puede prescindir de él, conectando el teléfono en lugar del primario del transformador.

Como lámpara audión se puede emplear de cualquier marca, y la francesa dará muy buenos resultados con la cualidad del bajo precio.

El reóstato del filamento puede suprimirse, pues no es necesario, pero si se tiene a mano uno, convendría utilizarlo, pues en algunas ocasiones puede emplearse para la sintonización.

Realícense todas las conexiones cuidadosamente, tratando de evitar errores que luego serán difíciles de hallar y serán la causa de decepciones, verificando después sobre un papel las conexiones que se han hecho y comparándolas con las del esquema. Si en el movimiento de las bobinas B1 y B2 no se obtiene reacción alguna inviértanse las conexiones de una de ellas, con lo que se obtendrá el resultado deseado.

La sintonización se hace de la siguiente manera:

Por medio del condensador C1 y del variómetro obténgase la reacción necesaria y póngase la manija selectora S1 en un punto medio variando la capacidad del condensador C y la posición de la manija selectora S2 hasta que se oiga el sonido característico de las ondas continuas.

Si se desea oir telefonía muévase continuamente el condensador C con objeto de oir siempre las ondas continuas y disminúyase la reacción variando el acoplamiento antre las bobinas B1 y B2.

BONPLAND (Misiones). — Miembros del Club Atlético de Candelaria, cuyo entusiasmo y entrenamiento le ha proporcionado numerosas victorias.



Lejos ya de la Estación del Norte, en la tan concurrida calle Lafayette, se detuvo de repente, formando un taco en la incesante corriente del tráfico, e hizo un amplio ademán de rabia y de desesperación. Con una de las manos, violentamente extendida, dió un golpe en el pecho a un afanado parisiense que al principio no quiso oir explicaciones; pero la dulzura del ofensor, su aire de hombre tímido, su aspecto de extranjero, aplacaron al parisiense. Gruñó algo incoherentemente y siguió su camino, dejando a Samuel Laurence que siguiese el suyo.

Porque le ocurría esto; salvo unos doscientos francos que llevaba en el bolsillo y la ropa que tenía puesta, no le quedaba nada en el mundo, ni siquiera los derechos comunes a todos los hombres.

Hasta dos días antes, había estado empleado en la oficina de Londres de la «Beach Camera Company», bastante pobre y nada considerado; pero con un sueldo, la buena voluntad de algunos amigos y la tolerancia de muchos. Y el día anterior, cuando le mandaron al banco a sacar el dinero para pagar a los obreros, en un momento de alucinación, en alguna gran crisis de sus nervios y de su moral, se había convertido en un ladrón. Y apenas hacía una hora o dos que le habían robado lo que él había robado. No le quedaba nada.

Se dió a vagar por las calles de París. Cuando se acercó la noche, estaba muy cansado, y le fué necesario buscar alojamiento en alguna parte. Y siguió andando, con la cabeza que le sonaba como un tambor de tanto pensar en lo que había perdido. El gordo caballero de edad mediana que había venido en el compartimento del tren con él, debía de haber sido el ganancioso. Cuando el tren llegó a París, ese señor no había perdido tiempo para pararse, tomar sus dos maletas y pasárselas a un changador, que previamente había llamado, a través de la ventanilla. Después, como persona acostumbrada a los trotes de los viajes, bajó rápidamente del tren y desapareció entre la multitud que llenaba el andén de la estación. Sólo cuando lo hubo perdido de vista, Laurence se dió cuenta de que una de las maletas que el viajero había dejado, era una de las suyas, y se había llevado la de Samuel Laurence, empleado de la «Beach Camera Company».

Laurence intentó buscarlo; pero no lo pudo encontrar. Se le ocurrió que la aduana de impuestos sobre los consumos, a donde fué a parar, era la policía, y presa de pánico, se echó de nuevo a andar por las calles.

Ni siquiera se le había ocurrido hacerse de la maleta que el misterioso viajero había dejado en el coche en reemplazo de la suya, y bien sabía que no podía hacer averiguación alguna por los únicos medios que probablemente podrían haber dado algún buen resultado. Fué cuando se dió clara cuenta de su situación, cuando hizo el ademán que tuvo como resultado el golpe en el pecho al afanado parisiense que caminaba a su lado.

De pronto se encontró ante las mesitas de un café, protegidas por un toldo. Vaciló un instante; pero estaba tan cansado que se dejó caer en una silla. El mozo le sirvió un vaso de cerveza; Laurence habría preferido te, pero todos



— ¿POR QUÉ DIABLOS — PREGUNTÓ EL HOMBRE — ME DETIENE USTED ASÍ EN LA CALLE?

los demás clientes del café estaban tomando cerveza y no se atrevió a protestar. Se sentó lo más cómodamente que pudo en la silla de hierro y había empezado a reposar, cuando oyó que, detrás de él, alguien conversaba en inglés. Eran dos jóvenes insignificantes, probablemente empleados de alguna casa inglesa, que hablaban fruslerías.

Samuel Laurence bebió su cerveza y provocó los acontecimientos.

— Perdone usted — le dijo a uno de los jóvenes, dándose vuelta en la silla.

El joven lo atendió.

— Soy extranjero... ¿Quisiera usted decirme en dónde podría conseguir una cama para esta noche? He... per-di-do mi e-qui-pa-je y desearía... una cama muy barata...

— Hay muchos sitios para eso — contestó el joven indiferentemente. — En la plaza que ve usted allá, hay muchos hoteles modestos; pero si quiere usted algo *muy* barato, váyase a Montmartre.

— ¿Montmartre? — repitió Laurence. — ¿Por donde se va?

Los jóvenes ingleses no estuvieron de acuerdo sobre el mejor camino para llegar a Montmartre y discutieron un poco; pero al fin Laurence pudo formarse una vaga idea del camino que debía seguir y se puso en marcha.

Como era extranjero, Laurence caminaba con miedo por esas calles parisienses, y se le ocurría que todos los transeuntes con que tropezaba, podían ser ladrones. Al fin llegó a Montmartre, y se detuvo ante una casa que le pareció hotel. Por diez francos pagados adelantados le dieron una pieza del tamaño de un pañuelo, con una cama estrechísima, una mesa con una palangana para lavarse y una silla.

— Está bien — dijo cuando le mostraron la pieza. Estoy muy cansado.

— ¿Quiere tomar algo? — le preguntó el dueño del hotel, o lo que fuese. — Tengo whisky, coñac, vino, lo que quiera.

Samuel Laurence no quiso tomar nada. El hotelero lo miró sorprendido y salió.

II

Una vez acostado, Laurence no pudo tener la plena seguridad de si había cerrado bien o no la puerta de la pieza, y, a despecho de su cansancio, pasó algún tiempo antes de que pudiese conciliar el sueño, porque en la maldita casa había mucho ruido. Primero, en la pieza de abajo, unos hombres se pusieron a cantar; después, hubo un altercado, frente a la puerta de la pieza, entre gentes que parecía hablaban un idioma de salvajes; y, por último, una mujer gritó sin cesar durante más de diez minutos, poniéndose después a sollozar. Mas, al fin, Laurence se quedó dormido, para despertar a poco con la terrible impresión de que no estaba solo.

Prendió un fósforo y encendió la vela: la pieza se iluminó. No había nadie en ella sino él mismo, y la puerta, que se había imaginado abierta, estaba cerrada. Se sentó en la cama y miró en torno suyo. La pareció ser víctima de una pesadilla cuando oyó el rumor de pisadas en el pasadizo, frente a la puerta de su pieza. Tomó el candelero, abrió la puerta y se asomó. El pasadizo obscuro se alargaba a ambos lados, con la escalera al medio; pero no vió a nadie.

Cerró bien la puerta y se volvía a la cama, cuando vió su ropa, que había dejado bien arreglada en la silla, en completo desorden. Febrilmente dejó el candelero en la mesa y se puso a registrar sus ropas. Recorrió todos los bolsillos: no le habían dejado nada; hasta el pañuelo se lo habían robado...

El reloj de una iglesia cercana dió las cuatro de la mañana.

Y entonces, sentado al borde de la menguada cama, Samuel Laurence comprendió cómo es la vida del hombre que se pone fuera de la ley. No tenía recurso alguno, y si apelaba a la policía o al consulado británico, lo arrestarían. Todo se había confabulado contra él.

A las ocho de la mañana se vistió y bajó. El dueño del hotel, con todo el extraño aspecto de quien ha dormido vestido, estaba en la puerta cuando Laurence salía.

— ¿Ha dormido usted bien? — le preguntó.

Samuel Laurence lo miró y se reconoció vencido, porque el hotelero parecía mucho más fuerte que él. No contestó y siguió adelante.

Era una de las más gloriosas mañanas de París, con un cielo radiante y un ambiente perfumado. Su triste destino llevó a Laurence a los grandes bulevares, en los cuales los árboles lucían su magnífico verdor. No se había afeitado, ni siquiera se había lavado convenientemente. No se había desayunado ni podía desayunarse. Se movía por entre la multitud como si estuviese maniatado, y su desgracia parecía reflejarse, en toda su magnitud, en los brillantes escaparates de las tiendas. No podía pensar ningún plan; sabía que estaba a merced de fuerzas imponderables, pero cuando era ya cerca de mediodía y estaba rendido, el caprichoso destino tuvo piedad de él.

Ocurrió la cosa cerca de la Magdalena. Caminaba Laurence por la acera, un poco rengo ya de puro cansado, cuando vió que venía en dirección a él una persona cuya vista lo dejó con la boca abierta. Un individuo gordo y de aspecto feliz, con una cara tranquila, plácida debajo de un sombrero de Hamburgo, bien vestido, el bigote bien engomado. Era el viajero del tren, el hombre que se había llevado su maleta.

El hombre pasó a su lado, y Samuel Laurence se dió vuelta como sobre un eje. Después, en un impulso de energía, lo siguió y a los pocos pasos lo alcanzó y le dió una palmadita en el brazo.

— Disculpe usted — dijo nerviosamente.

El hombre se detuvo en seco y a Laurence le pareció que le agradaba encontrarlo; pero después su expresión cambió.

— ¿Por qué diablos — preguntó el hombre — me detiene usted así en la calle?

— Le pido perdón por haberlo incomodado — respondió Laurence; — pero creo que usted, ayer, en el tren, se llevó por equivocación mi maleta en lugar de la suya.

La cara del hombre resplandeció.

— ¡Ah! ¿Es suya? — exclamó.—Sí; ahora lo reconozco a usted. ¿Por qué no me siguió usted? Yo luego me dí cuenta; pero no hallé ni rastro de usted.

Laurence explicó. El bien alimentado personaje sonrió.

— Bueno — dijo — tiene usted razón. Yo dejé su maleta en el depósito de equipajes; pero como soy tan distraído, esta mañana me encontré con que había perdido el boleto-recibo que me dieron. Pero creo que usted podrá retirarla de todos modos.

Laurence temblaba. La maleta y su secreto estaban, entonces, intactos.

— ¿Cómo cree usted que debo hacer? — preguntó.

— Es muy fácil. Vaya al depósito de equipajes de la estación y reclame su maleta. Deberá usted probar su identidad y declarar lo que hay en la maleta. Se la harán abrir, y después de comprobar que ha dicho usted la verdad, se la entregarán sin la menor dificultad.

— ¡Oh! — exclamó Laurence, y agregó: Muchas gracias.

— Si quiere, lo acompañaré — le propuso el otro.

Laurence movió la cabeza desesperadamente. De repente se había dado cuenta de que su nueva relación podía tener muy buena vista y ver lo que había en la maleta mientras la examinaban en el depósito de equipajes. La rolliza y sana cara del

hombre gordo tenía en ese momento una expresión aguda y formidable.

— ¿No? Muy bien; pero venga conmigo a tomar algo, deseo hablar con usted.

Y cuando Laurence ya quería irse, el otro le dijo:

— Es mejor que venga conmigo, señor Laurence.

Laurence se rindió, impotente para resistir; pero sufría al verse dominado así.

— ¿Es usted de la policía? — preguntó.

El otro lo miró como si dudase de si era o no de la policía; por fin dijo:

— No; nada de eso. Es que los diarios de Londres hablaron de su caso esta mañana. Por eso sé su nombre.

III

Sentados en cómodos asientos, ante unas copas de whisky con soda, conversaban.

— ¡Qué caso curioso! — decía el hombre gordo.—Y yo la tomé por casualidad y la puse fuera del alcance de usted. Bueno; ahora iremos a sacarla.

— ¿Qué dicen los diarios? — preguntó Laurence con cierta angustia.

— ¡Oh! ¡Los diarios!... Parece que los patrones de usted están creyendo en una pérdida de la memoria. A mí me parece que confiaron mucho en usted. Pero no hablemos de eso; ¿qué hizo usted ayer?

Era persistente, y luego supo todo lo que a Laurence le había pasado en su primera noche de París. Se echó a reir.

— Debería haberme preocupado un poco de usted — dijo.—En todo caso, hasta que hubiéramos sacado la maleta. Pero lo que usted más necesita es un buen almuerzo. ¡Mozo!

— Pero — dijo Laurence vacilante. — Usted... yo...

—Vaya—lo alentó el otro.—Dígame ¿soy una mala persona? Yo soy una buena persona; pero no un principiante como usted. Me llamo Neuman y mis amigos me dicen Pony Neuman. Para usted ha sido una suerte topar conmigo. ¡Ah!, aquí está la lista.

Fué admirable el almuerzo que dispuso el señor Neuman, nutritivo y delicado al mismo tiempo, estimulante y grato al apetito. Mientras comían Neuman hablaba.

— Maldito boleto-recibo — decía. — Como se trataba de algo que no era mío, no me fijé en donde lo puse, y lo perdí. He sabido de hombres ahorcados o guillotinados por accidentes tan pequeños como ese. Ha sido buena aventura la suya... Tome un poco más de este vino.

Laurence suspiró.

— Lo metí en el bolsillo del saco — siguió diciendo el señor Neuman — y probablemente, al sacar el pañuelo o la cigarrera, se cayó. Esta mañana lo busqué por todas partes, pero en vano.

— Entonces, cómo...—empezó a decir Laurence.

— No tenga usted cuidado. Todo se arreglará bien. Yo le previne al empleado del depósito que era una maleta que había tomado por equivocación... ¿En dónde va usted a alojarse?

Laurence sonrió débilmente.

— No tengo dinero — recordó al señor Neuman.

— Ya lo creo que tiene — replicó éste.—Voy a hacer una inversión. ¿Ve usted esto? Es un billete de mil francos que voy a invertir en las necesidades de usted... Ahora conviene que se afeite y se dé un buen baño... Mañana nos veremos aquí mismo. ¡Eh!

Laurence tomó el billete de mil francos y se levantó. No le quedaba más remedio que obedecer

Un mozo le ayudó a ponerse el sobretodo y le alcanzó el sombrero.

— Mañana, en este mismo sitio — repitió maquinalmente Laurence, y salió del café.

Entró en una peluquería y se hizo afeitar. Costó un poco de trabajo cambiar el billete de mil francos; pero al fin lo cambiaron y Laurence fué generoso al dar la propina.

— Gracias — le dijo el peluquero en francés. Y al pasarle el sombrero agregó:

— Este el sombrero del señor Neuman.



— MAÑANA, EN ESTE MISMO SITIO — REPITIÓ MAQUINALMENTE LAURENCE Y SALIÓ DEL CAFÉ.

— Me lo han dado por equivocación — dijo Laurence. — Sin embargo, le tomó, y se quedó un momento dudando si volvería al café a devolvérselo a su dueño, o esperar al día siguiente. Era un sombrero más fino que el suyo. Se le ocurrió mirarlo por adentro y vió un papelito verde metido en la faja de badana. Lo sacó.

— ¡Ah! — exclamó el peluquero — es un boleto-recibo de equipaje.

Comprendió Laurence que el señor Neuman lo había puesto ahí, y por eso lo había buscado en vano en los bolsillos de su traje y en su pieza. El señor Neuman lo puso allí, y después se olvidó.

Laurence asombró al peluquero con un gran grito, y salió apresuradamente de la peluquería.

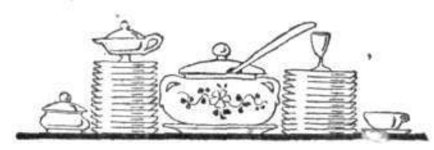
....

La noche de ese mismo día se recibió en la «Beach Camera Company» un telegrama de París que causó mucha sorpresa.

«Estoy aquí — decía el telegrama.—Dinero intacto. Regreso mañana. — SAMUEL LAURENCE.

Y, al fin, se aceptó una pérdida de la memoria como la verdadera explicación; pero el señor Neuman tenía, para él mismo, otra clave del misterio.

Comentarios



—En este ministerio todo ¡todo!
está representado de algún modo.
Don Marcelo, con suma diplomacia,
representa a la antigua aristocracia.
Le Bretón a la ardilla...
—¡Basta! Con su facundia me amedrenta.
¿Loza a quién representa?
—Pues Loza representa a la vajilla.

—Es un gran cazador.
—¡Qué cosa rara!
¿Por qué no caza, entonces?
—Por prudencia.
Apunta y no dispara
y, así, tiene tranquila su conciencia.



—Es tan feo don Miguel
que de su sombra se asusta.
—Hay otra expresión más justa:
la sombra se asusta de él.

—La cámara se abrió.
—Bueno ¿Y qué sucedió?
Pues me parece a mí
que unos dijeron «sí»,
y otros dijeron «no».
Ya ve que, en realidad,
no ocurre novedad.
Está todo, a mi ver,
igual que estaba ayer.
¡Qué raro! ¿No es verdad?

Aplauden los censores más ariscos
sus estupefaccientes barcarolas.
Allí se oye el rumor que hacen las olas
y se siente el olor de los mariscos.

—La sociabilidad de don Marcelo
me ha obligado a pensar con desconsuelo
que es un hombre elegante,
pero no un gobernante
que mire a sus contrarios con recelo.
De mi muda protesta
no hace caso, y al ir de fiesta en fiesta,
da razón a la crítica
que asegura que mezcla ingenuamente
la sociabilidad y la política.
Así, furiosamente,
afirma el pseudo crítico
que fué siempre insociable e impolítico.



—La mujer hace versos ¡y es ripiosa!
—El marido hace versos, ¡y es ripioso!
—Compadezco al esposo.
—Compadezco a la esposa.
—Yo compadecería
al hijo, que es precioso
y que no escribe en verso todavía.

—Elpidio en el Senado
parece aletargado,
lo mismo que un ofidio
después de haber cenado.
—No me diga ni en broma
que Elpidio es un ofidio, porque Elpidio,
más que ofidio, parece una paloma.



—Contento de su suerte,
radiante y satisfecho,
sonríe y tose fuerte
y saca fuera el pecho
con aire doctoral.
Aunque uno le molesta,
y el otro le importuna
su agrado manifiesta
—¿Quién es?
—Sin duda alguna,
un nuevo concejal.

—Fulano a cada momento
se equivoca.
—Ciertamente;
pero, afortunadamente,
se equivoca con talento.
—Eso no puede negarse.
—¡Claro! ¿Quién le va a negar
a Fulano el singular
talento de equivocarse?

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Jarabín de Picopete, V historieta, por **Ernesto Mario Barreda.** El loro, por **Luis Góngora.** El muerto, por **Héctor Pedro Blomberg.** La tormenta, por **Carlos Ponse.** La esperanza, por **B. González Arrili.** Linterna mágica, por **Enrique Méndez Calzada.** Puerto, por **Isaac del Vando-Villar.** Gotas de sangre, por **José Martínez Jerez.** Tarde sombría, por **Salvador Alfredo Gomis.** Momento musical, por **Lázaro Linchwitzky.** El milagro de Felicísimo, por **Rafael Ruiz López.** Pared por medio, por **Scholain Asch.** El rey y el poeta, por **Enrique Ibsen.** El perro de la muerte, por **Dion Fortune.** El buen indio, por **J. P. Scholan.** La escalera, por **Henri Duvernois.** Manía delicada, por **J. Moreno Villa.** Salteadores del desierto, por **Roberto Reeves.** Los cien días de cama de Carlos de Soussens, por **El Vizconde de Lascano Tegui.** Un viejo amigo de la Argentina, Mr. Charles H. Sandford, por **Redactor.**